

El último Epitafio

1



Jaime
Saiz

El último Epitafio.



El último Epitafio

Jaime Saíz



Publicado en Estados Unidos
Copyright © 2016, Jaime Saíz
Copyright © 2018, Diseño de cubierta: W Diseños
Copyright © 2018, De esta segunda Edición: Acú Ediciones.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o retransmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, sin permiso escrito del propietario del copyright. Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es una puñetera coincidencia.

All rights reserved
Printed in the United States

ISBN-13: 978-1539085775

Editor: Alain L. de León

Dedicatoria

A los que sufrieron y sufren el síndrome de Down sin recibir una oportunidad que demostraría sus aptitudes.

A Ulises, Pocho, Glorita, mi deferencia. En sus proceder advertí que éramos tan iguales como distintos.

A Noelia, maestra en Argentina, que algunos quisieron desconocerla, sin embargo, hace mucho más de lo que espera el escepticismo ciudadano.

Agradecimientos

A mis amigos distantes pero cercanos de Mayarí, Eduardo, Emilio, Carlos, quienes leyeron el borrador y me ayudaron con sus severas y útiles sugerencias. Fueron realistas y certeros.

El último Epitafio

Covadonga la Fuerte

El día en que el teniente Eduardo Torrealta Delgado puso sus pies de investigador en el pueblo escondido de Covadonga la Fuerte, le fue comunicado, junto con el hombre aparecido muerto, motivo de su viaje, de innumerables acontecimientos que a su modo de ver eran imposibles y que los vecinos estaban locos.

Por los tiempos de los Tiempos y citado en las Memorias.

«En la fundación del pueblo de Covadonga la Fuerte, al norte oriental de la isla de Cuba, tomó parte un pirata cojo que había renunciado a sus peripecias por la mar océano. Este pirata, de nombre legendario, aunque chocante: Canuto Palomillo de las Quijadas, trajo consigo su bandera pirata e igualmente le asistió el excepcional privilegio de aportar al mejunje de la raza criolla que comenzó a cocinarse: el apellido ilustrísimo de Palomillo, porque hubo otros cuatro tan eminentes como el suyo, que se mezclaron en el ajiaco y dieron al pueblo el sabor limpio del ají picante y el verdor salvaje del culantro. El segundo apellido, de las Quijadas, se perdió con la siguiente generación por una de las tantas y variadas abominaciones que enfermaría la tolerancia de los covadomingos desde el inicio de los Tiempos y depositada en las *Memorias*, la llamada: Maldición del Bastón.

Canuto, cuarto cofundador, quien afirmara ser vástago distante del almirante de las aguas índicas Vasco de Gama, aunque no fue responsable de asuntos tan grandiosos, sino de la transformación del único parque, pues se necesitaba un lugar prominente para fincar su estatua desmesurada y peculiar a raíz de su muerte desdichada y después de que ardiera su casa por un rayo, que las mujeres ancianas enfatizaron: «Era enviado por el odioso enano difunto, Salvador». Alguien propuso cercar el parque con una verja de lanzas, como había visto en la iglesia parroquial de San Gregorio, mas, nadie aceptó que, a un jardín con bancos públicos, le pusieran rejas para sisar la libertad.

Otro de los cofundadores, tercero en su orden, lo fue Pancraccio Plinio Paniagua Poliveros quien días antes de que muriera hecho un tizón, lo vieron

bien pertrechado de su majadera ocurrencia, junto a un arsenal de piedras disparándolas a las nubes con una honda, y con el lamentable empeño de lapidar al enano Salvador que asomaba su cabeza, tan espaciosa como las malicias que hospedó, para burlarse de la pésima puntería del agosto. Era un bombardeo que caía —sin el pulso de sus pretensiones— sobre los techos, y todos corrieron a espantar los infiernos desbocados de la peor andanza sin sosiego del prócer. Lo engañaron trayendo una caja hermética conteniendo piedras del río, y le juraron por sus difuntas santas madres que allí traían al enano y que no lo podían mostrar porque el muy escurridizo pigmeo no llevaba, como su cuerpo, *enanizados* los designios de mortificar al prójimo, y escaparía al primer destello que viera en la tapa. Propusieron echarlo al arroyo —si Pancracio aprobaba la operación— para que se ahogara en un pataleo de *jicoteo* bocarriba. El agosto se sintió complacido de tal maniobra descarnada, aceptó dando unos golpecitos con los pétreos nudillos en la caja de pino —que, llevada al hombro y al trote, ritmaba como maraca— y regresó a su casa».

— ¿Quién fue, a todas estas, el enano Salvador? —preguntaba el teniente.

«Fue uno de los del grupo conquistador de las tierras de Covadonga la Fuerte. Sin embargo, no aportó su apellido —que ni siquiera valdría recordarlo— y solo era recortado de tamaño, incluso de entendederas, pero eso sí, les sobraba longitud, peso y volumen a las desconcertantes ganas de joder a los demás. Era burlón de oficio y castigaba verbalmente por placer, usando implacables y avinagrados choteos —lo mismo a hombres que a mujeres del recién fundado caserío— empecinándose en grado sumo en Pancracio, quien por estos estragos que hacía a su hombría no lo soportaba, ni siquiera después de la muerte del burlón —que acaeció de forma misteriosa y brutal, si nos atenemos a las *Memorias*—: «*Fue encontrado hecho una momia dentro de la casa, abandonado por su propia familia*». A partir de entonces, las maldiciones del enano Salvador, dictadas por las mujeres más ancianas, que habían recibido señales del más allá —según alertaban ellas— se hicieron cosa común y de perseguidores encantos y temores. Apenas comenzaba a llover o incluso, una nube prieta se presentaba sobre ellos, se escuchaban los gritos en las gargantas alarmadoras:

—Ahí viene el enano. A esconderse que ahí viene el enano.

Todos corrían a sus casas, refugio único y supuestamente impenetrable a la sarta de perversidades y despropósitos.

Por este juicio vulgar de miedos y desoladas convicciones y supersticiones y mitos, Covadonga, desde aquellos tiempos de los Tiempos, es una especie de pueblo embrujado, en donde prima la blandura de ánimos para enfrentarse a sus desventuras, en donde todos acumulan motivos sombríos para entregarse a la muerte, en donde las creencias están viciadas con maldiciones y conjuros. Suceden eventos que para los extrañados visitantes resultarían, no solo incomprensibles sino absurdos, mientras que para la gente de Covadonga sean sobradamente naturales.

Todavía hoy, mientras se narran estos sucesos, cada siete días muere alguien en conformidad con el destino que nos ha tocado.

Desde el mismo inicio de los Tiempos, en que los jóvenes comenzaron el éxodo y dejaron en abandono a sus familiares, las mujeres tomaron el mando. Fueron prudentes, inflexibles, habilidosas, dispusieron las leyes y memorizaron las experiencias. Mientras, los munícipes se iban muriendo el mismo día de cada semana. Y aunque alguien pudiera fallecer antes, atendido a los fueros ancestrales y naturales e imprevisibles, lo retienen moribundo por cualquier medio, no para evitársela sino para extenderla hasta el día obligado: El miércoles. Si pretende el destino prolongarle la vida después del cuarto de la semana, se le retira a tiempo todo beneficio médico por temor a que sea el jueves el deceso. Es pertinente y forzoso que caiga miércoles. La Parca, así asistida gratis, llega y mata complacida.

Se dio un caso, condenable hasta por aquellos aferrados a los arcanos prejuiciosos, que un covadomingo —decrépito e infectado por un mal desconocido—, murió un domingo y su pariente cercano, quien lo asistía en el lecho, no se atrevió formular el anuncio hasta el miércoles.

Ninguno de los sobrevivientes se pregunta el porqué de esa actitud depravada ante la suerte. Mejor no hablan del asunto y lo achacan a otra maldición del enano Salvador. No preguntan ni de broma a quién le tocará mañana ni los de buena salud se inquietan ni brindan contentos por dejarles sortear un sueño caluroso una noche más. Ya la costumbre de enterrar a un familiar o vecino es tan arraigada —como el descalce de las ancianas, que será revelado más adelante— que no produce dolor ni extrañeza. No hay llanto natural ni plañideras. Dentro de sus leyes no se permite la subasta de bienes y cuando alguna casa es abandonada por razón de muerte del último habitante, todo queda expuesto al interés comunal, y lo sobrante es quemado sin compasión ni tardanza. Asimismo, y muy a pesar de las tantas oscuras doctrinas que temen y defienden, tienen como patrona a la Cachita de Nipe, y

el día ocho de cada septiembre la festejan, como hacen con la Santina los norteños asturianos de la Madre Patria.

Un día desafortunado, como se expondrá a continuación, sin intenciones de cambiar las mentes de los ciudadanos de Covadonga, sucedió que alguien murió de forma repentina y misteriosa, y no era residente ni ciudadano de la patria chica y, para colmo, no parecía que fuera a morir ningún covadomingo ese miércoles. Tal anomalía inesperada los enfocó en la posibilidad —para unos, conveniente; y para otros perjudicial— de que cambiaría la enajenada fortuna, que se romperían las maldiciones, que volverían a gozar, como antes, de los afortunados imprevistos de la naturaleza.

Era una mañana caliente de junio en el almanaque adulterado de Covadonga la Fuerte que corría, para entonces, por el año del Señor de 1912.

El muerto

Después de sudar copiosamente el calor, como una fiebre de la quinta enfermedad, y aún sentado en la cama, Ulises, que todos llaman el *Bobo* sabe el porqué del infierno que lo empapa. Mira la hora en el reloj de péndulo que golpea los segundos con el rabo de bellota plomiza y le martillea en su cabeza desmelenada. Oye los tañidos lejanos de la campana de bronce, desenganchada del navío Covadonga, anunciando las seis de la mañana. Ve la caneca con el mechón de fuego que bosqueja un fantasmón bailando en las sombras de su cuarto. Entonces, sopesa: «O bien aceptaba reparar la ventana rota, para que resista entreabrirse a los vientos refrescantes de la madrugada, o la dejaba así, hundiéndolo cada anochecer en la destemplanza del verano. Aunque, si tomaba la decisión correcta, solo tendría que gastar sus ahorros y comprarse el ventilador eléctrico que había inventado un americano, y que exponía reluciente y novedoso en la vitrina de su casa, junto a yerbas medicinales y velas de cera, el fotógrafo y negociante del pueblo, Sándalo Polea. Con cinco monedas de plata, como entrada, y tres pagos mensuales de tres, sería suyo. Pero, lo único malo es que en el pueblo de Covadonga la Fuerte no ha llegado la corriente eléctrica, como en San Gregorio de Mayarí Abajo que, sin embargo, los vecinos no aceptaron que una simple bombilla incandescente les cambiara la vida pues los avances del mundo los había embestido de sopetón.

El alumbrado público de Covadonga la Fuerte se nutre con el gas que callejea de poste a poste, inyectado en tubos de cobre. La iluminación de cada

una de sus 95 casas de madera es con canecas de petróleo, velas de sebo, quinqués de querosén y lámparas mágicas de acetileno, pues las mechas de carburo son un adelanto reconocible. De manera que, un ventilador axial —como había leído Ulises en el libro de los inventos— es una máquina que revolvería el aire con sus aspas, y que no le sería tanto más útil que su abanico de cáñamo.

Un disparo, como un bofetón en la oreja, lo saca de la modorra. No son sueños de policías y rufianes, que suele disfrutar semidormido o despierto o. Es real la detonación. De un brinco se pone alerta. Sonó tan cerca, sí, tan cerca y perturbadora, que creyó que alguien, tal vez un ladrón, le ha tiroteado al ver que se movía en la cama. Aún atento a los sonidos de fuera se sienta en el borde y busca la sangre en su cuerpo y en las sábanas.

Recuerda que entre reposo y vigilia había escuchado un ruido en el pasillo lateral que da a la calle, pero es muy normal las andanzas de los gatos asilvestrados, en peleas de amoríos, como gritos de niños hambrientos, siempre en la noche. Retorna a su posición, doblado en sí mismo, como una gallina empollando sus huevos. De nuevo el estampido de un arma. Esta vez lo escucha en total desvelo. Es real, despachado en la esquina de la calle. El cuarto queda al frente, en una casa pequeña pero en apacible vecindad, como en toda Covadonga la Fuerte, un pueblo de cuatro calles cruzadas como el signo de número, dos de Norte a Sur —Paso Real y Tortosa—; dos de Este a Oeste —Del Cristo y Beltrán—, con un total de nueve manzanas, organizadas como indicaban las ordenanzas de Felipe II desde 1576, aunque los fundadores no quisieron dejar espacio para una iglesia, ni para cárcel ni sede del Gobierno, sin embargo, sí para un parque que abarca toda la octava manzana en el centro y final del caserío. Ulises vive al Noreste del cruce, en la esquina del Cristo y Tortosa. Entonces, al asomarse sigiloso, apartando los cartones que remiendan la ventana rota, ve al hombre con el arma. Es una sombra que, justo bajo la luz tenue del amanecer, aparece y desaparece como una alucinación, pegado al portalón de la vivienda del alcalde, Potasio Ponte Portinot, situada en la esquina Noroeste, al frente de la suya.

Ulises mira al cuerpo que yace en la calle, quieto, probablemente muerto. Así queda un rato que no puede determinar, cuando pasa por ese momento de dudas y angustias. ¿Cómo es posible esfumarse así, en sus ojos, como si se metiera en un hueco abierto en el espacio? Se toma tiempo para pensar. ¿Sería la fiebre de aquel verano ardiente, ahogándolo en vida, que le obliga visualizar imposibles? Escucha pasos apurados dirigiéndose a la

esquina y el sonido inconfundible de la bicicleta del cabo de la Policía, Primo Paterno, con unos traqueteos de tuercas flojas y clavos quejumbrosos que a él le place oír y que cuando le señalan su deplorable condición, contesta: «a mí qué me importa que suene».

Todo ha pasado en un santiamén. Ulises siente temor de ser baleado sin motivos y desde allí, parapetado entre los cartones, ve todo el movimiento. Amanece y continúa en aquella posición de vigía. Escucha las ventanas y puertas abriéndose a las miradas mañaneras, a los atisbos del sol. Ve que se puebla la esquina de vecinos curiosos y temerosos. Están acostumbrados a la muerte, que los visita cada semana, como si fuera un arreglo drástico pactado con Dios mediante un sacrificio humano. Pero, aguardan pacientes y tolerantes los decesos, siempre que les llegase con el látigo inequívoco de la mano Divina, y en miércoles, nunca una muerte clandestina conseguida con armas ni fuera de fecha.

Ulises, entonces, decide salir y verse con los demás, para narrarles un testimonio insólito: de cómo desaparecía un hombre en el secreto de las sombras del amanecer. Jamás les diría de su amargo miedo desmedido a los murmullos de la noche, al pulso de la vida zumbando afuera, al reflejo purpurino de los marcos con fotos lánguidas colgadas en la pared de su cuarto.



Ulises Portinot

Apuntes de Potasio

Sucedió un miércoles, 21 de junio de 1912. Inicio estas memorias con el ánimo de relatar los sucesos tal como los percibí y otra persona me narró, cuya identidad no puedo destapar todavía.

Han dado muerte a un visitante, el político Rafael Portubajo Tamago, justo frente a mi casa. ¿Será el único muerto hasta que den las doce de la noche? En ese caso, todo en Covadonga cambiará para beneplácito o infortunio de los vecinos.

Mañana jueves tendremos la exposición de fotografías mortuorias hechas por Sándalo Polea, nuestro fotógrafo. Expondrá las imágenes en el escaparate de su negocio con grande apremio de circo. Hoy anduvo con el andamiaje de la cámara. Sacó el caballete para ocasiones festivas. Anduvo contento como si festejara verbena. Todos quisieron retratarse gratis.

Mandé a que barrieran las calles y colocaran un cartel vistoso de bienvenida para recibir al general que vino a ventilar ciertos asuntos de la estatua del parque de San Gregorio, conforme explicó, y a conquistarme para las próximas elecciones. Me dijo que no era la copia fiel del brigadier que conoció y suponían fuera el mártir perpetuado como estatua de mármol. También me confesó que mantendría en San Gregorio su cuartel general. Vino a Covadonga la Fuerte sin compañía. Dejó allá a su médico personal, Heliodoro Guernica y a dos políticos acompañantes, don Carlos Manuel de Céspedes, hijo, coronel de la guerra pasada, y también al doctor Espíndolo Pezzi. Me propuso traicionar a mi partido, el Conservador, e instó a que me cambiase al suyo, el Liberal. Me negué sin herirlo. Me hablaba con frases que se parecían a su pasado de guerras.

—Yo fui de los ayudantes del negro Victoriano Garzón —dijo en un arrebato de patriotismo.

El político Rafael llegó ayer martes en un balandro de motor por el arroyo Pontezuelo. Escuchamos los dos pitidos del silbato del balandro. Le hospedé en el hotel Mascota. Al llegar la noche, habíamos acordado que retornaría al pueblo al día siguiente. Hoy miércoles en la madrugada aparece muerto en plena esquina de Tortosa y del Cristo, frente a casa. ¿Podrán culparme del asesinato? Según evaluaron en el terreno, y vistas las evidencias que mandé a redactar al médico Pacomio Palomares y al cabo Primo Paterno,

ellos anotaron en el informe: «Muere a consecuencias de dos disparos y una puñalada».

Pasé un aviso a la cabecera municipal, ellos lo pasarán a la Gobernación de Santiago. Tendremos problemas serios. Se avecinan tiempos difíciles. La Provincia mandará unos investigadores especiales para averiguar motivos. Puede resultar una maniobra de los enemigos políticos del general. Yo estaría en la mira.

Llegaron sus asistentes desde San Gregorio de Mayarí en un coche que retornó vacío sin explicaciones. Mandé a preservar el cadáver en hielo. No se sabe cuándo llegarán los de Santiago.

Primo Paterno, único gendarme, se concentra en las pesquisas y me las pasa. Ulises se ha metido a detective, me dice, y se lo permito. Nuestro querido cabo de la Policía es un inepto. Lo contrario de Ulises quien me sorprendió con su primera observación: «No fue por robarle», me dijo.

Nuestro forense, boticario, tallador y médico único, Pacomio Palomares, confirma: «Sus prendas intactas: dos anillos, uno de matrimonio y otro de la Logia, pulsera, gemelos, reloj, todo en oro de buen quilate, y una billetera con 249 dólares de diez y de a uno. Toda una fortuna».

Ulises es un muchacho con el mal de los que poco pueden, como mi hermano Agustín, el Pocho. Ulises mira como si estuviera asombrado. Su cara es de algodón, redonda y apacible. Por cada palabra que reciba de la gente, sea de bienvenida o agravio, una sonrisa limpia le asoma. Tartamudea algo. Es sobresaliente y atrevido. De alguna manera que no he podido descifrar, aunque aceptó gustoso, las ancianas matronas aprueban sus actos, le perdonan errores, y les encubren faltas a las leyes. Es un consentido. Quizá por lástima. Hoy cumple 20 años. Es buen lector. Lee tantos libros que ya no tiene como detener sus ansias de parecerse a personajes noveleros, como Holmes con su cachimba. Ulises no fuma. Resguarda la cachimba de los mirones. Cuando piensa, se la lleva a la boca casi sin darse cuenta. Y si en Covadonga concurren una variedad de tocados: sombreros de copa, de hongo, jipijapa, boina, borsalino y el sombrero de yarey, Ulises no lleva ninguno, no protege su mollera. Hablaré con doña Restituta Pontezuelo, la pastelera. Un pastel es lo mejor para que lo disfrutemos juntos.



Alcalde Potasio

Covadonga

1

El día fatídico del miércoles, el pequeño Ulises, vuelto un policía sin placa ya está metido en la morgue. Ha olvidado que cumple veinte años —y los del pueblo también—, quienes en toda ocasión de festejos son los primeros en felicitarlo a pesar de que, si las mentes de vejestorios los avocara a la amnesia y, como afirmara un poeta: «El olvido está tan lleno de memoria», ellos aún en su extravío senil, sabrían del evento onomástico cuando miraran hacia el parque, tapizado de flores amarillas del roble centenario que ha florecido para conmemorar la fecha, arrojando, como madre recién parida, la estatua tamaño natural del cuarto agosto cofundador del pueblo, don Canuto Palomillo de las Quijadas que, según atestiguaban los forasteros esporádicos: «Habiendo nosotros recorrido mundos distantes, nos admiramos de que esta estatua sea irrepetible y excéntrica, como un camello flotando en medio de la mar».

Pues dicho asombro era justificado ya que le faltaba una pierna y llevaba una muleta de palo de verdad y alguien dejaría un cartel, ilegal, con la breve anotación:

«Primero hombre.

Ahora piedra.

Mañana olvido».

Así cuentan las viejas matronas, las que pueden contar historias:

«Las llamas, que nada perdonan y todo consumen, una vez que se adueñaron de su vivienda que parecía hecha de pólvoras, en una noche tormentosa, dejaron, como al descuido, intacta y gozosa a nuestros ojos, la imagen de Canuto Palomillo de las Quijadas en una fotografía desgarrada por la calamidad del descuido. Esa imagen sin arder en el infierno de la madera crujiente lo volvió imperecedero, sin que pretendiéramos hacerlo un dios.

—El fuego no tiene memoria —dijo Heliodoro Segundo Ponte—. Nos ha dejado a nuestro arbitrio qué hacer con el patricio fundador.

—No queda de otra —dijo Pentaconorte Poliveros—, volvámoslo piedra de la Cantera de los Muertos.

Y lo hicieron estatua. De manera que, vuelto a la vida cotidiana hecho piedra, ya no regresó igual ni distinto. Era solo piedra con formas. Lo más certero que nos dejara, a que lo supiéramos digno de recordarlo en las Memorias, era la muleta que aún guardaba sus olores de algas en los sobacos de escamas y salpullidos en la piel de marinero. Si un visitante se fijara en sus ojos de piedra, solo vería piedra donde antes hubo aguas profundas y cielos ilimitados».

Esa anécdota no es nada asombrosa comparada con la que relataban sobre los campanazos que regulaban sus actividades habituales. Decían:

«Al principio, el toque de dormir era el mismo que para despertar, y eso confundía a los que iban a morir y a los que estaban por nacer; y a las flores que oyen el palpitar humano por el aire; y a las bestias que les entra por las uñas de las manos. De manera que hubo un espacio de confusión y las imágenes del hombre en los pozos de lluvia que se hicieron perdurables en los caminos, creyeron que eran ellas las verdaderas; y los relojes, imprecisos, señalaron Norte, Sur, Este, Oeste; y la brújula del parque comenzó a marcar una hora caprichosa y distorsionada; y a las vacas, que recién habían parido, no pudieron exprimirle la leche los ordeñadores porque de las ubres rezumaba cerveza; y el miércoles, claustrofóbico, apretado entre martes y jueves, quiso adueñarse del primer día de la semana —acostumbrado a matarnos—; y la noche fue la única que intentó poner algún concierto en el tiempo confuso cuando se negó a recibir al sol a deshora; y el sueño se despertó y dijo: «Yo no existo». Luego los hombres, insomnes, trataron de volver las cosas a la realidad, pero no lo lograron con solo cerrar los ojos, como pensaban ellos. Fue cuando sobre el escritorio de caoba sin pulir del segundo agosto cofundador del pueblo y segundo alcalde, Metrobio Portinot Portinot, reventaron espinas de zarzas y eran filosas, copias fieles de las espadas de caballeros santos, un signo de que la naturaleza trastocaba su memoria infinita. Entonces, el agosto declaró: «Tocarán la campana las más ancianas y será de forma distinta en amaneceres y atardeceres». Y en diciendo esto que recito, en ese momento preciso, la naturaleza comenzó a enderezarse».

Ulises, en la morgue improvisada, oyendo las observaciones del experto médico Pacomio, revuelve trapos y huele, con su reducida nariz, el formol concentrado del cadáver de un hombre que no parece disfrutar del estado de tiesura que le metieron en el cuerpo patriótico ni el vacío de momia sin sus entrañas que embalaron en pomos de pirulís conseguidos en el almacén de Potasio. Mientras lo observa detenidamente reduce su respiración hasta el punto de igualar la quietud del difunto y parecersele. A Primo Paterno, el cabo de la policía, le producen náuseas las gestiones tétricas del amigo, quien se esmera en revisar y medir con arte de relojero cada milímetro del cuerpo o como si la mano diestra de un mono buscara el piojo en el pelambre de su pareja.

Al pichón de detective le gusta averiguar, revolver, deducir. Su disposición a la aventura está enmarcada en los deseos de parecerle, a una mujer que ama en silencio, el mejor hombre del mundo, con todos sus defectos que él entiende irán aminorando a medida que crece en sabiduría y realice actos de valentía a los ojos de su amada. ¿Quién es ella? Oni Hilda, la camarera de la única cafetería de Covadonga. Cuanto hizo hasta entonces y hará, es para eso.

Ulises va anotando en un cuaderno todo lo que a su esmerada consideración es importante, con unos dedos regordetes de infante, con uñas destrozadas por los dientes nerviosos, porque Ulises, ante todo, es un ser saltarín como una bijirita e inquieto como el zumbete. No tiene más que sus conocimientos de policía aprendidos en novelas y en toda revista que hable de asesinatos, y en su mente fantasiosa, la cuerda del ahorcado que nunca cierra.

Todos duermen al mediodía en cualquier espacio del desierto en que se convierte Covadonga. Es una hora fatal para el ajeteo. Nada se agita excepto las nubes que se escabullen con una pachorra de adormecimiento, el viento parece entender el sopor de la siesta y no delata su presencia y se vuelve un vaho ígneo, no cimbra la campana del parque, deja de tremolar la bandera pirata. El pueblo entero fenece por unos minutos inmedibles hasta que, animados, respiran sobresaltados como si les devolvieran un halo de vida.

Al llegar el lánguido fulgor de despedida de la tarde el cadáver ya no se parece al general Rafael, con sus afeites de actor que lo arrebolaba —en vida, frente a toda mujer que lo deslumbrara—; con aquel pelo tan bien engomado que los azotes de la brisa no lo despeinaban, de tal forma que todos creyeron que era una peluca recia tiznada y con hilos de seda en una vejez perfecta de niño adulto. ¿Cómo era posible que anduviera los montes de la

patria, en zafarrancho de combate, sin que se le notaran las heridas del disgusto de la guerra? ¿Acaso sujetaron a sus hombros los entorchados de general antes de salir del vientre de la madre que lo pujó? En la tarde ya no es el mismo, la muerte estampó su sello indiscutible de propiedad y, entonces, comenzó a parecerse a un soldado que había sufrido las calenturas del tifus de la guerra, el hambre deforme de la guerra, los zumbidos de cañones y mosquitos que daba igual fueran unos u otros quienes lo borrarán de la pesadumbre de la guerra, en aquellos tiempos sangrientos de plomazos, insectos mortificantes y fiebres perniciosas.

Cuando Ulises termina su pesquisa, es el general Rafael, un cadáver deslucido con evidencias deplorables de haber recibido la muerte en una penderencia callejera, cianótico, con el olor de quien aspira a podrirse a pesar de los hielos retardadores y el formol conservante. Después de las angustias, que seguramente aguantaría, para ganarse los grados de general en la contienda por la independencia de la patria, moría de un navajazo inesperado o un disparo súbito que solo le dio el chance del tiempo fugaz para asombrarse, que nunca, en albures de batallas ni serenidad de barajas agoreras le pronosticaron tan vergonzosa muerte.

Dos horas más tarde el detective natural del pueblo ha terminado su labor quisquillosa para reconocer al único general al que lo matarían varias veces por ninguna causa reconocida, y aunque dejaría de ser mortal de una vez y por todas por una estocada de la mala fortuna, al estar mal ubicado en un tiempo inconveniente, el ensañamiento fue múltiple, como si no bastara el brebaje ponzoñoso en las tripas ni el tajo de un cuchillo partiéndole el hígado, o un relámpago plomizo en su corazón ni el desguace de sus sesos desbordados por una bala de sobra.

Ulises le comenta al cabo de sus observaciones:

—Lo mataron —dice.

—Caramba, Ulises, eso lo sabe cualquiera que tenga ojos —ríe de buena gana el cabo Paterno.

—Nadie muere tres veces —dice Ulises.

El cabo le presta atención.

— ¿Cómo es eso?

A Ulises le inquietaba toda respuesta que estaba obligado a ofrecer sin meditar con calma, aunque con Paterno era distinto, él no hacía preguntas con suspicacia ni con malas intenciones de fastidiarle el ánimo.

—Dos balas —dice Ulises—, un cuchillo por aquí —mete su dedo

meñique—, no bota sangre. ¿Ya estaría muerto?

—Eso más o menos lo sabe el médico ¡Qué caray!

— ¿Y la sangre en la camisa?

El cabo no entiende de momento. Trata de recordar si el médico Pacomio mencionó la sangre de la camisa.

— ¿Qué más?

—Lo matan tres veces —dice Ulises con su modo de hablar, sin pausa, pero contando con los dedos, mientras guarda la pipa sin uso en el bolsillo del saco y se acomoda los espejuelos.

—A ti nada más te falta un cristal de esos que agrandan las cosas —le dice el cabo y el cachorro de detective sonrío y aclara:

—Una lupa.

—Eso, una lupa.

Ulises sabe que Paterno irá rápido a declararle al alcalde, y que luego se mete en la cafetería y abulta la palabra con el fin amistoso de mostrarlo como el mejor detective de todos los tiempos. Las anécdotas policiales las escuchará la camarera con la que Ulises tiene un interés de idilio remoto. Por eso cuenta todo lo que ve sospechoso menos un detalle, que considera peligroso aventurar por el momento: la huella de sangre en la camisa del muerto tiene una raya transversal, que nadie se ha dado cuenta, hasta el momento, de qué se trata. Sale contento de sus pesquisas. Para él, un día especial.

En la tarde, mientras reciben a los que vienen de San Gregorio de Mayarí Abajo, no ha muerto ningún vecino, ni de muerte natural ni obligada. Cosa insólita. Todos sospechan que obra un misterio sin que puedan dilucidar cuál. Si el muerto hubiera sido, por ejemplo, Poliandro —quien reposa oliendo a cadáver—, músico que fuera en su juventud, llegada las tres de la tarde todos estuvieran rebasando el zaguán de la casa para verlo tendido; luego saldrían por la puerta del patio para no indicarle al difunto la entrada, y que en tal caso regresara. Pero, Poliandro no muere como se esperaba. Eso pega una alerta, pues cuando llegan los amigos del general difunto, los vecinos de Covadonga ya están listos para enterrar, sin velaciones, a su muerto número 28 del «Año Primero del Ciclo Mortuorio de 1912», que le tocaba a Poliandro. Al no ocurrir lo supuestamente irremediable, andan confusos y

molestos, sobremanera las ancianas matronas.

Algunas mujeres sienten que podría existir la posibilidad eventual de que un muerto extraño, el del general forastero, rompa el maleficio que los hunde en el más vil de los augurios: la muerte segura del miércoles; y otras —malhumoradas y aviesas seguidoras de conjuros—, aceptadoras de la maldición que los diezma, se agrupan para llegar a una determinación y, si fuere preciso, quitarle la vida a Poliandro, que de todas formas está agotada por la larga enfermedad y debía morir ese miércoles, con dignidad de pertenecer a la casta de los augures covadomingos y, jubiloso, por no ser el último.

Existe, no obstante, de la tira y jala, cierta esperanza de que las maldiciones cesen y algunas lucubradas formas de sostenerlas, de manera que emergen a partir de estos días de ansiedades, dos grupos oficiales opuestos, como quedó dicho —obligados a registrarse en la alcaldía—: el optimista, compuesto por mujeres rechazadoras del conformismo; guiadas por Gaudencia la solterona y el otro, que sienten amenazadas las costumbres, las seguidoras de Balbina la viuda de Perpetuo el Sabio. Registradas en las *Memorias II* como las Gaudencianas y las Balbineras.

Los recién llegados son recibidos por todo el pueblo con las caras enlutadas, no por su muerto —que no existe aún—, sino para lanzarle un cabo al pobre alcalde Potasio que seguramente se vería envuelto en aprietos de política sucia. Vienen los tres amigos de la víctima con dos guardaespaldas morenos —oferta especial del alcalde municipal de dicho pueblo distante— los que custodian y previenen de sorpresas desagradables. Dos azabaches enormes, silenciosos, que dejan boquiabierta a las encantadas mujeres que nunca habían abandonado el pueblo a ninguna gestión, y por tanto nunca habían visto ni imaginado siquiera —a pesar de que son buenas lectoras de *Las mil y una noches*—, que un cristiano pudiera estar pintado con betún. Según se escuchan esa y otras frases al vuelo. Y si lo tocas no mancha.

Mientras aquella partida de hombres ilustres recorre el pueblo, ellas no se cansan de perseguir, con ojos azorados, a estos dos extraños seres, y las que pueden contar historias relatan que:

«En cuanto a los negros, solo vimos un caso así cuando éramos niñas y don Pancracio Plinio Paniagua Poliveros, agosto tercer cofundador del pueblo, que un buen día, a sus 110 años, se trepó al roble fincado en el parque y, como allí crecía una palma entre sus ramajes, que sobresalía

empinada, quiso desmocharle los racimos sazones de palmiche, buen alimento cebador de puercos. Una nube enigmática se colocó, oscura y amenazadora, sobre él. Pancraccio creyó ver la figura del enano Salvador que se burlaba de sus pocas o nulas posibilidades de éxito —desde los comienzos de los Tiempos, eran viscerales enemigos—. Pancraccio le mentó hasta la madre de la madre de su madre; en eso un grandioso rayo —de los que llaman «seco» — lo fulminó. A partir de ese momento se cerró el cielo y estuvo cayendo un aguacero de gotas desmedidas por espacio de tres días, sin parar ni instante; y otras gotas se congelaron en el aire y se desplomó una granizada de leyenda. Agregado a este diluvio, rugieron los cientos de truenos y centellas que partían el cielo y asustaba a los temerosos vecinos. Por eso impidió a nuestros mayores salir a buscarlo con eficacia. Al cesar el vendaval lo vieron colgando de un racimo de palmiche, achicharrado su menudo cuerpo. Todos afirmaban que lo había matado el enano Salvador. De dicha palma solo queda su antigua ubicación pues el rayo la rajó al medio, y luego, sobre el lugar colocaron un epitafio tallado en corteza que trozaron de la misma palma, que aún reza: Aquí murió el que vivió muchos años Pancraccio Plinio Paniagua Poliveros.

«El cuerpo de chicharrón fue metido en un búcaro chino cedido por el chilampín capón Juan Catulo, dueño autorizado del mono Lili. También atarugaron algunas de sus pertenencias personales y metieron menta y culantro y lo enterraron, sin cruz, solo con el epitafio arriba. Años después hubo una exhumación y una segunda inhumación en el nuevo cementerio creación del alcalde Potasio Ponte en el montículo del fortín, y cuando lo fueron a sacar de la caja de pino, que aún mantenía su solidez de monte, solo había una tierra pardusca hecha turrónes y que no era tierra y que olía a muerto húmedo recién enterrado. Ni un solo hueso apareció como evidencia de que Pancraccio se diluía en los éteres del espíritu de Dios, ni el traje nuevo con que fue vestido con pomposidad de soberano. Los botones anacarados aparecieron con los terrones, para dejar constancia de su paso por la vida. Se había convertido en tierra el ilustre tercer agosto cofundador Pancraccio Plinio Paniagua Poliveros. Allí en la nueva tumba colocaron otro cartel: Aquí yace en polvo, don Pancraccio Plinio Paniagua Poliveros.

Toda la tarde se le pasan los políticos analizando el fatídico acontecimiento y lamentando la triste ausencia de la palestra política que manejaba con tanta soltura el general Rafael. Preguntan dónde pueden descansar.

— ¿Solo por hoy o por varios días? —les pregunta el alcalde.

—Por hoy.

—Siendo así, la escuela es buen lugar.

A la escuela entran, situada en la calle de Alante, junto a la oficina del alcalde. Permanece limpia y organizada como si la señora Monga Ponte Paniagua, maestra y purista, fuese a recibir a los niños para impartirles clases a todos los grados en el mismo espacio, y con habilidad de fraccionarse; que al pedir a unos leyeran el abecedario en la cartilla, otros recitaban un poema y los más grandecitos hacían sus cuentas, mientras los rezagados estaban frente a la pared, de castigo. Pero ya no hay niños que le desgañiten la voz, y la deshabitada maestra se dedica a vender sorbetes confeccionados por ella, que reúnen el grato sabor de frutas, leche, huevos, y azúcar o miel, la gustosa locura de los viejos desdentados. Ella también cose y remienda por encargo. Desde allí, mal acomodados en los pupitres angostos, pero manteniendo la dignidad de políticos, detallan un resumen de las actividades realizadas por el general Rafael, en su recorrido por el pueblo de Covadonga la Fuerte.

El general acompañó al alcalde el primer día, martes. Un día entero estuvo entre la gente —al amanecer del segundo lo matan—. Visitaría, junto al alcalde, al incapacitado Pocho y al chofer Ismael, todas las calles empedradas que prometió asfaltarlas apenas lo hicieran Gobernador. Fueron al cementerio donde depositó frutas a falta de flores, al augusto noble patriarca primer cofundador de Covadonga la Fuerte, don Pelayo Paterno Ponte Consuegra, abuelo del alcalde, muerto al caer del roble amarillo. «He decidido partir mañana en la madrugada. Nos vemos al amanecer».

Fue lo último que dijo al alcalde, y los visitantes amigos del difunto lo supieron y anotaron con sus puntos y sus comas.

Ulises estuvo con el general y con el alcalde y su comitiva que iban a todas partes. Un día entero de idas y venidas, hasta que lo mataron con los dos

disparos y una puñalada en la calle de Tortosa, frente a la casa del ciudadano alcalde Potasio, como quedó dicho. Entonces, comienza toda la desgracia para el pueblo olvidado de Covadonga la Fuerte, cuyo nombre ignorado hasta entonces aparece por primera vez en el periódico y semanarios del pueblo distante de San Gregorio de Mayarí Abajo, con una imagen gigante en la primera plana del difunto político y con las palabras desmedidas siguientes:

¿QUIÉN MATÓ AL GENERAL? COVADONGA LA FUERTE.

Más allá de una acusación, sería el inicio de una especie de peregrinación temprana. Los curiosos de todos los contornos habitables, pueblos y caseríos cercanos y distantes, una vez leído y digeridos los comentarios del comentarista acusador, Jonatán Galán, comenzarían a planear visitas en grupos que amenazarían con romper la sabrosa paz y los aburridos días del reducido vecindario. La alarma se activa.

—Señor alcalde —dice el primero en hablar del desastre—, tome usted las medidas pertinentes con el fin de evitar estas visitas indeseadas.

—Calma —dice el honorable Potasio—. Si lo piensan bien nos traerá bienestar y prosperidad una vez que gasten en el bazar, el hotel, la barbería y el parque, sus colmadas alcancías engrosarán nuestras arcas municipales a través de los impuestos que pienso subir si tales visitas se producen en cantidades escandalosas.

—Tal vez lleven razón sus palabras, pero...

—Vengan los peros —dice el alcalde, que es experto en esas manifestaciones del «pero», como todo buen covadomingo.

—El primer «pero», sería por lo mal preparado que estamos para soportar esa avalancha de consumidores, meones y cagones.

—Eso no es un «pero», más bien diga: La primera cosa mala sería lo mal preparados que estamos para soportar esa avalancha de consumidores, meones y cagones.

—Muy bien, queda dicho —rectifica el primer hablador.

—Bien —dice el alcalde— eso lo arreglaremos construyendo de prisa un acueducto y una zanja que lleve los desechos al arroyo; designaremos a un ciudadano para dicha limpieza y saneamientos de sus calles.

—La segunda cosa —dice otro—, si algunos deciden pernoctar ¿Cómo se las arregla Abel Polivero, con su hotel de poca capacidad, ya que nosotros

no podemos dar cobija?

—Ya lo sé —contesta el alcalde—. Artículo quinto de la Memoria II de Conducta Social del Código de Convivencias. Hablé ya con Abel Polivero. Quitará los camastros y llenará de hamacas las cuatro habitaciones disponibles para que los aposente allí.

—Tercera cosa, y muy grave, por cierto. Si se aparecieran con perros y otros animales y bichos que aquí no soportamos ¿qué haremos?

—Bueno —cabecea el alcalde—, en ese caso, solo por esta vez, por ser una excepcional situación de alarma, previsto que fuera en la Memoria de Convivencias y depositado en Memorias II desde los Tiempos —y aquí si cabe el «pero», del que me sujeto para alegar—: Pero... haremos de tripas corazón y, soportaremos las irregularidades por razón de que prosperen los negocios —Artículo tercero del referido Código y dejaremos que entren sus fieras o mansas mascotas, cualquiera que sea el tamaño y los fastidiosos ruidos que produjesen.

Quedan en ese acuerdo comunitario con el buen uso del «pero».

A la llegada de la tarde, como se venía haciendo desde los tiempos de los Tiempos, las mujeres tomaron rumbo a la casa de Poliandro; pero lo novedoso estaba por explotar: Las Balbineras salen con su líder, Balbina la viuda; las Gaudencianas con Gaudencia la solterona. El grupo vestido de blanco lleva el ánimo y las intenciones de encontrarlo tieso o meterles a empujones la muerte, al pobre moribundo. El grupo de negro quisiera atrasársela si empezara a boquear o esconderlo de mirones hasta el jueves. Estas artimañas ya no hay quien las detenga y por ley son las viejas matronas las encargadas, desde la época nunca olvidada de sus *descalceces*. Ellas recuerdan:

«La mujer del primer alcalde mayor, doña Florinda, se quejaba de dolores en el empeine y el calcañal. Tan agudos, que renqueaba haciendo piruetas, insoportable en las caminatas, que finalmente les fueron retirados de sus pies los zapatos, por orden del médico. Descalza andaba ella y sentía un alivio de la tortura como nunca antes. Las otras mujeres la imitaron no tanto por parecersele como para unírsele en la vergüenza de la desnudez, y en ello encontraron placer. Aquello que fuera remedio para una, luego compañerismo en las imitadoras, en todas acaeció lo inaudito: la fruición con el piso frío y la tierra húmeda, y enseñar la piel antes prohibida, hasta encima de los tobillos, proporcionó goces cercanos a los espasmos eróticos

del matrimonio; finalmente, los próceres la convirtieron en ley. Desde entonces ninguna mujer lleva zapatos ni sandalias ni medias que arropen extremidades, así no sufren de llagas ni les aprietan los botines altos ni revientan cuando se desclavan ni se atascan en los fangales ni apestan ni desasosiegan en la caminata con ruidosos taconeos ni enmugrecen los dobladillos de las faldas».

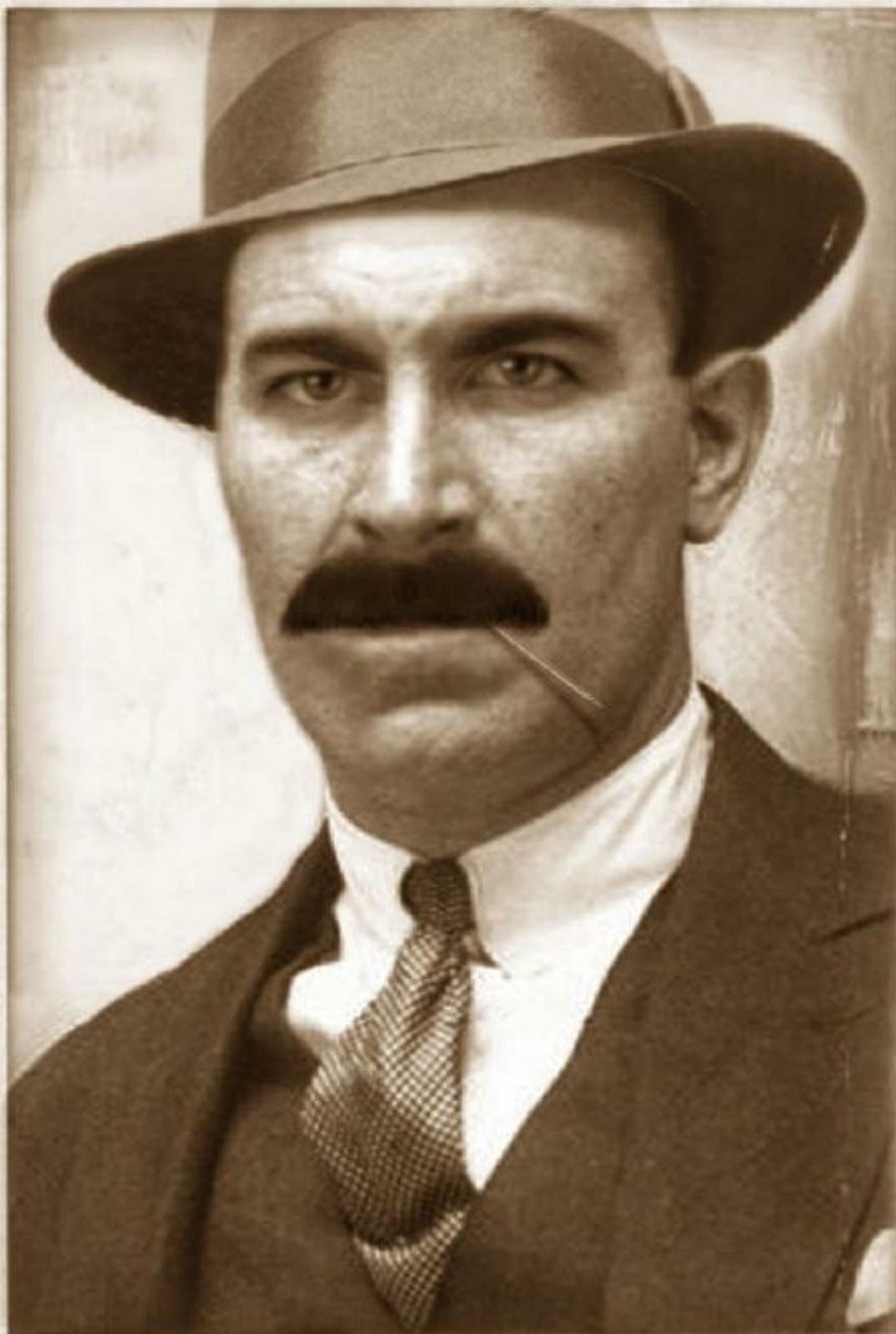
La campechanía las afecta en grande. No hay carmines que enseñe la sangre al rostro ni los cosméticos que para otros lejanos pueblos es la moda y cubre las huellas de la edad. Ningún arte de mejunjes suple el arte de la naturalidad que llevan con orgullo de matronas —aunque acabadas estén—; no hay tocados ni esfuerzo en tapar con ungüentos las imperfecciones del esqueleto, solo el talco blanqueador, inodoro, lo usan todas con total desbarajuste de panadero con su harina.

A Poliandro, no lo lloraría nadie, no porque le faltase parentela, o por su estado de celibato, sino porque en Covadonga la Fuerte nadie llora a sus muertos, como tampoco les ponen flores ni les fabrican cruces. Solo el epitafio queda, mostrando el penúltimo estado de ánimo, pues cada uno, mucho antes de morir, ya tiene confeccionada su lápida mortuoria.

Si las mujeres que representan las ancestrales costumbres de las maldiciones llegasen primero que el otro grupo rompedor de los embrujos, antes del anochecer deben estar enterrando el cuerpo del viejo músico, sin cortejo fúnebre ni flores ni llantos.

Poliandro se queda petrificado de espanto. ¿Cuál es la cuestión: morir o no morir? «Qué decidan las viejas matronas», dicen los parientes. «Él, de todas formas, vive hastiado de la existencia inútil, sin que pueda soplar su instrumento de viento.»

El enterrador Dositeo Agonía Paniagua llega con la calma del viejo agotado y se queda esperando, el lamentable o afortunado acontecimiento, mientras dormita sobre su carretilla funeral. Ha llegado con una carretilla jalada por una mula que lleva un saco de yute al trasero, bajo el rabo grandioso de ventilador, para recibir los cagajones que suele soltar sobre las calles empedradas cuando la usan para recoger la basura. Es una de las tres mulas que rebuznan, hija de yegua y burro; las otras tres mulas, que en verdad son burdéganos, relinchan como caballos, porque son el cruce de burra y caballo y tienen el cuerpo menor. Aunque Festo Portinot, el herrero, reclama el derecho de que fue el primero en llamarlo «*rebuzlincho*».



Ismael Polea Paniagua

100 100 100

Apuntes de Potasio

El miércoles, próximo pasado, debió morir Poliandro. Estaba tan fresco como nunca a pesar de las fiebres y que cierra su boca a los yantares. No pudieron enterrarlo. Tiene concluido su propio epitafio. Lo enseñan las mujeres integrantes de uno de los dos grupos de opiniones contrarias formados recientemente. El epitafio marca la tesitura de su flauta, según me contaron.

Anuncia: «Muero con mis dos octavas y media».

El miércoles antepasado fue Jocunda, hermana de Perpetuo, el *Sabio*, divulgador de las «Memorias». Perpetuo propuso memorizar las leyes. Obligados estamos a conocerlas y las matronas a recitar los sucesos, ya que ellas tienen la sartén por el mango. Cuando asumí la alcaldía dije:

«Hoy somos 300 almas. Cuando muera el último covadomingo ¿Quién le dará sepultura?» «¿Qué es un covadomingo?», preguntaron. «Sí, ¿qué animal es ese?» «Un covadomingo es cualquier ciudadano de Covadonga la Fuerte», respondí. «¿Por qué no llamarnos fuerteños?» «Sí, suena mejor» «Bien, fuerteño o covadomingo, da igual», concluí.

Fue cuando a Perpetuo Pontezuelo sentenció:

«Covadofuerteño».

Y se le ocurrió, asimismo, la forma de enterrar al último muerto, un disparate que todos creyeron posible y la Matrona Mayor aprobó. Dijo:

«Cuando quede el último covadomingo o fuerteño, ya tendremos, abierta la fosa y el cajón. No sabemos quién tendrá la suerte. Correrá a meterse al hoyo y esperará que la naturaleza haga el resto».

«¿Y el epitafio?», preguntó alguien.

«Un único epitafio. Será tallado en varias lenguas, así servirá a todos»:

«Heme aquí, caminante, yo soy la última víctima»

«Heme qui, viandante. Io sono stato l'ultima vittima ».

«Heme ici, un voyageur à pied. J'ai été la dernière victime».

«Heme aqui, passeador. Eu fui a última vítima».

«Aquí estic, caminant. He estat l'última víctima».

El disparate, que hace mucho es tenido por cuerdo, funciona a las mil maravillas y le da trabajo al tallador de lápidas porque muchos quieren escribir otro cualquiera, pero que sea original. ¿Por qué última víctima? La última persona o víctima, no sabemos si macho o hembra. Yo no quisiera ser el primero ni el último en morir, pero si me tocara, aceptaría el epitafio del Sabio. ¿Cómo haría para cavar mi tumba, meterme al sarcófago y morir antes de morir? Dejarme morir es suicidio. No existe forma de explicarme el sufrimiento de la última víctima.

Cumplió Ulises veinte años. La cabeza la tiene más pequeña de lo normal, como Pocho. En Ulises no parece afectar su inteligencia. Su nariz poca, sus ojos almendrados, los dedos de las manos, cortos, y otras características en él que no son pequeñeces. Pulcro al vestir. Atributos adquiridos por educación esmerada de sus padres adoptivos, nuestro jardinero Manojó Portinot Paniagua y su esposa la cocinera, Renata Paniagua Portinot.

Llegaron los amigos del general. Al muerto, decidí lo ahogaran en una tina con hielo. El médico y amigo Pacomio Palomares Ponte, me informa:

- 1.- Una herida profunda en el hígado, producida por arma blanca.
- 2.- Dos balazos, uno en la cabeza y otro en el corazón, para rematarlo.
- 3.- Hay sangre y, sin embargo, no brotó sangre del cuerpo de la víctima.
- 4.- Probable envenenamiento.

¿Pacomio me habla de la posibilidad de envenenamiento? Eso lo vio Ulises. Yo digo: ¿Por qué tanto ensañamiento?

Mandé iniciar trabajos de acueducto con los desagües. Dos excusados coloqué en ambos lados del hotel Mascota. El viernes llegará Pepa, la espiritista que dispone del local dedicado también a oratorio público por el padre Rolando Pojada Perofo. Este local se lo alquila Sándalo, que me pidió licencia recientemente para vender culantro, achiote y velas. Di permiso para esta venta porque de cosillas sueltas no tengo en el almacén ni en el bazar.

Ulises hace avances. Me lo informa todo al cabo Paterno. Dice Ulises que no murió por disparos. Según Pacomio: primero fue la cuchillada, luego el disparo ¿Y el veneno? ¿Él ve rastros de veneno en el cuerpo? Hay marcas de bicicleta. La sangre que aparece sobre la camisa del político no es del muerto. ¿De quién será?, pregunta. Yo sé, pero es reserva para que Ulises lo descubra.



*Fotos
Sainz*

Tte. Torrealta Delgado

Covadonga

2

El fotógrafo, Sándalo Polea, sale con sus enseres de periodista en guerra en toda ocasión de extraños comportamientos, y toma fotos aquí y allá, hasta en las noches cerradas, haciendo una fogata de hojas —recogidas en el portal de Clotilde Poliveros—, y al otro día las muestra en su vidriera de propaganda al frente de su casa-estudio, en donde tiene enclaustrada por voluntad divina a su mujer, que ya nadie recuerda su cara —ni los más memoriosos—, porque hace cuarenta años no la ven ni se atreven preguntar por ella. La mujer asoma su curiosidad de monja de clausura por unos huecos que el propio Sándalo hiciera para complacerla. Solo los domingos mete sus ojos y todo el que pasa sabe que ella está ahí, atónita, y algunos hasta saludan —a lo que ha de quedarle de mujer hermosa—, del otro lado del mundo, propiedad de Sándalo Polea.

Pepa la espiritista evoca con palabras prohibidas a Satanás y el párroco Rolando con sus ritos latinos exhorta a Dios. Es incertidumbre popular que ninguno de los dos espíritus poderosos quiere quedarse en Covadonga, llegan de visitantes y a hurtadillas, en busca de fidelidad más que a proporcionar cura a las almas estropeadas. Están anclados los vecinos en un pueblo abandonado por el Gobierno de la Isla, por el Cielo y por el Infierno. Por eso buscan en Cachita, aquella imagen de madera aparecida en las aguas de Nipe, su consuelo inmaterial, el resto del tiempo cunden presagios e imprecaciones que los hunden en la indefensión y las adoraciones inservibles.

Teniente Eduardo Torrealta Delgado.

Pasada las diez de la mañana del jueves llegan los investigadores del «Caso Conejo», tal lo llamaron en el expediente adjunto enviado de la provincia de Santiago. Son invitados a un desayuno en el bar cafetería de Fin Poliveros, pero declinan tal agasajo. Seguidamente buscan el pequeño hotel dónde le habían indicado que podrían acomodarse a su entero gusto e instalar

de inmediato los peculiares equipos desempacados con mucho cuidado y sigilo por el llamado «especialista» que los ha de manipular, de nombre estafalario: Zótico Salvio, un tipo silencioso como un ratón escabulléndose del gato. Traen equipos de punta, última tecnología a la hora de investigar un caso criminal. Incluso se comenta que adivina el pensamiento, por lo cual nadie quiere acercarse tanto, pues temen que los puedan descubrir en reflexiones turbias.

El hombre enigmático, reservado y escurridizo, Zótico, ha despertado curiosidad. Todos quieren verlo en sus trajines. Asomados a la ventana le miran con el azoramiento del susto, como si avistaran una aparición pasmosa, y el manajo de llaves distintas que le cuelga al cinto inspira una desconfianza de encerrador de monjas en las galerías tapiadas de un convento. Él debe permanecer atento a miradas sospechosas de sedición o asalto y no salir nunca del cuartucho ya que, si la puerta no tiene cómo cerrarse, cualquiera intentaría tocar aquellos artefactos endemoniados que los manipula con delicadeza. Zótico los vigila tanto que apenas puede componer mediocrementemente su trabajo. Debe renunciar al descanso y deja a uno de los policías de custodia cuando se aleja al supuesto lugar del asesinato o, solicita al cabo Paterno su cooperación durante esos minutos de ausencia, sin sospechar que, al vigilante, que es del patio, le ha dado licencia para traicionarlo.

— ¿Qué son los cacharros? —Pregunta Ulises.

—Aparatos —le dice Zótico.

—Ya sé. Aparatos —sonríe y se ajusta los espejuelos.

— ¿Entonces? —se inquieta Zótico, sin poder evitar que las preguntas de Ulises lo incomoden.

—Nada, yo no entiendo, tantos aparatos para saber cosas.

— ¿De veras? ¿Eres adivino o algo así?

A Ulises le falta velocidad en la contestación. Siendo introvertido por naturaleza —aunque a veces se salta esa deformidad—, le cuesta mucho decir lo que no sirve o no viene al caso o no tiene sentido. Pero sabe responder con monosílabos:

—No.

—A ver, dime una cosa, ¿Cómo te llamas?

—Ulises —dice, y poniendo su cara de bobo en una vitrina permanente, remata—. Esa pregunta es fácil.

Al especialista le causa gracia, pero cae en la trampa del raro muchacho que parece bobo, pero, en el fondo no lo es.

—Vamos a ver, compadre —dice Zótico—. ¿Qué comió el muerto?

—Los muertos no comen, señor.

—Claro, yo digo antes de morir.

—Arroz con frijoles —dice Ulises, sin miedo de fallar.

—Te equivocas.

—Sopa de pescado —rectifica, pero esta vez con cierta picardía en sus ojos achinados, engañosos.

—Tampoco. Y no sigas. Se ve que no sabes nada de nada. Comió mangos.

— ¿Mangos? Pero desayunar con mango no es bueno señor. A mí me gusta comer mangos de tarde.

—No fue en el desayuno —explica Zótico con satisfacción—, fue en la comida de la noche. Lo que no veo claro es por qué una digestión tan lenta.

—Y ¿cómo saben ustedes?

—Con estos aparatos que averiguan el pasado. Lo único que falta es saber cuántos comió y dónde.

—Pregunte al aparato, señor —dice Ulises.

Zótico queda pasmado, el bobo no lo es tanto, razona como cualquiera. Ulises guarda en la libretita su novedoso descubrimiento y se marcha. El tal especialista le ha regalado una buena información.

Todo el pueblo sale a la calle para ver a los investigadores venidos de Santiago, aunque nadie se acerca, como si padecieran la lepra. Menos Ulises, que parece una sanguijuela pegado a sus quehaceres policíacos y camina junto a ellos imitando a un policía o como allá, en San Gregorio de Mayarí Abajo, que un muchacho con su misma condición va delante de la Banda Municipal, que tal parece sea su batutero, y se nombran igual.

La actitud de la gente, de ver sin participar, sucedió otras veces en el pasado remoto. Cuentan las sabedoras autorizadas:

«Lo que nos queda son los hechos, y acontecieron hace tanto que no más la memoria lo sustenta y tenemos la lengua para repetirlo; de otra manera no sucedieron, hay que contarlos para que sean reales y ojalá vivamos mucho tiempo para narrarlos. Después de nosotras habrá un vacío. Pero lo cuento ahora, sin que me duela la boca porque no son mentiras».

«Les digo que la primera vez fue con los alegres gitanos, que llegaron y se marcharon el mismo día sin que les dieran chance de enseñar sus habilidades para desaparecer monedas delante de los ojos atónitos del

tumulto y aparecieran luego detrás de las sucias orejas de los mocosos; bailar sus bailes típicos; venderles la última noticia sobre las tierras que dejaron atrás y donde al cabo de los años aprendieron la lengua nativa, porque aunque en realidad eran de todas partes y de ninguna —sus ancestros, decían, eran de Francia, Alemania y Hungría—, volvían tantas veces al mismo lugar que lograban entenderse con los naturales a las mil maravillas. Trataron de mostrar sus proezas de fuerza física y las dotes malabáricas y los ungüentos mágicos que traían de mesopotámicas tierras y allende la fabulosa China, para las picadas de serpientes ponzoñosas».

Pero si aquí no hay culebras venenosas ni carnívoros de dientes filosos —decían los covadomingos.

«Ellos continuaban sacando antídotos, pomitos de la virtud y del buen saneamiento. Sin embargo, no pudieron con ninguna de sus artes visibles y oficios inciertos —con sus pases de manos sorprendentes—; no pudieron dejar patentado en las mentes ilusas, que dominaban la artimaña endemoniada de las previsiones ni tampoco lograron negociar con objeto alguno, aunque sí consiguieron, sin poner empeño, robarse algunas piezas personales lavadas y tendidas en los cordeles de los patios».

«Se fueron y regresaron a los tres años —y eran los mismos personajes diestros y pícaros—, y por muchas gestiones que hicieron esta segunda vez, poco o nada lograron acumular en sus bolsas que no fueran bolas de tierra envolviendo ratones y otros bichos —desquite de la bandada de muchachos—. Nada valioso o desprotegido se tropezaron en sus andares, para robarlos, pues ni las mochas sin filo puestas a las entradas de las casas para quitar el fango de los zapatos, dejaron al abandono de manos ladronas. Sin la paciencia requerida para poder actuar ni deseos de anuncios para embaucar a los crédulos habitantes, enfilaron por donde entraron no sin antes ir profanando el aire con sus temidas maldiciones gitanas:

«Ojalá se marchite este maldito pueblo de gente loca y malagradecida».

«Ojalá le salga un solo ojo a los recién nacidos».

«Ojalá ningún cumplido pueda salir ni los que salieron puedan entrar».

En conjunto, las imprecaciones las llamaron las ancianas: Maldiciones del Ojalá, que se juntaban con la Maldición del Bastón y otras tantas arraigadas en las mentes de los ciudadanos covadomingos. Algunos dieron por

cumplida dos de aquellas blasfemias de los gitanos porque a partir de entonces ninguna mujer quiso parir un Polifemo. A otros les fue resbalando en el cuerpo, sin que sintieran sus efectos malignos porque eran solteros incorregibles. Pero lo estrictamente cierto fue dicho: «¡**Ojalá nadie pueda salir ni entrar cuando sean cumplidos!**» A partir de entonces los jóvenes, por si acaso, fueron autorizados por sus madres y abuelas a irse antes de lo planteado en la amenaza abominable, mandados a otros pueblos, donde estudiarían y mantendrían familias. Y, Covadonga comenzó a secarse como una zanja sin lluvias, por el siguiente embrujo, aislado del mundo, impotente de remediar tales profecías malévolas y, aunque el promedio de vida alcanzara la cifra de 100 años y en algunos casos la sobrepasaba —eran todos unos vejestorios—, no se multiplicarían ya, y hasta el momento queda solo uno con edad considerada juvenil: Ulises; tres a mitad de camino: Paterno, Ibraín y Oni Hilda. De las 301 almas que residían para cuando el alcalde Potasio asumió el cargo, solo cuarenta y nueve de ellas habrían salido —al menos una vez—, de las inmediaciones del caserío, o a visitar otros pueblos. Ese último censo señaló la existencia de 200 varones y 101 hembras; no reportó negros ni otra raza excepto —un chino culí: Juan Catulo—, de cuyo total eran casados cincuenta en veinticinco parejas; treinta viudas, diez viudos; el resto solteros empedernidos; hablaban para entonces cinco lenguas distintas —sin contar el cantón— aunque todos, en la cotidianidad conversaban en la lengua madre, el español; de forma salteada, sin enumerar en el padrón, conocían: el francés, el italiano, el portugués y el catalán.

—Cada cinco años —fue la apuesta que plantó el padre del fotógrafo, don Heliodoro Polea, con su mano en un billete—. Yo digo y apuesto que cada cinco años vendrán por aquí esos gitanos sin madre patria.

—Yo apuesto a que no vendrán nunca más —aseguró don Manojó Portinot, quien luego fuera padre postizo de Ulises.

Y ninguno de los dos pudo cobrar su apuesta —en aquellos tiempos, todo se resolvía con apuestas y cerraban el trato posando sus manos sobre un billete, costumbre traspasada y mantenida—. Los otros que no apostaron y guardaron su opinión, vivieron lo suficiente para ver que los gitanos jamás regresaron. Solo que, pasado un año de aquel maléfico reclamo, del cual los vecinos abúlicos y los apostadores incorregibles habían olvidado los pormenores del caso, recibieron un telégrafo con estas palabras: «**Meterse. Gran pueblo. Por gran culo**».

No hubo forma de contestarles la ofensa con otro telegrama dispuesto al desagravio, pero a Casto Pandora Ponte, el telegrafista, un niño para entonces, pero que despuntaba como poeta —frustrado cuando mayor—, se le ocurrió unos versos que decidieron, por unanimidad, colgarlo a la entrada del pueblo y que decía:

«No caben más en la patria,
Y no recibimos a los vagos
Que para suerte o desgracia
A los que llegaron echamos».

Dicho cartel era tan directo y ofensivo, que cualquier caminante se regresaría sin entrar. Esto dio lugar a que colgaran otro, y luego otro y otro más, hasta que mantuvieron uno, quizá por cansancio, labrado en la madera de cedro, muy anti expatriado, por cierto, que al visitador prevenía:

«No entre si piensa quedarse».

Otro, colocado de forma oportuna advertía desde adentro, a los covadomingos:

«No salga si quiere volver»

El pueblo comenzó a considerarse un museo de carteles advertidores, anuncios comerciales y epitafios grandiosos».

El teniente Eduardo Torrealta Delgado, con poca experiencia en casos complicados debido a su juventud, inmediatamente habla con el alcalde y le pide que reúna la mayor cantidad de pobladores, a los más importantes, en su oficina, que allí los interrogaría. El alcalde solicita permiso a la Matrona Mayor y manda avisos a los que pueden romper con la rutina.

El sondeo preliminar del Caso Conejo arranca. Los covadomingos mantienen una actitud defensiva parados frente al teniente Torrealta, que se arrellana satisfecho en la butaca enjuiciadora, pero cae en cuenta de que todos son varones:

— ¿Y las mujeres?

—No vendrán —declara Potasio.

—Pero ¿cómo es posible?

—Muy simple. Entre nosotros tienen un espía, que no sabemos quién es

ni nos interesa, que luego va y le informa a la Matrona Mayor para que determinen ellas qué hacer y luego sea anotado en las Memorias cuanto aquí suceda.

El teniente prefiere tragarse la amargura de lo que ya no es novedad. Todo comentario siempre finaliza con supuestas maldiciones que lo obligarían a buscar a las mismas matronas recalcitrantes ausentes y mandonas. Se siente abrumado de tantos embrollos por los vericuetos incómodos de costumbres arcaicas.

—Bien, alcalde, empecemos contigo ¿Aceptas que empiece interrogándote?

— ¿Y por qué no? Acá todos somos iguales.

—Bien ¿Tienes algún arma?

—Guardo en casa una Derringer. Perteneció al suegro de mi tío Ramón.

—La voy a ver —dijo autoritario.

—Por supuesto —el alcalde cede a la imposición— ¿la busco en casa?

Torrealta se pone de pie y mira al grupo, con una mirada suspicaz, con evidentes ganas de acusarlos a todos.

—Más tarde —dice y con un dedo barre de izquierda a derecha—. Ahora quiero saber cuántos de ustedes usan armas.

Ninguno se pronuncia y se miran entre sí. El barbero mueve el cuerpo para decir algo, pero silencia su lengua. El teniente lo detiene con la vista.

— ¿Sí...? Puedes hablarme, ¿quién eres tú?...

—Che Poliveros —dice el barbero.

—Te oigo. No tengas miedo.

—Creo que Ismael tiene una. Y no tengo miedo.

— ¿Estás seguro?

—Se lo demuestro.

—No hace falta. Quiero decir, ¿viste el arma de Ismael?

—Ya le dije.

El teniente busca al alcalde con la vista chispeando la premonición, y le pregunta:

— ¿Dónde está tu chofer, Potasio?

—Vendrá de un momento a otro, lo mandé al pueblito de Felicidad en el coche. Ahora dígame usted ¿Qué saca con estas preguntas?

—Averiguo quién tiene la capacidad de usar un arma de fuego.

Sonríe pícaro el teniente Torrealta, disparando con un dedo vuelto

pistola.

—Yo tengo una —dice Fin con el resorte de su mano.

— ¡Vaya, van apareciendo de a poco! ¿Alguien más?

—Yo —anuncia el médico Pacomio.

— ¿Ya? —Se incomoda el teniente— ¿No hay más?.

Ningún otro guarda un arma, al parecer, y Torrealta comienza a figurarse que dicen la verdad, aunque le pese en la conciencia de saberse mayúsculo ante aquellos encogidos hombres. Media hora después cada cual enfilaría para donde la rutina perezosa le llevara. El barbero justifica que lo aguardan tres clientes; Fin, al hotel, y su hermano Abel, a la barbería; el alcalde a su casa, con el teniente, para mostrarle su arma Derringer. El fotógrafo instala la cámara enlutada frente a la oficina y toma las imágenes que expondrá al día siguiente. El enterrador Dositeo Agonía va directo al bar acompañado de Pirolo Manao donde debe esperar la muerte del que agoniza. Avito, Casto, Afrodísio, Comelio y otros, enfilan a no sé dónde para dedicarse a no sé qué. Y así queda limpia la calle de Alante, cada uno a lo suyo y todos a la desbandada.

— ¿Qué arma es esa? —Pregunta el teniente.

—Una Derringer, con una como esta mataron al presidente de los Estados Unidos.

— ¿A quién?

—A Lincoln. Es una pequeña pistola de 1852, modelo Filadelfia que dispara una sola bala. Y al general le dispararon dos veces.

—Yo no dije que fueras tú.

—Por si acaso. Y otra cosa ¿por qué me tuteas?

El teniente ni se da por enterado de la pregunta. Sigue su interrogatorio:

— ¿Y tú chofer?

—Ya vendrá. De aquí a Felicidad nos separan cuarenta minutos en coche. Ochenta de ida y vuelta más diez de la gestión... son...

—Sí, ya sé, una hora y media. ¿Cuándo salió?

—Pues le diré —Potasio saca su reloj enorme—. ¡Por Dios, son las cuatro! ¿Qué sucede con la campana?

Al instante de decirlo oyen cuatro toques suaves de bronce dormidos

que vienen del parque.

— Y ¿qué hay con eso? — Levanta sus hombros el teniente.

— A usted no le importa romper reglas, pero aquí las cosas son distintas. Nadie puede romper el Código de Covadonga.

— ¿El qué?

— El Código. Preceptos de la Patria, algo así como nuestra Constitución, escrita en la piedra y expuestas al público. ¿Acaso no la vio?

— Sí, la piedra del parque.

— La del parque, junto al Prócer Canuto.

— ¿No es un epitafio escrito en una lengua rara?

— Son nuestras leyes. Escritas en una lengua que nos inventamos, como una vez lo hizo un rey de Babilonia, tallada sobre la piedra, para evitar que los subsiguientes alcaldes cambiaran las cosas.

— ¿Una lengua inventada?

— Eso dije. Le conocemos solo tres personas, las dos mujeres más viejas y el alcalde del momento. En este caso, yo.

— No haré comentarios de eso — dice el teniente moviendo exageradamente su boca —, me limitaré a mis deberes de policía y cerraré la entrada y salida del pueblo

— Usted será responsable de lo que suceda.

— Me atengo a las consecuencias — dice el teniente y a continuación explica sus planes al alcalde.

«Taponeará el caserío a cal y canto, impidiendo a toda costa que alguien salga o entre con la severa advertencia de un solo «¡Alto! ¿Quién vive?» Y la consiguiente balacera para impedirle el paso o la fuga, porque no habría contraseña».

El alcalde queda aterrado. La situación se pone tensa porque no están preparados los del pueblo para tal contingencia de escaseces.

No tienen forma de abastecer las despensas sino con un carretón que sale todos los días con una lista que le entregan al mandadero de turno, sorteado cada domingo entre los hombres utilizables. El escogido monta un carretón con dos mulos y va al pueblo cercano de Felicidad o al otro, de Mayarí Abajo, y realiza las compras de cada uno de los vecinos.

El alcalde pretende protestar aquella orden de gente en cuarentena, impulsada por las muestras de protestas del pueblo, quienes frente a la puerta de cristal de su oficina — dada la transparencia que se debía guardar en política —, sito en la calle de Alante, colgaron una cabeza de vaca, con

grandes tarros curvos, que según las de mucha memoria fue la primera carne que comieron los antiquísimos fundadores a los diez días de su asentamiento, fincadas las primeras ocho casas de guano y cujes, cuando ya las provisiones que traían se les agotaron y hubo que sacrificar la única vaca lechera. La costumbre de mostrar la cabeza está muy enraizada en ellos y debe tomarse en consideración, pues si falla este intento o anuncio, al otro día aparecerían boñigas cubriendo la entrada. Y, si con esta segunda advertencia de excrementos, no cede el alcalde a su impopular capricho, lo tercero sería la huelga ciudadana. Nadie saldría de sus casas hasta tanto se cumpliera con la solicitud, de manera que nada funcionaría ni habría comentarios de cantina ni antiguas narraciones ni los miedos a las absurdas apariciones que los mantenía vivos y alertas.

—Será apoteósico, señor alcalde —dice uno, de mirada incierta.

—Señor teniente Torrealta —dice el alcalde—, sabrá usted que en este pueblo solo tenemos un pequeño bazar para menudencias, que mantiene bien proveído su propietario don Yo, o sea, el que le habla, pero los productos vienen o se buscan en otras partes, como la carne, por citarle un ejemplo.

—Lo siento, alcalde, este asunto es serio y tú deberías estar preocupado. Un político como el occiso tiene mucha influencia en la cabecera de provincia.

—Tenía —dice el alcalde.

—Como quiera. Pero yo recibo órdenes de arriba y de que aquí no sale ni entra nadie, yo me encargo. Eso es todo.

—No tenemos agua en abundancia para resistir este acuartelamiento de pueblo en guerra.

—En ese único caso, cuando sea necesario, autorizaré a que vayan por ella. He dicho.

—Estamos mejorando —dice el alcalde.

—Te hago una pregunta —dice el teniente— Si eres el dueño del almacén y del bazar ¿A qué hora lo atiendes?

—Cuando haya lugar, supongo.

—¿Todo el tiempo está abandonado a su suerte?

—Aquí nada se abandona a la suerte, desde los tiempos de los Tiempos.

—No hay ladrones —se burla el teniente—. Las casas abiertas, los negocios sin empleados.

—Confiamos en nosotros mismos —alega el alcalde, alisándose el

bigote.

—No hay ladrones —vuelve el teniente.

—No, pero hubo uno —dice el alcalde, con la boca apretada.

— ¿Hubo? ¡Qué sorpresa! Cuéntame el pasaje.

—No puedo, pregunte a las que pueden contar historias pasadas. Ellas le dirán, yo no puedo.

Todo queda claro entre ellos, como los cielos de esos días bochornosos, en que no aparece una nube siquiera para un remedio de las almas, y la sequía alcanza proporciones de leyenda.

—El Manantial de la Piedra está casi seco —dice el alcalde—, a punto de ofrecer la última gota y es la única fuente de agua potable. Si faltaran esas aguas tendríamos que recurrir al manso arroyo Pontezuelo y nadie querría beber su caldo de olores *acangrejados*, del tufo de escamas vivas del carnicero Venancio. No la probarían siquiera, aunque se convirtieran en comejenes de dos patas, no por su innegable mala calidad de zanja sino por temor a la Maldición de Pelayo:

— ¿La Maldición de Pelayo?

—Lo llevaré para que las matronas le cuenten, si está interesado.

—Llévame.

Le cuenta una de las mujeres —cualquiera de las que pueden hacerlo—, que:

«Para el año en que yo nací, la tierra comenzó a rajarse y en los socavones abiertos cabía una ternera y casi a diario desaparecía un animal o un niño desprevenido y desobediente. Al cabo de los días aparecían sus pellejos envolviendo huesos secos en las profundidades de aquellos volcanes sin lava. El arroyo era una trinchera de agua podrida sin peces, donde solo se multiplicaban jicoteas incomibles con su aspecto fortificado de carnes duras con sabor a manglar y las ranas toro cuyo bramido de buey ahorcado en la cerca de alambre enfurecía a los habitantes más cercanos. Hubo que acudir a la peregrinación del Quebracho, desde aquí hasta allá, al primer pueblo fundado en las tinieblas del abandono de los 1700, al San Gregorio de Mayarí Abajo, a dos leguas castellanas bien medidas, por tierra árida, para que el bienaventurado santo Gregorio de Nacianceno les diera, a cambio, la gracia benefactora de las lluvias».

«Justo después de la tercera peregrinación un diluvio resolvió mandar desde los cielos grises. Tanto llovió, que no parecía una dádiva sino

una venganza celestial despachada con saña y con piedras heladas y tormentas y rugidos espantosos de cañones y luciérnagas gigantes. Los ríos y arroyos se salieron de madre y hubo que abandonar los recursos de asiento en tres de los pueblos colindantes y pensaron que debían permanecer en las montañas lejanas por espacio de dos semanas, como indicaba la experiencia de la costumbre de los primeros pueblos. Cuando regresaron los de Covadonga la Fuerte —que retornaron en una semana con el agua a los tobillos—, encontraron que habían olvidado, con sus apuros, al primer agosto cofundador —que para la fecha tendría 120 años—, don Pelayo Ponte Consuegra. El prohombre al que habían olvidado libró de anegar sus pulmones encaramándose como pudo en el roble amarillo que enraizaba en el parque. Con un halo de vida lo encontraron, ido totalmente de la facultad de discernir si estaba en tierra firme o en el trinquete del velero Covadonga que los desembarcó en estas tierras donde fundaron el pueblo; y desde arriba orinaba a los de abajo y les amenazaba en tres lenguas que dominaba a la perfección. Decía: «que, si llegaba a morir ese día no escogido por él, de tal forma deslucida y desde aquellas alturas de palo mayor, regresaría convertido en duende infernal y enfermaría las aguas del arroyo Pontezuelo cada año, para el mes de mayo».

«En el acto dificultoso de descenderlo a la realidad del parque adoquinado, donde lo esperaban los suyos, perdieron el equilibrio los socorristas y el pobre anciano cayó como una guanábana madura, y se aplastó contra las piedras del suelo. Desde entonces, en el mes de mayo, todo aquel que bebiera o enjuagara ropas o bañara el cuerpo en sus aguas maldecidas por Pelayo, padecería de cagaleras incontenibles por una semana y solo si bebía agua de las primeras lluvias de mayo, evitaría las incontinencias fecales que llamaron «Maldición de Pelayo».

«A alguien se le ocurrió que debían cavar una gran fosa en la cima de un promontorio distante, más allá del cementerio, y acumular toda lluvia que fuera posible. Formaron un pequeño lago que pronto se chupó su propia existencia de líquido estancado. Y allí mismo, un día de san Juan, brotó un manantial de agua dulce y colocaron una gran piedra, horadada al centro, donde insertaron una tubería de cobre que lo convertiría en surtidor constante. Y fue el agua que bebieron en aquella época y que bebemos en nuestro presente».

El teniente Torrealta, en sus averiguaciones, se entera que para solucionar la *resequé* de las gargantas del atribulado pueblo, en época de ninguna lluvia, diariamente deben salir varias mulas con tres rastras hechas de troncos del arbusto de la guayaba, en forma de Y, donde suben dos tanques enormes de madera cada una para llenarlos de agua suficiente para el diario. Dos viajan al Sur, donde a una legua encuentran un arroyuelo cuyas riveras están cundidas de guayabas cimarronas y manzanas silvestres que le dan al pequeño torrente de aguas una frescura de manantial, junto a los pedregales por donde se deslizan, como si fuesen filtros naturales para convertirlas en potables. Una rastra va al manantial y allí esperan pacientes los aguadores, que gota a gota rebosen los dos tanques; así pasan veinticuatro horas del día y la noche.

Al arquitecto Anel Vitruvio Pontezuelo Matos se le ocurriría la aventurada proeza de construir un pozo, en medio del parque, con el propósito sano de suplir las deficiencias del manantial de la piedra y a esa tarea, que pospusieron largamente, designaron a todos los varones comprendidos entre los sesenta y setenta años. Y como siempre, si en la delimitación de las edades había algún lisiado o imposibilitado parcial o temporal, estaba obligado por ley a tal labor de asistir al ahuecamiento, aunque solo sirvieran como aguadores o mirones o espantadores de los pájaros bulliciosos y *cagalitrosos* que debían de alejar —con largos palos— de las ramas suculentas del roble amarillo. Para quitarlos con palazos y silbato de contramaestre, a que no ensuciaran las espaldas empapadas de los excavadores. Harían turnos de parejas y echarían arroz bajo otros árboles cercanos de los que el pueblo estaba lleno y lo sigue estando, para que abandonaran el parque.

El teniente mira el roble del parque, la limpieza, el silencio acogedor.

—Al fin se fueron, y para siempre, por la Maldición de los Jaibales —lo sorprende el alcalde.

— ¿Jaibales? —pregunta el teniente, que ya está impresionado suficientemente por los sucesos anteriores.

—Las jaibas o cangrejos de río.

— ¿Qué jaibas?

—Te sacaré de las dudas aquella anciana, la bibliotecaria Restituta Pontezuelo Portinot, única que no anda reunida para ver si se muere o no el desdichado Poliendro.

— ¿Y por qué no se reúne con las otras?

—Porque una debe quedar de guardia. Atenta a la campana y a las Memorias.

Al teniente ya no lo sorprende nada del pueblo marchito de Covadonga. Va directo a la anciana. Se le semeja a una imagen sacada de un libro. Restituta explica, sabedora y alegre:

«Hubo una época de lluvias intensas, de nunca acabar. Tanto se multiplicaron las jaibas, que venían del mar caminando con sus diez patitas once millas desde la costa de Nipe, que arribaban aquí y eran como una plaga. Al principio fueron fiestas y comilonas. Y llegaban cada día mayor cantidad de jaibas, pero no se las comieron nunca más y los batallones de ellas seguían de largo como ejércitos invasores, tierra adentro. Y allá en la ruta de los pinos, donde el arroyo nace de una lágrima de la tierra, se adueñaron las jaibas de tal suerte que por el cauce solo se podía trafagar sobre olas de muelas y carapachos rotos que llegaban a raspar como cuchillos los cascos de las embarcaciones que se arriesgaban a tal travesía. Un día, un pescador corajudo llamado Carpo Polea, montó su barca de veinte pies sobre un carretón jalado por cuatro mulos y se fue al nacimiento del arroyo y de allá se trajo, navegando —cuando habían cesado las lluvias y apagado los relámpagos—, seis sacas de trescientas libras cada una llenas de muelas de jaibas, y dijo que había capturado a todos los machos y que además de mancarlos, los capó, y de esa manera nunca podrían reproducirse y que se acabaría la invasión a partir de la primavera».

— ¿Y qué pasó? —salta el teniente, indeciso si creerle o arrastrarla por los pelos.

—Se cumplió al pie de la letra lo que profetizara, pero desaparecieron los pájaros y las mariposas, aunque otros bichos comedores de semillas crecieron tanto que hubo que acudir al mago de San Gregorio de Mayarí Abajo, experto en plagas, Eutimio, *el Grande*. Pero los pájaros no regresaron nunca. Fíjese usted que no vuelan arriba ni las auras tiñosas, que nos hacen falta para la limpieza, pues ellas son las que comen la podredumbre de la tierra para que no enferme. Así acabamos con la Maldición de los Jaibales y nos sobrevino la de los Pájaros.

—Una pregunta —insiste el teniente.

Restituta, que se abanica los calores, adelanta su cuerpo desgarrado hacia el teniente, como si no pudiera distinguir la figura por nublazón de su

vista quintañona. El teniente le huele la amargura, el humo de la leña y el vinagre del pellejo fofo, como un hedor miserable de rara enfermedad.

—Hágala.

— ¿No tienen aljibes para guardar el agua de las lluvias?

—Tuvimos. Los techadores instalaron canalones para que las aguas se recogiesen en aljibes. Pero esa es otra historia inconclusa. No se la cuento ahora. Nos quedan las tinajas, que mantienen el agua fresca. En algunas casas las tinajas tienen filtros y beben el líquido puro.

—Pero ¿cada casa tiene un aljibe?

—Claro que sí, joven, aunque no sirvan para guardar agua, como le dije antes.

— ¿Por qué?

—Por la maldición del Gusarapo ¿Se la relato?

—No, gracias, no hace falta.

— ¿Apurado?

—Me lleva la prisa de policía. Hasta que no descubra al matador no estaré tranquilo.

—Anda usted sospechando de lo que guardan en mente los demás, y le pasará lo que al sastre Peleo Pontezuelo, que alzó fama de cocer sin luz, en noches cerradas, y una vez ciego, como lo fue Homero, siguió cociendo. Pero, podía encontrar lo que buscaba, siempre que no lo cambiaran de lugar, de manera que un buen día lo llevaron al mar a que se curara de unos espasmos de martirio y lo dejaron en el agua tibia temprano en la mañana. Cuando se sintió abandonado echó a caminar sin saber por dónde y nunca más regresó.

Al teniente le dan ganas de interrumpirla y echarse a correr, aburrido de oír a las ancianas con sus alucinaciones tenaces. Y hasta tanto no se sepan los motivos del asesinato del político, al menos los motivos —aunque no apareciera el matador—, se cierra el pueblo al mundo por orden irrefutable de su caprichoso preceder.

A pesar de que ya están acostumbrados a permanecer encerrados como en un convento gigante, a los vecinos les duele la falta de libertades. A un pueblo suficientemente aislado por naturaleza y por las creencias desatinadas, además de eso, le obstruyen las dos únicas posibilidades de salir y entrar a su antojo, como se obliga a esconder la cabeza y las patas a una jicotea o se aísla un molusco del exterior, cegando la concha.

Solo tienen permiso de salida y entrada los aguateros y los propios policías *enclaustradores*. Queda el pueblo en estado de sitio.

Antes del anochecer llega Ismael. Toca el fotuto del Ford reluciente frente a la alcaldía. Sale Potasio.

—El teniente te procura.

—Ya lo sé. Me lo dijo el cabo.

—Pues véalo pronto y acabe esta tragedia.

Ismael se dirige al hotel y toca en la puerta del cuarto del teniente. Le responde una voz ahogada.

—Pase.

Entra y se enfrenta al joven teniente Torrealta, acostado en su hamaca, fumando tranquilo, que inmediatamente inicia el interrogatorio.

— ¿Tienes tu arma? ¿A qué hora te acuestas? ¿Dónde está tu casa? ¿Tiene aljibe tu casa? ¿A qué partido perteneces? ¿Tú conocías desde antes al general? ¿A qué hora te levantas? ¿Ulises es amigo o enemigo?

Cada pregunta recibe contestación exacta, como cabe y enrosca un tornillo en la tuerca. La limpieza de las respuestas molesta al teniente, experto en la sopa sucia de confesiones bandidas. Y en ese momento, sin saber por qué, medita acerca de la historia del sastre ciego Peleo Pontezuelo. Le pregunta al chofer en forma de despedida:

—Si en medio de la noche oscura, sin que tengas nada para alumbrarte, tuvieras que correr buscando refugio ¿Dónde te meterías?

La respuesta de Ismael, como es de esperar, no tarda un segundo.

—En mi cuarto. Es el único lugar seguro en este pueblo de mierda perdido en el mundo.

—Muy bien —dice el teniente, complacido—, ya puedes marcharte.

La noche llega, cargada de esperanzas y decepciones en las ancianas reunidas en casa de Poliandro que, entre rezos y escupideras, deciden marcharse a sus respectivos retiros de descanso. Ninguno de los dos grupos logra influenciar a los familiares del inerte dislocado músico para que, bien decidan morirlo la víspera (las Gaudencianas), bien deban esperar hasta la próxima semana, llegado el miércoles (las Balbineras).

El viernes próximo, sería otro día de pujas.



Cabo Paterno

Estudio Sanelaro

Apuntes de Potasio

Jueves 22 de junio. La llegada de los investigadores es un acontecimiento. Parte del pueblo organizado frente a mi oficina, excepto Gaudencianas y Balbineras. Arrié bandera a media asta. Los visitantes fueron directo al muerto. Un policía se queda en la morgue que armamos en el Dispensario. El otro en el lugar de los hechos. El teniente Torrealta comienza trabajo de interrogación con Ulises. Yo creo que Ulises no le cae bien. El teniente: altanero y sin miramientos pregunta y decide. Sagaz pero irrespetuoso —así lo veo—. Ulises es distinto. Yo atiendo a mi muchacho en todos los órdenes desde que Manojó Portinot y Renata Paniagua abandonaran nuestra casa. Murieron en accidente. El erario público mantiene a Ulises de por vida. Los del pueblo lo quieren, pero tiene detractores. Ulises es distinto a los demás. Los del pueblo le llaman Ulises Holmes, otros le dicen, Ulises el bobo. Es observador, persistente y detective natural sin empleo. Me ha solicitado ser investigador oficial de Covadonga la Fuerte. Nada puedo hacer para impedirlo porque él, como ciudadano, tiene derechos, y la Matrona Mayor dio su permiso.

Covadonga

3

El detective natural, sabe que debe enfrentarse al teniente Torrealta, pues sus señalamientos del caso no coinciden. Apenas el teniente se siente el dueño del lugar, ordena que todos sean interrogados y empieza por Ulises, como si presintiera que fuera a convertirse en su sombra dañina y duradera.

Antes, Ulises Portinot había ido al muelle del arroyo Pontezuelo. Allí ve al carnicero, Venancio Palomillo, pescando con carnadas de lombrices vivas. Se sienta junto a él y trata de mirarle la mano.

—Deme la mano —le pide con una sonrisa.

— ¿Para qué, no pensarás que soy el matador?

Ulises se inquieta, pero reacciona. Él es el detective calibrado, los demás compatriotas son testigos ocasionales.

—No, señor Venancio. Enseñe la mano.

Ulises mira y resuelve que es inocente. Había leído que uno de cada montón de hombres —no recuerda la cifra exacta— sin que padecieran el mal, podrían llevar la marca de la línea transversal. Revisa cada raya, cada cicatriz, para barajar. Y pasado un breve tiempo le comunica su lectura:

—Venancio —piensa un poco— vivirá montón de años. Veo mujer bonita y dinero. Visita Venancio otro pueblo y lo veo cruzando la mar grande.

El carnicero enseña los dos únicos dientes y se le cae el tabaco de la boca. Ahora resulta que el muchacho lee en las palmas, como los gitanos. Mira a Ulises y le reprocha:

—Deja eso para Pepa o Sándalo Polea, ellos tienen la patente del Diablo y los permisos municipales. Y dime una cosa ¿Estás de mal humor?

De nuevo una pregunta incontestable. Ulises recuerda que debe ser comedido.

—No ¿Por qué pregunta, señor?

—No, por nada —ríe el carnicero mirándole la caprichosa vestimenta.

—Le hago una pregunta. Usted que sabe: ¿Es verdad que la sangre de vaca la untan en chinchorros para pescar *lisas* y *cojinúas*?

—No.

—Lo sabía —dice Ulises dándose una palmada.

— ¿Qué?

—La sangre y los pejes, para pescar... titubea el investigador natural.

—Sirve, pero no para los pejes. Atrae tiburones, y con bolas de fango revueltas con sangre se prepara un *engodo* para camarones y jaibas muy bueno y recomendable.

— ¡Ah, vaya! Entonces, la sangre, ¿se guarda días para sainar el chinchorro?

— ¿Sai qué?

—Sangrar los chinchorros.

— ¡Claro!

—Mira que bien —dice Ulises—. Y, ¿usted, señor Venancio, hace esos engodos para la pesca?

—Dime una cosa —lo mira fijo el carnicero— ¿Para qué andas averiguando? ¿Te vas a meter a pescador? Tú no sales nunca de estos contornos.

— ¿Quién compra carne el día de matanza de la vaca? —pregunta Ulises, sin atenderle la observación.

El carnicero queda pensativo. Ulises reformula la pregunta.

— ¿Quién fue al pueblo de San Gregorio a buscar la carne?

— ¿Antes del muerto?

—Sí.

—Déjame ver... —piensa—. No recuerdo. Bueno, fui yo, pero eso ya lo sabes.

—Yo digo otro.

—Déjame ver... —duda—. Sí, lo puedo recordar; pero fueron al otro pueblo ese día, no conmigo, a mí me llevó el chofer, Ismael Polea, en el *fotingo* del alcalde; en otra carreta fueron... déjame ver... ¡Ah!, Che Poliveros y doña Monga Ponte, creo que a... No, no recuerdo a qué fue ella. Yo fui a San Gregorio, ellos a Felicidad, supongo que a lo de siempre.

— ¿Cuándo regresa Venancio de pescar?

— ¿Ese día del muerto? —lo ayuda Venancio.

—Ese día.

—Déjame ver..., déjame ver... ¡Ah! A las tres de la mañana, sí a esa hora achiqué el bote al muelle.

— ¿Está seguro de la hora?

—Oye —el carnicero pone su mano áspera sobre Ulises—, soy yo, ¿qué te pasa? ¿Acaso no tengo callos en la memoria?

—Bien señor viene a las tres y limpia el bote y regresa a su carnicería

a vender pescado en la mañana.

—No, no —contesta categórico el carnicero y no haya cómo contarle a Ulises.

— ¡Ah!, ¿no? Usted dijo que sí.

—Pues no. Escucha muchacho: Dejo todo en el bote y me voy a casa a descansar, luego, pasado el mediodía, regreso y hago mi tarea. Así fue siempre, ¿a qué tantas preguntas?

—Rutina —dice Ulises—. Así contestan los policías: Rutina.

—Ya vino a preguntarme la rutina el policía largo.

— ¿El policía largo? ¿Qué pregunta?

—Saber cosas. Ya estás enterado que somos un solo pueblo. Para decirle a uno de por ahí nos ponemos de acuerdo, ya sabes.

— ¿Qué pregunta?

—Saber cosas, ya sabes.

—Sí, ya sé. ¿Pe pero usted le dijo que...?

Venancio no le queda más remedio que salir de Ulises con sus *gagueos* contestándole rápido para que se largue rápido.

—Le digo: Hay dos matas de mangos. No comía mangos. Uno de los otros si comió mango.

— ¿Qué otro come mango?

—Uno de los que estuvieron antes en el muelle.

— ¿Vinieron a comer mangos, los policías?

—Yo digo en la madrugada, Ulises, ¡Carajo! ¿Acaso no me oyes?

Ulises siente la angustia de una agresión. Mira bien a Venancio y comprende a su amigo, sabe que tiene esa forma de decir las cosas, como quien va pescando tiburones a mano limpia.

—Sí ¿En la madrugada? ¿Cuántos?

—Yo creo que tres o cuatro, pero pensándolo bien, fueron cuatro, y todos no comieron mango.

— ¿Le le contó al policía largo?

—No, ya sabes, somos como una tumba, Ulises. Le digo que se coma un mango, nada más le digo eso, ya sabes.

— ¿Cómo supo usted que comieron mangos?

—La semilla estaba ahí, no había cáscaras y no comieron, comió, uno solo comió mango. Le pregunto al policía: ¿Usted come mango?, él me pregunta: ¿Hay muchos mangos por aquí? Yo le digo: ¡Muchacho! El pueblo entero es un *mangal*, los hay Una vez, para diciembre, y eso que los frutos de

todos tamaños y sabores salen en mayo, una mata parió solo tres mangos, ¡pero qué mangos!, de veinte libras cada uno. ¿No me cree?

—Le creo —dice Ulises.

—No, yo le cuento al policía, ya sabes, y no me cree. Digo: Todos ustedes son unos come gofios.

— ¿Yo? —Ulises se espanta.

— ¡Coño! ¡qué jodío eres para entender! Yo digo el policía, y su gente.

— ¿El policía largo comió mango? —interrumpe Ulises.

—No, se guardó un *puñao* en el bolso, para luego. Yo le pregunto: ¿Sabes por qué hay tantos mangos en este pueblo? Dijo que no. Le digo: te voy a contar.

— ¡¿Contar?! Está prohibido contar —se asombra Ulises.

—Hay manera. Tenemos palabras que son como una llave, la llamamos «Pero» ¿No lo sabías?

—Pero... —titubea Ulises.

— ¡Ahí dijiste un, pero!

—Contar pueden solo las ancianas casadas o viudas. Solo ellas.

—Pero —repite el carnicero—. Existe un «pero» que duerme por un rato esa cagada de las leyes.

—Por favor, señor Venancio —enrojece Ulises.

—No te me pongas bravo. Te digo. Cuando se pone en peligro la paz del pueblo, y otras puñeteras cosas que mejor me callo, se puede *arreguindar* uno del «pero» y saltar una página del Código de Convivencia. Nunca, nunca, la ley primera, eso sí que no, dictada por los agostos fundadores.

—Augustos —aclara Ulises.

—Eso, los que están a gusto.

— ¿Qué ley? —Ulises trata de retomar el hilo.

— ¿No la sabes? ¿Cuánto llevas sobre la tierra?

— ¿Años? Cumplo veinte —ríe contento por las ocurrencias de Venancio.

—Ya deberías saberla. Seguramente las viejas matreras te la recitarán hoy.

—Matronas, señor Venancio, matronas.

—Eso. Aunque dicen que no salen de casa de Poliendro. El pobre, si no se muere, lo matan.

Ulises ríe.

— ¿No te afeitas y tienes veinte?

—Soy lampiño.

—Mira qué bueno, te salvaste. Yo puedo decirte la principal ley, como adelante.

— ¿Puedes? No eres mujer vieja para contar.

—Claro, ya sé. Pero cumples veinte años y tienes derecho a saber.

¡Qué carajo! Escucha: *«Todo vecino de Covadonga la Fuerte es total y plenamente libre. Todos los vecinos son iguales; la palabra de todos sonará igual y tendrá igualdad de derecho y ha de ser respetada»*.

—Buena memoria, señor Venancio —dice Ulises, sacudiendo la cabeza—. ¿Hay más?

—Sí. Lo único malo es que, las mujeres mandan, tienen la última palabra —queda pensando—, y la primera también. No lo olvides.

—Lo sé de sobra, ¿otra ley?

—No puedo decirte más. Pero la segunda se junta con la Biblia. ¿No te la recitaron al cumplir catorce?

—Ya sé —trata de recordar Ulises con la mirada al cielo—. Es génesis 3:19. ¿Todas están escritas en la piedra?

—Todas, sí.

— ¿Sabes leerlas?

—No, pero tuve una madre matrera, digo, Matrona Mayor y ella me enseñaba las leyes y me contaba cómo se enredaron las cosas allá por los tiempos de los Tiempos. ¿Te las recito?

— ¿Puede?

—Solo para ti. Nunca se te ocurra denunciarme.

Primera Ley:

«Todo vecino de Covadonga la Fuerte es total y plenamente libre...»

—Ya dijo esa.

Segunda Ley:

«Quien manda a todos es el primer magistrado o alcalde, que manda a través de las voces de las que en verdad mandan».

—Las matronas —interrumpe Ulises.

Tercera Ley:

«Se respetarán las Normas de Convivencia, y el Pero que ablanda la ley por unos momentos dictados por los mismos vecinos, será legal».

Cuarta Ley:

«No se conmemorarán fechas tenidas por históricas en otras Patrias y la

creencia es libre y sin cabeza».

— ¿Ya?

—Ya. No quiero seguir.

— ¿Y de los mangos? —se interesa Ulises.

—También.

— ¿Puede contarme?

—Puedo. Ahí te va:

«Hubo una vez, que este lugar estaba pelado de frutas, era no más que una planicie rodeada por el arroyo que el capitán de navío Fulgencio Pontezuelo le puso su nombre, y estaba lleno de palmas y cedros y algarrobos y jobos y una cabrona marrulla. Mi abuelo Canuto, junto a otros cuatro fundadores del pueblo, con sus mujeres, y tres hombres fuertes y un enano, que no diré su nombre, ya sabes, chapearon todo esto, fabricaron casas y mi abuelo, un día de nubes prietas, vino a bañarse al arroyo y conoció la primera semilla de mango, que se la regaló un negrito feo y barrigón que salió de la poza del arroyo, un jigüe, que así lo llaman, y le dijo: —Quien coma su fruto no pasará hambres. Y mi abuelo la llevó al caserío y dijo: Hay que comerse esto peludo y no pasaremos hambre. Y se lo comieron. Lo picotearon en pedacitos y se lo comieron. Esperaron y esperaron y nada. Entonces, el jefe de ellos, Pelayo Ponte Consuegra, dijo: ¡Nos comimos la semilla, qué carajo! Regresó otro día. Se le presentó el negrito barrigón y mi abuelo le dijo: Hace falta otra semilla igual. El negrito no preguntó nada —dicen que lo sabe todo, sin preguntar—. Le dio otra y dijo: La destapa por la quilla, así, con cuidado, dentro está el corazón, mételo en tierra, al cabo sale una mata grande. Cuando cumpla tres años florece y de cada flor sale una fruta de mango que tiene forma de mango y sabe a mango. Nunca se coman la semilla, siembren y siembren. Abuelo Canuto la sembró en el patio de casa y a los tres años era inmensa. Dicen, yo no sé, que con cada semilla sale una mata igual, pero pare un mango distinto, incluso de otro tamaño y sabor».

— ¿Un «pero» deja que le cuentes al policía largo y me cuentes a mí?
—reflexiona Ulises.

—Así es. ¿Por qué? Bueno, no habla de muertos ni maldiciones ni esas bazofias, por eso.

—Entiendo. ¿Qué habla el policía largo?

— ¿De qué?

—De la historia esa, que contó usted con el uso del «*pero*».

—Me dijo: Aquí se comieron un mango —con la semilla en la mano—. Yo digo: ¿Qué hace que alguien coma mangos? ¿No son para comer? Ya sabes que la semilla se siembra.

—No me dijo usted que había encontrado huellas.

—El mango me lo comí yo —ríe.

—Y ¿Qué pasó? —pregunta Ulises, más calmado.

—Se había hartado con dos docenas de la frutilla del jobo, que las halló ricas y dulzonas, sin saberle lo otro. Yo le advertí, pero no me hizo caso. Cuando yo acabé la historia del mango se fue corriendo por allá, por la calle del Cristo, con los apuros de quien va de paritorios. Seguro se cagó en los pantalones.

—Una cosa, Venancio. ¿Está seguro de que eran cuatro?

—Claro, yo fui buscador de rastros desde que cumplí ocho años. Mi bisabuelo Canuto, el que apareció muerto junto al roble, enseña a mi padre y este a mí, tal y cómo rastreaba, con todo y pata de palo, a los negros huidos de las dotaciones, que le decían cimarrones. Le pagaban bien por el trabajito. Y cuando hoy vine al muelle, al mediodía, ya sabes, vi las pisadas y me dije, Pepo, aquí hubo una bronca, y fueron cuatro los que aquí dejaron sus pisadas.

— ¿Y la sangre?

—No había sangre. Yo borré las marcas de bicicleta.

— ¿Bicicleta?

—Sí.

—Pregunto: ¿por qué Venancio lo borra todo?

—Venancio te contesta, Ulises. Ya sabes, lo aprendí de carambola limpia del abuelo Canuto. Decía él: «Lo que tú veas, no lo vea nadie más». «Sea esta la primera condición del práctico».

—Usted dijo eso al policía largo.

—No.

—Bien. ¿Y cómo usted sabe la hora?

—Por la marea. Tú que andas metido a policía, fíjate en todo. Si la marea empieza a bajar a las cuatro, las huellas se marcan en la línea del agua, no más adentro. Ya sabes.

—Gracias —dice Ulises—. Yo aprendo ¿Le pido un favor?

—No hace falta que lo pidas, yo sé. Que no diga nada a nadie.

—Eso mismo.

— ¿Qué piensa hacer a partir de ahora, Ulises el policía?

—Esperar a que el teniente trabaje. De hoy al año que que viene quedan 364 días.

— ¡Coño! —exclama Venancio con una risotada montaraz—. Esas palabras las inventé yo. Son mías.

—Claro que sí, la la tomé prestada como los libros de biblioteca.

— ¿Sabes qué? Se me ocurre darte un buen regalo para tu cumpleaños —dice Venancio, mirando detenidamente al muchacho que él admira.

—Gracias ¿Qué regalo?

—Dormimos y despertamos, ¿no? —pregunta Venancio.

—Ya entiendo.

—Entramos y...

—Salimos —dice Ulises.

—Comemos y...

Ulises piensa y no quiere responder.

—Cagamos, si no, reventamos —ríe Venancio.

—Ya entiendo.

— ¿Y si morimos...?

—Resucitamos, ¿no? —dice Ulises, alegre.

—Algo así, pero no es tan fácil. Morimos y primero nos hacemos polvo o mierda.

—Polvo —asegura Ulises, muy serio. No gusta de las malas palabras.

—Polvo o mierda. Créeme.

—Bien ¿Y el regalo?

—Este es el regalo. De lo que metan al foso, se haga tierra o mierda, saldrá un retoño. El mundo está lleno de retoños distintos. ¿Me entiendes, Ulises?

Ulises aprueba con la cabeza y se marcha satisfecho. Irá directo a ver al general muerto. Lleva una información abundante y valiosa que necesita comprobación: «Cuatro en el muelle. Una bicicleta. Comió mango el general. El técnico Zótico sabe lo del mango sin el equipo que trae, es información del médico Pacomio. La reencarnación es una realidad, por eso hay gente buena y gente mala, de acuerdo al material que usan en la barriga de las madres, y según si se vuelve tierra o lo otro. Y, por último, como si alguien le soplara una revelación importante, se dice: «El comedor de mango se traga la cáscara».

Cuando Ulises regresa a las calles del pueblo, rodeada de mangas que desfallecen sus gajos dulzones sobre la tierra y ya muchos mangos hay goteados, Ulises recoge uno y lo muerde con furor de hambriento, luego otro y otro. Hasta que está harto y su cara con rastros de pulpa amarillosa le indica que debe parar, es cuando repara en la posibilidad de seguir hacia donde lo espera el teniente Eduardo Torrealta y que el hermano del alcalde, Pocho, es un comedor de mangos tan empeñado que los come con todo y cáscaras. «Con todo y cáscaras», se repite.

El sahumero de menta esparce su olor bravío y bondadoso por todos los corredores, como una neblina en tiempos de frío. Están encendidas en montoncitos de fogata en cada esquina y dispuestas a espantar los mosquitos chupadores que no se sabe dónde vienen en plaga de contienda belicosa —nadie sabría explicar por qué prosperan en esos tiempos secos—, con sus armas de succión listas a desangrar un pueblo que de todas formas se muere por decrepitud y propia voluntad, con ansias de diligencia.

Una vez que el teniente Torrealta lo visualiza ya va sintiendo el malestar en el mondongo de su coraje, de las ganas de troncharle sus correrías con la disposición de aprehenderlo de por vida o, con un señalamiento delincucional, hacer que desaparezca por un tiempo indeterminado. Algo malhumorado anda el teniente. Se le nota que Ulises es una roncha en su pellejo o un mosquito que le zumba constante, y no lo soporta merodeándole cada trámite suyo y cada acción requerida para escudriñar la verdad escondida en el silencio de un cadáver.

Con esos pensamientos que le van doliendo en la frente como si le reventaran tarritos, lo aborda:

—Quiero hablar contigo —le dice, muy serio y sin mirarlo de frente.

—Hable señor Torrealta —dice Ulises.

—Primero, no puedes andar por ahí preguntando a troche y moche, sin que yo sepa lo que preguntas y sin que me digas lo que consigues.

— ¿No puedo qué? —Duda Ulises.

Ulises es una migraña perturbadora en su cabeza. Debe enfrentarlo y lo sabe.

—Supongamos que lo haces porque te manda alguien. De todas formas, no está bien ante las leyes de la República. ¿Alguien te pide que lo hagas?

—Nadie me manda señor —dice resuelto Ulises.

—Bien, estás investigando por tus fueros, a espalda de la Ley. Es peor.

Quiero que sepas que todo cuanto averigües tienes el deber de comunicarlo a las autoridades competentes. A mí.

—En Covadonga manda el alcalde Potasio y el cabo Paterno, mi primo.

—Ahora mando yo. Métete eso en tu cabeza. —Ulises baja la vista—. Ahora, aclarado el asunto, vamos a lo segundo. Entraremos en la oficina del alcalde, allí aceptarás los cargos sin contradecir. Ahora sígueme.

En ese instante, por primera vez, ¿Ulises comienza a sentir antipatía por el teniente Torrealta, o **una suerte de admiración masoquista**? Antes era cosa de verlo y copiarlo. Ahora, el animal salvaje enseña sus garras y lo hace como nunca antes. Pero le causa **fascinación**.

Los esperan en la alcaldía: los dos policías que se trajo de Santiago —uno alto y el otro pequeño—; el alcalde con su chofer Ismael; su hermano Pocho el bobo —en su larga espera de postración— y, el barbero Che Poliveros, sacador de muelas. Ulises se extraña de aquella audiencia que lo espera. Se queda de pie. Lleva unos pantalones de rayas de azul grisáceo, subidos por encima del ombligo, casi rozando sus tetillas, como es su costumbre, que le abulta más la barriga de osito panda, y con unos tirantes negros. La camisa blanca, impecable, y su corbata de bigotes de gato color punzó, que no hace juego con el pantalón ni con nada que llevaré puesto, aunque sí con el roble del parque. Esa extravagancia del irrepetible Ulises alarma a Potasio.

— ¿Estás de mal humor? —Le pregunta al oído.

Ulises lo mira y recuerda al carnicero Venancio con la misma pregunta. Recuerda a los muchachos que se burlaban de su figura, de su manera de vestir, de su inteligencia que superaba las de ellos sin que ellos pudieran entender cómo un bobo, se comportaba tal si fuera normal e incluso era el mejor de la clase de la señora maestra Monga Ponte Paniagua.

Alivia a todos, a los que esperan y lo conocen, con una sonrisa suave, con ojos lagrimosos de lánguida inocencia, e inmediatamente cambia por una seriedad que también le caracteriza en circunstancias de tensión.

Ulises Portinot se desenvuelve siempre como un tipo distinto, por eso muchos no lo juzgan bien y, o bien se burlan a su espalda llamándolo Ulises el Bobo, o bien se le enfrentan en las calles, para intimidarlo, sin que quisieran hacerle un daño mayor (repetido) Camina con la cabeza gacha, mirando con el rabillo del ojo y así intenta esquivar cualquier encontronazo o roce para eludir los inconvenientes de las burlas. Claro, no todos los muchachos a su temprana

edad actuaban así, también los hubo, y existen sus admiradores: aquellos que le estimaban y estos que dan sus saludos mañaneros y le respetan como sus iguales y menos aún se burlan de su tartamudez, que ha logrado mejorar día por día mediante ejercicios que saca de los libros.

El teniente Torrealta comienza con una letanía de reconocido enemigo intolerante del muchacho distinto y, por extensión involuntaria, enemigo de todos los habitantes de aquel pueblo brujo.

—Quedas arrestado —dice, señalándolo con un dedo porfiado—. ¿Por qué? Porque obstruyes las investigaciones.

—Pero... —quiso intervenir el alcalde.

—Nada —se precipita el teniente—. Las leyes hablan claro, y este muchacho majadero la entorpece y me tiene hasta las barbas.

—Usted no lleva barbas —alega Ulises.

Todos ríen menos Torrealta, que tan rápido como puede, ordena al policía asistente a que le ponga las esposas al reo en que lo convertirá delante de testigos.

—Eso no está bien —dice el barbero Che Poliveros Piñuela, quien sin esperar otra reacción del teniente sale y a toda garganta comienza a gritar avisos alarmantes a la población.

Cuando el teniente Torrealta decide llevar a Ulises a la cárcel que deben improvisar, está llena la calle de Alante —de humo y de gente—, y en la mano de la estatua del cojo del parque, de suelo amarillo, han amarrado una bandera, misma que ponen en el portal de la oficina del alcalde cuando no están de acuerdo con alguna medida dictada en contra de un ciudadano sin contar con la mayoría de los habitantes. Es una bandera de pirata muy vieja y descolorida, ripiosa por los estragos de los vientos. No es la bandera de Canuto, el hombre del parque, que levanta su imagen de huesos cruzados por encima de las casas.

El teniente se ve rodeado de los covadomingos que, en una mudez aventurada, han asaltado la plaza tapizada de flores del viejo roble testigo de sucesos absurdos, como aquel del loquito que discursaba como un ministro y que le ha contado la mujer que toca la campana.

El teniente indica a los dos policías que saquen sus armas y sugiere al alcalde que exija sosiego en la gente suya.

—Para evitar una desgracia —dice, arrogante e impositivo.

Llevan a Ulises hasta la cárcel y dejan de vigilante al cabo Primo Paterno, quien de inmediato debe salir al encuentro de un grupo de viejas

matronas setenteras, vestidas de blanco, que pasan casi corriendo por la ruta del moribundo Poliendro. No le da tiempo a preguntarles. Detrás viene el arrendador de carretones de mulos y burros, Pirolo Manao.

—Son las Balbineras —dice, con su típico hablar, tan lento que parece nunca terminará la frase.

— ¿Murió Poliendro? —Pregunta Paterno.

—Todavía. Fueron a impedir que muera hoy, que aguante hasta el miércoles, eso escuché decir.

—Como si la muerte fuera igual a quitarse los zapatos.

—Sí, señor. Y ¿Ulises?

—Aquí lo tengo, y ahorita lo suelto.

— ¿Puedes? —Pregunta Pirolo.

—Orden del alcalde.

—Santa palabra.

Otro grupo de viejas matronas, de negro hasta el cuello, pasan siguiendo a las Balbineras.

—Ahí van las Gaudencianas —dice Pirolo—. Esto se pone bueno, voy al bar y hago mis apuestas.

— ¿A que se muere hoy?

—No, todavía le faltan cinco días.

— ¿Cinco? —Paterno cuenta con los dedos—. Eso es el miércoles. Mucho tiempo. Se muere o lo mueren. Apuesto a que lo enterramos hoy.

—Entonces, vamos al bar y ponte en contra mía. Te apuesto las ruedas de Sarampión.



*Estudio
Sandalo*

Dr. Pacomio Palomares

Apuntes de Potasio

Viernes 23 de junio. El teniente mandó a encerrar a Ulises. El pueblo exige su excarcelación. Hubo que mantenerlo encerrado hasta que el teniente se fue acompañando la comitiva de políticos hacia Mayarí. Entonces, di la orden de dejar libre a Ulises. El cabo Paterno obedeció. El teniente fue a Mayarí Abajo a embarcar hacia Santiago a los amigos del general. Dejaron al difunto hundido en hielo, hasta que pudiésemos esclarecer los hechos. Torrealta regresó al anochecer. Me dijo:

«¿Lo ha dejado en libertad? Aténgase a las consecuencias» «Me atenderé, le dije. ¿Resolvió su asunto?, pregunté» «¿Cuál?, me preguntó» «Usted sabrá, dije» «Ahora resulta que su chofer perdió el arma, me dijo. No le creo. Lo tengo en la mirilla. No puede salir a ninguna gestión personal o de la alcaldía».

Me dijo que traía buena información de allá y que los de acá estaban, por el momento, fuera de sospechas. Creo que todo es una vaina política.

Ulises, suelto, persigue al teniente como lo hace una guasasa sobre la carne *ripiá*.

Hoy llegó doña Pepa, la espiritista. Llegó hasta la entrada. No le permitieron pasar. No podría trabajar porque el local que alquila los viernes lo ocupan los policías para interrogar con sus equipos. Cuando venga el cura el domingo habrá tropiezos con los policías.

La gente anda disgustada. Cuando les aprieta el cordobán, quieren a Pepa más que al cura y a la misma Cachita. Yo los alarmo: «Nos estamos apartando de las Sagradas Escrituras —les digo» «Los empachos no son cosa de Dios —me dicen».

Este pueblo es creyente en brujerías y apariciones, pero son prácticos. Dan buen uso a las yerbas milagrosas y a las manos quirúrgicas de Pepa.

Lo del político muerto, unos aprueban y otros rechazan. La maldición de cinco apellidos mezclados para formar una sola familia es la causa de todo mal, a saber: Ponte, Palomillo, Paniagua, Portinot y Pontezuelo. Los jóvenes abandonaron hace mucho. De ancianos se mantiene este castigado pueblo fantasioso con una alcaldía sin remuneración por la escasa población de 300 almas. Un cementerio que traga sin parar; menos mal que, desde que ocupé la alcaldía, mandé trasladar el viejo cementerio de donde estaba, junto al parque.

¿A quién se le ocurriría un cementerio en el parque? Lo fundé en la loma que domina al pueblo, donde antes, cuando la guerra de 1868, los españoles fabricaron un fortín. El cementerio es un montículo donde no podrían llegar las aguas del arroyo en caso de inundación. Ya nadie quiere poner una cruz sobre sus muertos. Anel Vitruvio Pontezuelo, nuestro arquitecto y naturalista, experto en fabricar sarcófagos y cruces, le ha dado por tallar losas sepulcrales, epitafios por pedido especial.



Covadonga

4

Está pesada y calurosa la tarde y todavía se escucha el voceo y las maldiciones de la hechicera Pepa que desde la verja de entrada al pueblo —arqueada y de hierro, donación de los habitantes de Mayarí Abajo al desmontar su cementerio para abrir otro—, vocifera, poseída por un ente innombrable y tenaz, al cual todos temen en el pueblo, el enano Salvador, quien murió de hambre y sed por causa del descuido voluntario de su familia, primera que abandonó Covadonga ochenta años atrás. Lo dejaron amarrado a la pata de la cama y amordazado. Desde entonces —estuvo 30 días insepulto—, vaga por el pueblo en noches de luna plena y en los nublazones que anteceden un temporal de lluvias. Sale en busca de justicia o revancha —según las Memorias, que sacan a relucir las que pueden contar, de duendes y aparecidos—, y por eso nadie puede amarrar ningún animal con sogas ni cerrar las entradas de sus viviendas cuando abandona por más de un día el caserío, y por eso se mandaron a quitar todos los cerrojos, candados y trancas de las puertas y ventanas, temiéndoles a una de las tantas maldiciones del enano Salvador.

Como no la dejan ni acercarse, Pepa lanza a los cuatro vientos sus hirientes vaticinios; diciendo oprobios del gobierno y despachando incisivas críticas para que le dejen franquear la verja —vigilada por uno de los policías—, porque si no:

— ¡El muerto que ocultan saldrá en las noches y no los dejará vivir!
—Grita con el arrebató del desorden mental.

Las fanáticas del pueblo se alarman sobre manera y acuden al alcalde.

—Es suficiente con la seca, que nos impidan salir o entrar, que nos hayan abandonado nuestros hijos y nietos, pero que una maldición tome cuerpo sobre las otras maldiciones y nos haga imposible la vida y sea...

—Lo improsulto, señor alcalde, lo improsulto —dice la segundona, creyente en satánicas apariciones.

—Pero ¿qué quieren que yo haga? Estoy en las manos de ese loco teniente —dijo el alcalde lloroso.

—Permítale a Pepa que entre —tercia la otra—. Una maldición nos caerá y será difícil quitárnosla de encima, aun si el cura Rolando bendijera

cada rincón.

—Usted lo sabe bien, señor Potasio —dice la primera—. Mire la peste que cayó sobre su familia. Recuerde eso, señor Potasio, nunca lo olvide, nunca.

—Veré qué puedo hacer —contesta el alcalde, visiblemente asustado.

—Si no le entra usted —habla el terceto, como en un coro de voces desacopladas—, la entraremos nosotras. Usted lo sabe.

¿El teniente recela de Ulises? Sí, pero dado que nada puede hacer para encerrarle de nuevo, halla otro sospechoso en el dueño de la carnicería y pescadería, don Venancio Palomillo, «Pepo Pescador», porque, según él:

- a) El occiso fue herido por un cuchillo del grueso de los que usa el carnicero.
- b) La ropa tiene sangre, pero sospechan sea de animal en sus cuatro patas.
- c) El titulado carnicero no tiene coartada.
- d) Encontraron una escama en el cuerpo del occiso.

Titubea el carnicero, no sabe qué decir en las interrogaciones, y a última hora, presionado por el teniente, revela que se siente culpable y cuando quiere detallar dice cosas que no concuerdan con los hechos. El teniente, no obstante, está satisfecho y lo declara culpable y lo encierra en la escuela, tomada por el momento como cárcel y es caso cerrado. De inmediato lo comunica al alcalde y manda a uno de los dos subordinados a pasarle un mensaje por telégrafo a los jefes de Santiago informando de su feliz conclusión y preguntando qué hacer con el culpable.

—Ve corriendo y pasa este mensaje a Santiago de Cuba —le ordena al policía.

—No puede —le dice el alcalde y pregunta— ¿Qué hora es?

—Las dos y media —contesta el teniente— ¿Por qué no puede?

—Porque son las dos y media.

— ¿Y eso qué?

—A esta hora el telegrafista está en el bar; antes estuvo en el hotel, allí durmió su siesta y luego va al excusado y de allí al bar. Por eso no puede.

El teniente Torrealta queda extasiado. Aquel pueblo es un inmenso reloj de precisión que con un pequeño engrase de sus componentes le sobran cuerdas para un año, y no se retrasa ni adelanta en sus caprichosos quehaceres. Ya le habían informado este detalle asombroso, de meticulosidad ciudadana

distorsionada.

—Entonces, será a las tres en punto —acepta.

—A las tres —dice el alcalde—. A esa misma hora podrás contactar con el cabo Paterno. A la en punto entra al telégrafo y me trae la noticia a las tres y cuarto. Casi siempre después de las tres enterramos a un ciudadano.

— ¡Vaya! —exclama el teniente y mete la burla—. ¿A qué hora viene la muerte a llevarse al próximo ciudadano?

—Cuando le toque —contesta el alcalde y enfatiza—. Cuídese, le aseguro que todos los miércoles muere alguien y lo enterramos a las tres de la tarde.

—Tengo entendido que las maldiciones se han dislocado —dice el teniente— ¿Desde cuándo comenzó eso de morirse los miércoles?

—No hace mucho.

— ¿Cuándo?

El teniente encontraba una pista y tenía que asirse a ella.

—Fue para mayo del... déjame ver... sí, hace cinco años. En 1900.

—Están todos locos.

Potasio no quiere oírle su observación insidiosa. Contesta tajante:

—Le pido me disculpe, a esta hora voy al bar y me bebo un café y leemos el periódico. Hoy no he podido dormir la siesta.

Cuando lo dice, queda pensativo, ya que, si no había podido dormir la siesta, eran visos de que al carapacho de las costumbres le había salido una rajadura.

En el bar de Fin Poliveros, el telegrafista Casto Pandora empieza la charla picante del día:

—Dicen que allá en San Gregorio de Mayarí Abajo llegó la perdición de los hombres.

— ¿Las putas? —Asegura Peón Onofre Pandora.

—Las putas no, una sola, si acaso dos, y la otra no cuenta.

— ¿Y eso?

—Dicen, no me creas, una mujer vieja que las manda.

— ¿Cómo sabes? —Pregunta Jáquima, apurando un trago.

—Lo sé y eso basta. —Se cierra Casto.

— ¿Y cómo hacen? —Vuelve Peón.

—Hacen una fila larga, frente a la casa de socorro. El dueño del burdel tiene un cuartucho alquilado al mismísimo alcalde. Allí lo hacen.

— ¿Todos se meten allí? —Pregunta el barbero Che Poliveros, soltero a la raya durante setenta años.

—Todos no, uno a uno. Y hoy me enteré de otra cosa.

— ¿De qué? —Pregunta el cabo Paterno.

Casto Pandora se bebe la cerveza Matunga que resta del vaso y se toma su tiempo. Lleva ganas de contar, pero, como en el amor, contar tiene el encanto del retardo, cuestión de aguantar para que exploten las ansias, según él mismo refiere en sus viejas memorias de cuando estuvo casado con la mujer que perdió diez años atrás. Mira las caras pasmadas de los otros y sonríe.

—Desembucha —lo apura Peón, el ayudante del carbonero Afrodísio, que ya babea por disfrutar de los detalles.

—Una sola hembra aguanta que la monten 100 putañeros, por día.

— ¡No puede ser! ¿Y cómo hace ella?

—Ella no hace nada, son expertas del putaísmo. Solo deja que le hagan eso y grita, y ya.

— ¡Grita y ya! —Expresa, incrédulo, Che Poliveros.

—Tú no sabes de esas cosas, mejor te callas —lo detiene Casto, y el Che encoge el cuello como un acordeón.

—Es peor que cogerse las yeguas —dice Peón, tapándose la boca sin dientes.

—Más o menos. Pero las yeguas no te hablan al oído, con ternura.

—Pero sacuden el rabo contentas.

Todos lanzan un estruendo de carcajadas, menos Che, que no entiende, muy a pesar de que en su barbería se entera de todo, pero él padece la infundada perturbación del celibato y la tontera que le asiste, pues como afirmaban los Próceres: «Nada despierta más al hombre que una succulenta mujer».

Ulises, pretendiendo entrar al bar, se queda en el umbral. Todos están extrañados, pero lo dejan figonear. Presumen de sus sueños con la camarera, que tan guardadas Ulises las cree, aunque le brotan por sus ojos ansiosos y se denuncia y se presta al qué dirán. El cabo Casto Pandora es quien enfrenta la realidad de su amigo y pariente. Sale a investigar.

— ¿Qué haces aquí?

—Tengo que hablarle.

—Bien. ¿Puedes esperar hasta que termine?

—Claro. Espero en su oficina.

El empresario de prostitutas jóvenes, Bolo Espuma, recién instalado en Mayarí Abajo, fragua su plan de expansión del recurso de la carne desnuda. Escogería, por un tiempo impreciso, a Covadonga la Fuerte y luego iría por otros pueblos cercanos, regando la gonorrea o la sífilis. El alcalde Delfín le advirtió de que en Covadonga solo enraizaban vejestorios y que la mayoría nunca habían visto una mujer ni en pinturas.

— ¡Fabuloso! —dice Bolo—. Con cinco pueblos así me hago rico.

—Con una mujer no te da ni para merienda.

—Estoy pensando expandirme y ya compré tres nuevos pimpollos que llegan en cualquier momento. Una mulata de fuego y dos negras silvestres.

—Le aconsejo que espere paciente y se quede aquí. Los gatos de esos barrios cercanos vendrán sin falta, apenas les dé el olor a mariscos.

—Yo quiero conocer el pueblo donde todas las mujeres son viejas profanas y crecen hombres tan cerriles que no conocen los sabores distintos que hay en el mundo. ¿Se imagina?

—Ni lo intente —dice el alcalde Delfín—. Allá ocurren los mismos misterios que llevan todas las mujeres adentro y hay que adivinarlos antes de que broten. Allá todo es cuestión de tiempo y dicen que no hay relojes cuerdos para medirlo y que las maldiciones están a la orden del día.

—Mejor. No sabrán cuánto tardan en meterla y sacarla. Está decidido. Ese será mi próximo destino. ¡Los hombres necesitan de las putas!

—Mi consejo es que no lo intentes. En ese lugar ha ocurrido un hecho de sangre que en nada concuerda con sus negocios.

—Puede que tengas razón. No obstante, intentaré probar con una; el olor de hembra que reclama caricia no enfurece al hombre que precisa de una hembra.

—Si usted fuera sepulturero lo apoyaría, ese pueblo ha decidido aguardar por la muerte sentados en sus taburetes.

Menos mal que no pudo cumplir con sus aspiraciones de expansión de los placeres mundanos en esos momentos, lo hubieran linchado en la misma entrada del pueblo. Aunque de todas formas el tal Bolo Espuma afilaba sus dientes para caer por esa Covadonga virgen en cualquier momento.

Detrás del apuro del teniente hay otro motivo personal: Quiere viajar lejos y salvar su matrimonio que se tambalea. Su esposa lo culpa de abandono marital. Sus obligaciones para con la ley lo mantienen ocupado todo el tiempo y ella queda en segundo plano. Tiene un boleto para irse de playas, que ya ha solicitado al jefe, y así disfrutar del mar y romper el ténpano que hay entre los dos.

Antes de que el policía llegue al telégrafo —el tipo bajito oliendo al vaho rudo del alcanfor— y comunique a Provincia los resultados de las investigaciones policiales, Ulises se pone de acuerdo con el telegrafista, Casto Pandora. Las tres en punto y el reloj lo anuncia con voz de pajarito cucú.

—Hace falta un favor —le dice Ulises.

—Lo que tú quieras —se brinda Casto, contento, mientras se acomoda para iniciar el trabajo.

—Pasar un telégrafo, falso.

— ¡Coño, esto es grave! ¿Lo sabes, Ulises?

—Lo sé, y perdona que lo pida.

—Tiene que haber un motivo grande para que yo haga ese disparate... ¿Lo sabes?

— ¿Qué?

—El motivo. ¿Lo sabes?

—Claro. Le digo: la confesión de Venancio es porque cuando peleó en la guerra fue prisionero y los golpes hacen daño en la cabeza.

— ¿Cómo lo sabes?

— ¿Qué cosa?

—Eso, de la guerra y lo otro.

—Mi padre lo contaba, déjeme ver su mano —le pide Ulises.

— ¿Cuál mano? ¿Para qué? —se alarma el telegrafista.

—Cualquiera, deje ver.

—Y, ¿para qué tengo que enseñarte mi mano?

—No es malo, es rutina policial. Eso dice el teniente Torrealta.

—Bueno, mírala. Es la misma de siempre. La llevo arriba por cincuenta y cinco años, ¿te enteras?

Ulises hurgó con su derecha, como un gitano haría para saberle el pasado y mostrarle el porvenir. Así ha hecho con muchos en el pueblo. En un chance que le dio el cabo de la Policía, cuando él estaba en la cárcel por

causa del teniente, le pidió lo mismo. Casto no tenía la única raya transversal que caracteriza a todo individuo que tenga el mal de los asiáticos, como él, sino tres, en una inmensa M, como el mismo alcalde, el fotógrafo y el médico.

—Tienes un secreto —le dice Ulises, riéndose.

— ¿Yo? Ninguno que no sea la discreción que debo guardar de los telégrafos personales. Muy bien sabes que un secreto es un secreto. ¿Lo sabes, Ulises?

—Es lo que pienso.

— ¿Qué? —duda Casto.

—Un telégrafo urgente, que pasaste el día del muerto. Yo sé.

—Del muerto —repite Casto.

—Del muerto, sí.

—Sí, pero... —duda y niega con la cabeza.

—Mire, señor Casto, usted es mi amigo. Del telégrafo depende que descubra al matador. Usted cumple con la ley, nadie puede saberlo. Mire, yo juro el billete.

Ulises saca un billete de veinte pesos, argentino, tiene una cabeza femenina en el reverso y es de 1895. Lo coloca sobre la mesa y dice: «Lo juro».

—Está bien, está bien. Lo diré con un «*pero*» delante. El general pasó una nota para Santiago diciendo que regresaba al próximo día, y que saldría en la madrugada.

—Ya lo tengo —dice Ulises, le da las gracias y se marcha.

El policía alto y Ulises se miraron a la cara. Este salía y aquel entraba.

En la calle de Alante el teniente Torrealta espera al muchacho, erguido en su postura y como queriendo sacar el revolver de matar, pero ni lo intenta, a fin de cuentas, el Ulises le resulta un tipo que quiere trabajar en el caso y anda por su cuenta y él debe aprovecharlo. Mira los efectos del viento, que cambia el rumbo constantemente. Hay veletas sobre los capiteles de las casas que avizoran, con la anticipación de un ligero movimiento, si la desgracia llega desde cualquier ángulo o se funde con la soportable cotidianidad. Ulises se le acerca en ese instante de abstracción. En la lejanía, alguien que viene corriendo, da señales con manoteos, sin decir nada, de un peligro a punto de cernirse sobre el pueblo: Una nube prieta asoma sus malas intenciones, desde

el Sur.

—Ulises —dice Torrealta manteniendo su calma—. Te doy un minuto para que me expliques qué hacías con el telegrafista.

—En Covadonga puedo ir y venir donde quiera. Soy libre como el aire, dice la ley.

—No me has dicho el motivo —ruge la voz del policía.

—No me acuerdo —dice Ulises y mira al cielo plumizo.

—Pues en el calabozo va y la memoria la recobras. ¿Quieres ir al calabozo?

— ¿Calabozo? —Se extraña Ulises.

— ¿No hay ninguna celda donde te pueda meter?

—Ninguna.

— ¿Ni para enfermos furiosos ni de cuerdos bribones, como ha de ser en toda civilización que se tenga a bien?

Ulises pendula su cabeza como si marcara el tempo de un adagio.

—Llévatelo preso —dice el teniente al oído de su acompañante—. No soporto que esté siempre tan seguro.

— ¿Dónde lo meto? —Duda el policía.

—Bajo la tierra —dice rabioso.

El policía bajito se dispone a prenderlo, cuando todos en la calle, observadores declarados, corren a sus casas. Los topetazos metálicos del parque tocan a rebato. Sacude la cuerda del badajo una y otra vez, una anciana, de las autorizadas a meter alarmas. Ulises imita a la muchedumbre y corre a resguardarse; si le da tiempo tendrá que dirigirse hacia su casa, si no, meterse en cualquiera que le brinde refugio.

Primero, un olor a tierra mojada, luego el rumor de aguas lejanas y el viento tolerante que llega como en una reunión inicua. En menos de dos minutos nadie queda desprotegido de aquello tenebroso que se abalanzaría sobre ellos, fuera lo que fuera. Solo los atónitos investigadores, que miran sin comprender nada, quedan a merced de una imprevisible amenaza. Una mujer asoma su cara arrugada y les avisa:

—Corran al hotel.

— ¿Qué sucede? —Averigua el teniente acercándose a la ventana de la avisadora.

—Un nubarrón que anuncia aguaceros. Mire arriba. Ahí viene el enano Salvador y le puede ocurrir una desgracia.

— ¿Qué? —Pregunta el policía bajito sin que hubiera entendido nada.

—Aquel que no se proteja lo puede fulminar un rayo u otra cosa cualquiera. Quién sabe —agrega la mujer.

Los dos investigadores se paran en medio de la calle y toda la tromba de agua les cae encima. Según el teniente: para demostrar que no llevaban razón aquellas creencias esquizofrénicas. El policía bajito tiembla por dentro ante lo fortuito, —experto que es en estos trances—, pero no puede hacer otra cosa que obedecer a su jefe.

Cuando el aguacero pasa, los dos están ensopados, pero vivos y sin daños visibles. Solo cuando suben al primer corredor de la calle, saben de qué se trata. Sus ropas están tan sucias y ajadas como si acabaran de salir de una carreta repleta de carbón y los hubieran restregados en ella. Y otra cosa va notando el teniente mientras camina, quien prefiere guardársela y correr al socorro del hotel: Solo había llovido en el cuadrante de la calle principal; un diluvio sobre ellos dos, como regalo de mala bienvenida y, para colmo, su traje comienza a encoger de tal manera que le va estrangulando el cuerpo y al mirar a su subalterno, este enseña las piltrafas que viste, que parecen las banderas de un barco al capricho del viento. Corren al hotel, a esconder la torpeza de soportar las maldiciones que manda el enano Salvador, desde el cielo encapotado.

Como resultado del aguacero imprevisto, las hojas secas del roble del parque y las flores amarillas podridas que lo tapizan están todas en la casa de doña Clotilde Poliveros, soltera a rabiar, de ochenta despilfarrados años en una sola pieza de huesos casi por fuera del pellejo arrugado. Las hojas de los mangos abundosos y hasta de los jobos empinados del arroyo y los laureles nuevos, acuden al corredor de la solterona Clotilde como una cita de basuras, reniego de la naturaleza. Nadie sabe, ni siquiera Pepa o los juiciosos que se reúnen en el bar de Fin —que de cerveza en cerveza despachan los misterios de la mente—. Nadie logra conjeturar siquiera qué fuerza endemoniada las conducen hasta allí. Sean las borrascas, los remolinos del Infierno de la temperatura, la brisa *nipeña* del amanecer. Sea una sola de estas tres fuerzas que dominan al pueblo según los caprichos de los cuatro rumbos cardinales sujetos al brío de los conjuros, en el corredor de barandas cruzadas de Clotilde, se acumulan farragosas. Aunque sople el ventarrón contrario a su casa, allí atrancan la entrada. Nadie se pudo explicar nunca el enigma de tal marejada en dirección diversa del viento.

El teniente regresa a la calle principal después de cambiarse de traje. Llega solo. No lo mortifica el calor inclemente de verano que sintió el primer

día de su arribo y, sin embargo, no bate viento alguno por ningún punto vital de la ruleta del parque. La calma es inquietante, como un presagio recóndito que sigue la tempestad que se vino abajo una hora antes. El teniente mira las hojas del roble y queda abrumado, ni siquiera un milímetro se movieron en el rato que mantuvo los ojos pasmados que comenzaron a lagrimear y le hace que saque un pañuelo para enjuagarlos. Pero no siente calor. Entonces, sufre las arenas del desierto en los ojos y pide agua a la señora Gabina Ponte, viuda de Herminio, que hace rato lo mira desde su balance inmóvil, y quien le aconseja:

—No le ponga agua, que se puede quedar ciego.

El teniente le cree. Guarda demasiados enredos de ideas que le indican el riesgo de desoír los avisos de las viejas zahoríes. Por eso le pregunta:

— ¿Qué hago?

—Nada. Solo espere. Es el aire de abajo.

Al rato los va abriendo y cerrando, tres veces seguidas, y así espera unos segundos para posar su vista de excelente claridad en la anciana que no mece el balance, tejido con el bejuco elástico del tibisí.

— ¿De abajo? —Indaga, perplejo.

—De la tierra. Viene de las entrañas, cada cincuenta años.

—Y, hoy le tocó soplar —dice como burla.

—Cada cincuenta, de abajo; cada cincuenta, de arriba. Recuérdelo.

El teniente recién descubre que en Covadonga la fuerte, como en otra parte que había leído, pero desmemorió sin razón, no corren los vientos desde cuatro puntos sino desde seis, o más, como si el pueblo navegara entre las estrellas del firmamento.

La vieja Balbina se mueve en el balance de tibisí que la soporta inmóvil, y de súbito, pregunta al teniente Torrealta, que la mira con ojos maravillados:

— ¿Has visto el mar?

—Lo he visto y me he bañado en él —dice el teniente, sorprendido por la pregunta, y recuerda de que tiene un compromiso con su mujer de llevarla al mar.

— ¿Cuántas veces?

—Tantas —dice, como si tocara su arena.

—Regálame una —dice ella, con la visión vidriosa.

Y el teniente se queda sin deseos de hablar. Se repetiría hasta el cansancio que no necesitaba saber el ciclo de los soplos del viento ni si las sibilinas ancianas no habían visto jamás el mar de la bahía cercana de Nipe ni

si el desventurado pueblucho que le dolía ya en los riñones había decidido morirse de la forma que se estaba muriendo, en donde los hombres no preñaban a sus mujeres desde los tiempos que les asomaron los bigotes porque habían pactado un calamitoso plan bíblico, iniciado por Onán con su cuñada viuda, Tamar, para evitar descendencia, y que consistía en no eyacular adentro.

El teniente decide, sin mirar a Balbina ni a nadie que se topara en el trayecto, cruzar la calle y darse un baño con agua caliente y acostarse para aquietarse el coraje hasta que rayara el nuevo día.

Ya frente al cuarto, mientras abre la puerta, mira atrás y le dice al policía acompañante:

—Todos debían morirse juntos el mismo día en este pueblo de mierda.

Diciendo eso le viene a la mente un recuerdo de otro caso, no tan similar ni de locuras como aquellas, pero que algo tenían de común.

—Mañana tengo que ver una cosa —se dijo en voz alta.

Los moradores de Covadonga se van a los camastros roñosos, urgidos por los avisos de las siete. Ulises los imita sin deseos, con el último aldabonazo del badajo de hierro contra el bronce de la campana.

A los primeros rayos tímidos del sol, que asoman ingeniosos, valiéndose de las rendijas de las tablas rajadas de la pared, y sin que oyera los repiques de alborada, el teniente Torrealta está finalizando de soñar que lo desangran los murciélagos hambrientos colados por debajo del mosquitero de gasa. Despierta en un sobresalto y se rasca con angustia las ronchas del cuerpo ensopado por los ramalazos de fuego del cuarto canicular. Prende el candil de mecha de la mesita con un fósforo para ubicar los ratones sangradores despachados por Satanás, con membranas voladoras traslúcidas. Mira el mosquitero de gasa y se espanta. Las salpicaduras de bichitos(¿insectos) negros que caminan rápidos huyéndole al relámpago de la luz lo espantan, y mientras huele la sangre corrupta de las fétidas chinches aplastadas en sus manos, retorna a la pesadumbre de la realidad. Estaba siendo pasado por las armas silenciosas de cientos de aquellos bicharracos chupadores que deslumbrados corren con angustia y torpeza con la impedimenta de sus depósitos repletos de sangre.

— ¡Carajo y recontracarajo! Me comen vivo las sabandijas del mundo. Tocan a la puerta unas manos acabadas de despertar.

— ¿Quién carajo?

— ¿Se encuentra bien, teniente? —Pregunta la voz adormecida.

— ¿Bien? Ni siquiera sé si me queda una onza de sangre ¡Carajo!

— ¿Necesita ayuda, teniente? —Regresa la voz, desvelada.

El teniente descubre el timbre del policía Demetrio y escucha una segunda voz cuchicheando a su lado, que deduce sea la del otro policía, Elmer.

Desde el primer carajo ya está en pie. Piensa caminar hacia la puerta y abrirla cuando recuerda que nada existe con cerrojos, ni baúles ni puertas ni ventanas, excepto los impenetrables enigmas de su gastada población.

— ¡Abran, carajo!

Entra el policía Demetrio, y detrás de él Ulises, con la intranquilizante mirada de sus ojos achinados y sonrisa inacabable. El teniente queda sobresaltado. Preferiría seguir en la cama siendo devorado por los bichos inmundos del hotel, a tener que lidiar con Ulises, el bobo que lo irrita con sus ideas buenas y concisas.

Urgido por la prisa de arreglar su vida marital, Torrealta apura sus nada reflexivas investigaciones. Le da lo mismo pito que flauta, lo importante es acabar con aquella revoltura de situaciones increíbles que suceden en Covadonga y que le obligan a la lentitud y le producen el pánico de la tardanza y su probable fracaso. Pero le queda una duda, y quizá Ulises pueda resolverla.

Antes del mediodía todavía navega el teniente sobre la mar terrosa del caserío, a la deriva y haciendo preguntas sin respuestas que le pagasen el esfuerzo. El vapor de la hierba recién cortada a machete y garabato, lo marean, y los florecidos cedros le hacen envainar su espada. Los olores del cedro y el de la cocina reverberan en su estómago vacío: Allá la carne frita, acá los cedros y acullá un fricasé que dan ganas de encaminarse y pedir un plato cunden en el ambiente, sople de donde sople el viento condimentado con laurel, orégano y naranja agria y de remate el aquietante cedro. El teniente se detiene a olerlos, a pensarlos. Un ajíaco de aromas se arremolina y se alza y se mete adentro, en los recuerdos de la última vez. El hambre tiene sus propias trampas, se dice.

Todo en Covadonga parece bordado, no solo la vestimenta de las mujeres, suficientemente prolija en esos tramados, hasta las plantas de jardín parecen tapetes de curiosos entresijos que cuelgan de los árboles, los portales, los patios sombreados. Con el buen arte del abandono natural, la hiedra y el cundeamor trepan paredes y cubren, imparables, los espacios. Y todos en

Covadonga la Fuerte se preparan a la inactividad en el sofoco del mediodía, así como la muerte le aguanta a la vida los ímpetus de seguir adelante.

Hasta ese momento, cuatro cosas él recordaría de Covadonga la Fuerte, cuando todo hubiera terminado: el pánico de sentirse superado por Ulises, los olores de su grandiosa cocina familiar, los cedros floridos y la resolución suicida de los genuinos habitantes.

—Llévame a tu casa —le dice a Ulises.

—Bien compañero, pero van a dar las doce.

—No somos compañeros. —Se molesta el teniente.

—Entiendo —dice Ulises, quien mantiene la costumbre de ir poniendo remiendos de sonrisas a todas las heridas y llagas.

—Llévame al aljibe de tu casa.

—Está seco. Van a dar las doce.

—Por eso. Llévame a verlo.

Llegan a la casa. Ulises se asoma al reloj de pared y dice:

—Las doce —se recuesta en su cama y queda en un éxtasis, sin cerrar los ojos.

El teniente, aunque para él la tardanza es un fastidio, comprende y esmerila la aspereza del talante. Nada puede intentar contra la costumbre añeja. Espera sentado, sin impacientarse con el péndulo del reloj, unos minutos que en otras circunstancias le parecerían horas, al cabo de los cuales, no obstante, deja cinco colillas de cigarro a sus pies y ha logrado aplastar en su ánimo policial activo los hervores negativos de la exasperación. Mira la hora: doce y veinte. Entra al cuarto y sacude a Ulises.

—Vamos. Hora de trabajar.

Salen al patio y el muchacho le señala el aljibe. El teniente afila sus dientes. Sabe que encontrará la bicicleta usada en la muerte del general. Abren la tapa enorme, parecida a una losa mortuoria. El teniente pide lumbre y Ulises le alcanza una vela gruesa. Mira abajo:

—En polvo. No hay más que aire.

—Antes había agua —comenta Ulises.

El teniente lo mira desde abajo, como se mira a una paloma apuntándole con un cañón para derribarla. Ulises teme. Hay algo en el teniente que le produce temor, tal si fuera la oscuridad misma. Pero el teniente suavisa la situación.

—Tengo una pregunta que hacerte.

—Usted dirá, jefe.

El teniente se ríe por dentro. En el fondo, le simpatiza el muchacho. Si se le uniera en la investigación, con sus formas de meterse entre la gente, obtendría mejores resultados.

—Mira. ¿Qué te parece si seguimos así, como contrarios, pero unidos en una sola fuerza?

—Cómo las naciones para combatir a un enemigo muy fuerte. Como las haces de varillas de nuestro Escudo Nacional.

El teniente le encontró sentido a la expresión. Por primera vez, mientras la escuchaba en boca de Ulises, se daba cuenta del tipo que tenía al frente.

—Sí. Todos crerán que somos contrarios, hasta el criminal, pero esa es nuestra principal arma, confundirlos.

—De acuerdo, jefe —dijo Ulises.

—Bien. Yo seré duro contigo. No me tomes en serio ¿Comprendes?

—Sí, jefe. Seremos amigos. Eso me gusta.

El teniente ha decidido marcharse, pero tiene que jugar su papel, alguien puede estar observándolos, a la escucha. En el calor insoportable de hora y media, el teniente ha dado varias vueltas en redondo a la casa y revisado cada rincón del interior. A las dos tañen la campana del parque, con el desgano de manos centenarias, y a esa hora de la tarde aún el teniente Torrealta sabe que ninguna señal de utilidad encontrará en rendijas ocultas o bajo las hojas muertas de un mango centenario que anochece el entorno, y él resuelve seguir la búsqueda detallista con la presencia del Ulises que lo sigue en sigilo, apagando sus vivaces signos, también jugando su papel.

El teniente Torrealta retiene una duda que quema su mente, pero no ha podido hacer la pregunta en el lugar apropiado. Piensa que Ulises ha de tener una respuesta, la peor, entorpecida por quién sabe qué. Por eso pregunta:

— ¿Por qué en Covadonga no hay una iglesia?

—Cristo no fabricó ninguna —dice Ulises.

Y el teniente aprende a no levantar polvos con los ojos abiertos. Aprende a que debe respetar al hombrecito que él, constante y excesivo, reprende y atemoriza, aunque a partir de ahora será de mutuo acuerdo.

— ¿Dónde está tu bicicleta? —Le pregunta.

Ulises va a responder con la mano, para indicar el lugar en donde

guarda el artefacto que no monta, cuando uno de los ayudantes, el bajito, viene en busca de su jefe.

— ¿Qué sucede?

—Hay un barullo frente a la casa de la basura municipal —dice, exaltado.

— ¿Dónde?

—Allá donde va a parar toda la basura que remolca el viento.

—En casa de Clotilde —aclara Ulises.

Hay una aglomeración de ancianas y los hombres se han ido al bar de Fin, a mirar desde allí, como niños que ven pasar un circo. Para el asombro del policía —ya que los vecinos están acostumbrados a la crudeza del infortunio—, aparece la bicicleta de Ismael —la que anunció como extraviada—. Tiene daños en todas sus partes y las ancianas la señalan como enviada desde los cielos infernales por el enano Salvador. Algunas alegan que las maldiciones no existen por sí solas, que se las inventaron los enanos. Queda claro que toman cuerpo dos formas de ver la vida y actuar en consecuencias. El teniente se agacha e intenta alzarla por el manubrio.

—No la toque —advierten al teniente—. Primero hay que desembrujarle las intenciones.

El teniente chasquea su lengua. Se dice que no está de ánimos para sospechas sonámbulas de viejas matronas ocultistas. Aparta escombros de hojarascas, gajos y papeles sucios, y va uniendo pieza a pieza la armazón torcida que él cree posible sea una evidencia del crimen. Pide ayuda para meterla en algún cajón que la contenga y llevársela al cuarto del hotel, en donde la someterá a escrutinio. Una bicicleta usada en un homicidio es una prueba contundente, casi como el arma que se empuña para cometerlo. Ulises asiente con la vista. Es la priemra vez que una seña es la clave para sus manejos de investigación.

Cura de Mayarí Abajo



*Foto
Sandalo*

Apuntes de Potasio

Sábado 24 de junio. El teniente y uno de sus policías, quedaron a la intemperie de los elementos y salieron mal parados. Desde hoy comprenderán mejor los sucesos. Para comprobarlo aguantó lo que pudo al raso limpio. Él pregunta. No puedo decirle ciertas cosas, deben ser las ancianas. ¿Por qué? Los hombres no podemos dar información ni prevenir desgracias, debido a la Blasfemia del Chipajo Ceniciento, que tampoco me permiten describirla.

Hay chinches en el hotel Mascota. Reclamé al dueño. Problema resuelto con hamacas de lona. Habrá que sacar todo al sol.

El teniente hace avances. Me informa que la muerte fue causada por puñalada y luego los dos disparos. Ulises dice que usaron una bicicleta. El teniente incómodo con las observaciones de Ulises.

Ulises no sale nunca de Covadonga. Nunca acude al bar. No va a las misas del cura Rolando, los domingos. No asiste a las sesiones de Pepa, los viernes. No adora a Cachita, la respeta. Un día fue el héroe, en el bar de Fin Poliveros, cuando pudo evitar un asalto, como Sherlock Holmes. Toda la gente lo ama y creen sea la reencarnación del segundo agosto cofundador don Metrovio Portinot Portinot, abuelo postizo de Ulises, un policía que acudía al viejo cementerio y hablaba con los muertos y hacía sacrificios para averiguar quién era quién y dar solución a los problemas de ley.

El teniente Torrealta, no odia a Ulises, quien no le deja un momento de tranquilidad policial. Hay una especie de pacto entre ellos. Lo adivino, conozco a Ulises y ya creo aprendidas las reglas de este hombre rudo y al parecer desmedido, pero es un excelente policía.

Recibo, desde la alcaldía de Mayarí Abajo, petición para que permita la llegada de mujeres de la vida alegre a Covadonga. Me negué. No es momento de estos desatinos, aunque sé que algún día nos invadirán, como los mosquitos.

Covadonga

5

Nada extraño hay en que el alcalde Potasio piense que Ulises es uno de los dioses olímpicos.

Ulises Portinot hizo historia cuando aquel día entró al bar-cafetín, largo y estrecho, antes de las tres de la tarde, y buscó el rincón pegado a la salida trasera que nadie ocupaba por la cercanía a los olores crudos de los desperdicios humanos. Ocupó la mesa y esperó. La cabeza gacha, los pensamientos afuera, en las elevadas nubes de sus sueños. Estaba enamorado de la camarera, Oni Hilda Lúpez Palomares, una mujer quince años mayor que él, quien podría, respetando el almanaque, sustituir a su madre. Con seguridad la encontraba alucinante. Era una rubia bien plantada, de ojos tristes, decente y silenciosa, atenta y tetona. Eso, tetona. Que mucho le gustaban a él. Lo conocían todos como si todos lo hubiesen parido o fueran sus confesores, pero de sus sentimientos reprimidos nada sospechaban.

Ulises entró al bar detrás de la peste a monte de dos forasteros que le parecieron extraños, tráfugas. Por eso se atrevió entrar al bar. Luego se sintió como petrificado con la presencia de Oni Hilda, su amor oculto e imposible.

La mujer lo vio y primero quiso servir una mesa, en el otro extremo. Fue cuando Ulises miró al tipo, al que pasó junto a él y le dejara el berrenchín de macho cabrío en su nariz; y vio cómo se metía por la puerta que daba al excusado. Tenía aspecto de matón, con una mirada extraviada y el caminar de quien llevó grilletes por mucho tiempo. Porque él, siempre observador y empedernido lector de novelas policíacas, lo detalló con sus ojos de policía, y así lo retuvo. Luego se fijó en el otro, más joven, de unos veinte y algo, sólido, barbudo, insolente con la mirada. Los dos tipos eran unos camioneros de paso, de los que muy extrañamente se detienen en este pueblo del fin del mundo, cuya única entrada y salida es un arroyo navegable y un camino pedregoso, como sus cuatro calles. La mujer acabó de servir en la lejanía, Ulises seguramente supo que vendría hacia él, por un no sé qué que la denunciaba al andar, o por sus tetas de gelatina o su atractivo andar a golpes de mujer experta.

— ¿Qué le sirvo señor Ulises Holmes? —Preguntó ella, sonriente, a

pesar de que sus ojos reflejaban tristeza.

A él le gustó la sonrisa nostálgica y que dijera su nombre. Lo de Holmes era un regalo extra.

—Lo que quieras —dijo, recordando literatura de maleantes recios y corajudos que tratan a las mujeres con pocas palabras en las novelas que leía en la biblioteca pública, con libros donados por todos y en la biblioteca personal de la oficina del alcalde, que ordenaba y limpiaba casi a diario.

—Bueno, lo que yo quiera —dijo ella alzando los hombros y, cuando fue a virarse para cumplir la orden, él la detuvo con la mano de dedos cortos y con una sonrisa achinada, cordial e imperativa.

Ella se alarmó. Nunca antes nadie la trató de esa manera y menos él, que siempre la saludaba de lejos, como huyendo de una leprosa. ¿Acaso se le insinuaba? —pensaría ella— ¿Un bobo? ¿A mi edad? No podía ser real, no. Y no estaba equivocada del todo. Tal vez no conocía al muchacho lo suficiente, como a los demás del pueblo, pero el corrientazo de un pretendiente lo sintió en las tripas.

—Escucha —dijo Ulises sin cerrar la sonrisa, como pasmada en su cara pequeña y seca de un blanco percutido y redonda como una manzana—. Hay un tipo detrás de ti, no mires. Sé que cometerá un asalto pronto. Sonríe, que no sospeche. Hay otro, su compinche, que entró al baño —Oni Hilda comenzó a inquietarse, pero sonrió, como si se tratase de una broma—. Ve y tráeme agua mientras te hago una nota, y luego te explico qué haremos. ¿Entendiste?

Ella disfrazó la sonrisa con un sí de cabeza y los ojos tristes a punto de estallar.

Mientras Oni Hilda pensaba como actuar, miró a los demás para ver si se daban cuenta del asunto, de que Ulises daba muestras de sus ansias policíacas. Tanto el carnicero como el arquitecto y el médico estaban en lo suyo, abstraídos, pensando, aunque no se podría asegurar: «¿Qué diantre hacían allí, en ese pueblo de mierda, donde todo el mundo era familia y no había nada que hacer sino ir muriéndose cada día y sin remedio con la tregua de aquellos miserables minutos bebiendo en el bar cafetería de Fin Poliveros?»

—Ah, dime una cosa —la detuvo—, ¿hay armas aquí verdad?

Él sabía que había un arma, el alcalde se la autorizó a Fin Poliveros y él lo sabía, pero Ulises necesitaba tenerla cerca, le gustaba su olor de mujer, sus ojos tristes, sus grandes tetas. Ella sacudió la cabeza de arriba abajo. El

dueño, don Fin Poliveros, guardaba el arma bajo el mostrador —quizá ni siquiera disparaba, por la falta de limpieza o por el mecanismo napoleónico ruinoso—. Ella se sentía perdida o loca, pero le estaba haciendo caso a Ulises.

—Yo sé que sí —dijo Ulises—. Tráeme el arma escondida en tu ropa. No tengas miedo. Ve y haz lo que pido.

La mujer voluminosa de arriba casi pierde el equilibrio. Ulises la había observado desde siempre y hacía mucho tiempo sabía que era nerviosa y tímida, que tenía un hijo internado en una escuela del pueblo vecino, en Felicidad de los Campos, que lo llamaba: «mi niño», y trabajaba duro para mantenerlo pues el hombre, quien le hizo la maldad, los dejó a ambos. Ella fue directa al jarrón y llenó un vaso con agua, luego pasó adentro del mostrador y se agachó a buscar algo. Su cuerpo emergió como de una ola. Mientras alzaba el jarrón pasó despacio el hombre que venía del baño. El cabo de la policía se mantenía de pie en la barra, como siempre, estirándose los bigotes engomados. Se terminaba su café con una rosquilla y miraba a su primo Ulises de vez en vez, extrañado, pero no tenía tiempo de interrogarlo, de preguntarle qué diablos hacía allí, fuera de su costumbre.

Ulises escribió rápido sobre una servilleta. Tres mesas más estaban ocupadas: el arquitecto, el médico y el carnicero, quienes miraban a Ulises como a una aparición. El de la barra se alisaba los mostachos, tarareaba unas coplas y zampaba un tango —eso manifestó luego el cobrador, Ibraín Palomillo Pescador, sobrino del carnicero Pepo Pescador, frente a una caja registradora con más años que los churres, fingía que no lo escuchaba y lo miraba a saltos de ojos, inocente del peligro—. El supuesto rufián no hacía más que observarlos a todos, midiendo distancias y posibles oponentes en una acción riesgosa.

¿En verdad atacarían a pleno día, delante de aquellos parroquianos y del cabo de la policía, en un pueblo aislado y perdido en el trasero del mundo?

—Tu agua —dijo ella y le entregó el arma envuelta en un paño rosado.

— ¿Por qué rosado? —Preguntó él.

—No sé —dijo Oni Hilda—. En verdad no sé.

—Gracias, y sonrío. Toma. Cuando uno de ellos se dirija a la caja le llevas este papel al otro, ¿entiendes? —ella movió su cabeza—. Te inclinas sobre él con toda amabilidad, no muestras temor, y te pones detrás, algo distante, pero detrás, que esté obligado a virarse para verte. Si te mira,

sostenle la mirada, sin miedo. Yo iré hasta la caja y le hablaré al otro. Los dos se marcharán sin hacer ruido.

— ¿Y el cabo Paterno? —preguntó ella, aún aturdida.

—Todo sucederá cuando se vaya Paterno. En dos minutos se va, y lo sabes.

Dos minutos después se marchó el policía. Ulises lo conocía bien, a esa hora exacta iba al telégrafo, a buscar mensajes de otros pueblos cercanos para entregárselos al alcalde. No fallaba nunca en esa rutina.

El tipo se puso de pie y fue hacia la caja, ella se movilizó y caminó hacia el otro, que estaba sentado pero alerta. Ulises fue directo a la caja y con una sonrisa rayando la locura le metió el cañón por la costilla flotante y le dijo:

—Señor, debe marcharse y no volver por aquí.

Lo dijo bajito, casi sin mover un músculo de la cara. El cobrador los miró con deseos de gritar. Se había dado cuenta de que estaba justo frente a un asalto y que Ulises tenía un arma y amenazaba con disparar. Una locura.

El rufián que recibió el papel lo leyó y se quedó tieso, sin comprender, pero muy quieto. Miró atrás y se tropezó con los ojos atentos y la serenidad de la camarera, a la espera de lo peor.

Acto seguido el rufián —que siente la amenaza del arma— miró a Ulises y se preguntó: cómo un tipo tan raro, con una cara de tontera asiática y sus manos y su figura de animal inútil, podía estar dominando la situación —con solo una boca estirada y ojos oblicuos— y le devolvió una sonrisa de matón, con una boca torcida de carcelario. Intentaría defenderse, como fuera, los extremos eran su predilección, pero sintió en su cuerpo el arma, hundiéndole una costilla que alguna vez le rompieron, y obedeció al inútil personaje que tenía a su diestra.

A continuación, los dos tipos se movieron hacia la puerta, como si se hablaran en lengua de mudos. En silencio se retiraron y nadie, excepto el cajero alelado y la camarera tetona, se enteraron del peligro que corrían. Oni Hilda y el cobrador Ibraín Palomillo, únicos dos con la edad por debajo de los sesenta, además de Ulises, contaron la escena a aquellas que pueden luego repetir el suceso, que ellos vivieron en carne propia. Lo pudo contar con lujos de detalles Oni Hilda, con la respiración en brincos de ahogo, la voz entrecortada, visiblemente inquieta y que se guardaría en la memoria de las ancianas y en la suya:

«Nuestro Ulises impidió un robo de dos tipos maleantes que llegaron

con un cargamento de naranjas dulces, que seguramente el carro en que arribaron era robado.»

Y así mismo sucedió. Los informes del otro pueblo lo confirmaron. Al anochecer recibió el alcalde un telégrafo donde le daban las gracias. Advertidos que fueron los vecinos de Felicidad se armaron y esperaron a los asaltadores y los detuvieron en el acto de acometer otra fechoría.

Lo que ni Oni Hilda ni Ibraín ni nadie pudo darse cuenta, es del miedo que le salía a Ulises hasta por los sudores de angustias que emanaban de su piel. Jamás hubieran imaginado que la valentía tenga ese don encantador, el miedo oculto. Y Ulises llevaba el miedo con cara de soldado valiente.



Canuto Palomillo de las Quijadas

Apuntes de Potasio

Domingo 25 de junio. Tengo la servilleta de Ulises, la guardé como recuerdo. Dice así, de su puño y letra.

«Su compañero en la caja está amenazado por mí. A usted lo apuntan por la espalda. Lo mejor es salir en silencio, sin mirar atrás. No regresen nunca más»

Nadie puede negar que es un hombre valiente. Ulises no lo firmó ni disparó ¿Por qué? Yo les hubiera ejecutado ¿Por qué no disparó? Ulises Portinot no es violento.

Sueltan al carnicero por las presiones de Ulises. Ha dejado en mi mesa de trabajo este papel.

«El carnicero no es el asesino. Confesó bajo presión. Estuvo prisionero en la guerra y está enfermo de guerra. No sabe montar bicicleta. El día del asesinato andaba de pesca, en el mar ¿De dónde salió todo el hielo que se dispuso para el muerto? del bote de don Venancio Palomillo ¿Podría Venancio matar al político y dejar las huellas para que todos las vieran?»

¿Por qué me escribe de forma furtiva, cuando ordena mi oficina? Nos tenemos confianza. Este papel me hace reflexionar. Decidí decirle al teniente sobre la salud mental del carnicero, debido a la guerra, lo cual el teniente puede comprobar.

Crece la repulsa del teniente por Ulises, ahora lo considera su rival. El teniente necesita cerrar el caso, y buscará un nuevo culpable. Lo sé.

Covadonga

6

Esta vez el culpable de la muerte de Rafael Portubajo Tamago, es el chofer del alcalde, Ismael Polea Paniagua, quien al principio lo llevaba a todas partes, en el auto del alcalde, que solo usan en caso de largas travesías al exterior. No existe otro vehículo de motor, todo se traslada en carretones de mulos. El ferrocarril pasa a unas dos leguas del pueblo y ninguna compañía

tiene interés que los haga lanzar un ramal que los comunique con la civilización. El pueblo está condenado a desaparecer, tal sucederá a Felicidad de los Campos y otros muchos, aunque el caso de Covadonga es especial, desaparece por causas de suicidio voluntario, social y pecaminoso.

Al chofer, el teniente Torrealta lo señala como posible culpable, y así lo lee:

—Uno: Hay huellas de una bicicleta en la escena.

Sin embargo, esta observación no encuentra sustento. Ulises la rebate con firmeza:

—También el cabo Paterno tiene bicicleta, y doña Monga, el carnicero Venancio, la señora Meridiana guarda una de su hijo y Afrodísio el carbonero otra, y yo tengo una que no la monto.

El teniente mira al intruso por encima de sus espejuelos redondos, que usa solo para la lectura. Ulises resulta un buen actor:

—Quiero que todos me traigan sus bicicletas esta misma tarde, comenzando por la tuya, Ulises.

—Bien —responde Ulises con la sonrisa interminable.

El teniente da una vuelta en redondo, como los perros, y luego retorna a su puesto y sigue la rutina policial:

—Dos: El chofer no tiene una coartada sustanciosa.

—Ni el alcalde ni doña Restituta ni la la tienen el telegrafista ni el barbero ni nadie en el pueblo si usted pregunta por ahí —otra vez Ulises habla, para molestar.

— ¿A dónde quieres llegar, Ulises? —Se defiende el teniente —debe seguir el juego del gato y el ratón.

—Yo solo digo.

Todos miran al investigador, que, aunque sabe mucho de sus rutinas de policía, poco puede frente al prodigio mental de Ulises. El teniente continúa:

—Tres: No es nacido en el pueblo sino en Santiago de Cuba —aunque tiene parientes aquí—. Es oriundo de donde viene el político asesinado. Y tiene un negocio en Covadonga ¿Una funeraria?

—Sí, es dueño de la funeraria, pero no cobra los gastos por atender a los muertos, lo hace de forma voluntaria.

— ¿De veras? Y ¿qué gana con eso?

—Nuestra aprobación, y no paga impuestos.

— ¿Tú, desde cuándo tienes ese negocio?

El chofer se quedó pensativo y miraba al alcalde para recibir

aprobación de respuesta.

—Seis años atrás —dijo el alcalde.

—Eres de Santiago —repite el teniente.

—Quiere eso decir —ataca ahora el alcalde—, que se trata, por así decirlo, de buscar una conexión en el pasado, para demostrar que lo mandaron a matar sus enemigos políticos.

—No es eso, pero la idea me fascina. Debemos considerar esa ilación tuya. Gracias, alcalde, por esta suposición que puede cambiarlo todo —remata el teniente con ironía.

—Por nada. Téngalo en cuenta en sus informes.

— ¿Yo tengo derecho a defenderme? —Salta Ismael Polea, con mirada de odio.

Aquellos que lo conocen bien, conjeturan que está a punto de saltar y hacerse temer. Pero ven que traga en seco y espera, como el chipoyo, que acecha la mosca.

—Habla —lo señala el teniente con un dedo.

Todos los presentes están de acuerdo con que se defienda de las imputaciones, aunque no le tienen simpatías.

—Seguramente el alcalde recordará —dice Ismael mirando a Potasio— que le comuniqué la pérdida de mi bicicleta hace días.

El teniente se pone serio, abre sus ojos de buey, lanza su vista agudísima al alcalde y le hace la pregunta clave:

— ¿Es cierto?

—Ahora recuerdo que sí. Me lo dijo un día antes de que apareciera muerto el general, pero ninguno de los dos le dimos importancia, aquí no se pierde nada desde los tiempos de Bello Hermoso.

Ismael pasa el palillo de dientes de una comisura a la otra, saboreando una victoria. El teniente Torrealta se desploma en el sillón de mimbre. Todo empezaría de nuevo. Enciende un cigarro medio torcido y dice, como si no le diera importancia a su descalabro:

—A propósito, alcalde, ¿no juegan aquí a la Lotería?

—No jugamos ningún juego. Además, no tenemos huérfanos que saquen las bolitas premiadas.

—Por Dios, don Potasio, es la Lotería Nacional.

— ¿Y eso qué?

— ¡Válgame los carajos! ¿En qué fecha anda el almanaque de este suburbio?

—Pues, estamos en lunes 26 de junio de 1912. ¿Por qué, no coincide con el suyo?

El teniente lo mira fijo, con deseos de machacarlo con una frase contundente, como si usara la cacha de su arma, pero opta por mantener la calma. Contesta:

—Es que me cuesta trabajo asimilar que estén ustedes fuera del mundo. ¿Acaso el progreso no ha llegado ni siquiera en revistas?

—No lo necesitamos. Y quien aquí llegare, ha de hacer lo que viere, o seguir camino. Pueblos hay muchos, por esos mundos.

—Pero con un muerto así, no creo. ¿Tú votarás en las elecciones por el general José Miguel Gómez?

—Negativo. Mi partido es el Conservador y quien gobierna ahora es Mario García Menocal ¿Por quién me toma?

—Tranquilo, solo quería saber —dice el teniente, con la burla en su boca envuelta en un candado de pelos finos que recién comienzan a invadir la punta de su mandíbula.

La reunión termina. El teniente manda a todos a salir, menos al alcalde. Los reunidos allí corren la noticia de las bicicletas, que deben ser entregadas.

A las dos de la tarde recibe la primera bicicleta, que todas y cada una tendrá una historia que contar y servirá para encontrar al culpable de asesinato. Ulises llega con las manos vacías, con una cara perpleja.

— ¿Y la tuya, Ulises?

—No está. No la encontré en su sitio.

— ¿Será esta? —el policía destapa una caja.

Ulises se asombra. El teniente le muestra la destartada bicicleta que llegara con el capricho del viento y que pensaron era la de Ismael.

—Es mía —exclama Ulises, con pesadumbre.

— ¿Cómo explicas que aparezca entre los escombros del enano Salvador?

Ulises silencia su lengua. Hablar del enano es asunto peligroso sin que haya una mujer anciana de testigo, de las que pueden contar las historias.

— ¿Qué dijiste? —Pregunta el teniente, triunfalista y vengativo.

—Nada.

—Entonces, mientras resuelvo qué hacer contigo, te ordeno que permanezcas fuera de mi vista y te recojas en... —piensa con su mano en la barbilla. Ulises se pasa la mano por el pelo. El teniente entiende la señal— en la barbería. Sí, en la barbería del Che. Allí esperarás mi próxima

determinación.

El alcalde se muestra nervioso. Le señala que no es necesario encerrar a nadie, y menos a Ulises, que no sale nunca del territorio que marca su prudencia.

—Por si acaso —dice el teniente y asegura—: Ismael todavía es sospechoso porque no ha traído su bicicleta y también quedará encerrado en la barbería.

—Lo comunicaré a las ancianas —dice el alcalde.

— ¿Y eso?

—Ellas guardan las *Memorias*. Deben saberlo todo y emitir su opinión. Yo tengo la obligación, como alcalde, de evitar una sublevación.

— ¿Sublevación?

—Sí. Ellas tienen el poder de sublevar a todos los vecinos, desde los tiempos de los Tiempos, si ven una injusticia. Si les hablo puedo evitar una sublevación.

El teniente había visto a las mujeres más ancianas, vestidas de blanco o de negro y con los talcos hasta los interiores desconocidos —algunos nunca mostrados a los ojos asombrados de las lujurias del hombre—, encubriendo sus miserables cuerpos de palo seco pudriéndose adentro, con los bichos de la doncellez. Vio a esas monjas escuálidas que desperdiciaron sus mejores ansias en un celibato o viudez deplorable; vio cómo se iban muriendo sentadas en balances inmóviles, en las tardes iguales, y creyó sentir un vaho de arrepentimiento emanando de ellas, en las miradas de gallinas encantadas por una serpiente enroscada en los horcones de jiquí de los portales. Eso piensa y quiere decirlo al alcalde:

—Sus ancianas están enajenadas, alcalde Potasio. Se les pudren los sesos y no se dan por enteradas.

—Causan esa impresión, pero viven sin el arrebató que desnuda al mundo.

— ¿Al mundo? ¿Qué malo hay en el mundo?

—Fuera de Covadonga todo está patas arriba. Aquí mantenemos un orden.

—Pero ¿a qué precio?

—Ellas viven para memorizar, contar los sucesos, y viven para los que se fueron.

—Ya me enteré de la desgracia. Ellos no volverán. Te lo aseguro. Ni se acuerdan de Covadonga.

—No es cierto. Mandan suficiente dinero para los alimentos.

— ¡Ah, vaya! Resulta que mandan el sustento de unas vidas que están dispuestas a matarlas hoy mismo.

—Los miércoles —señala el alcalde con un dedo insolente.

—Pero nunca regresarán —afirma el teniente, apartando la imagen del dedo de Potasio.

— ¿Y sería justo despertarlas del sueño que las mantiene alertas por la expectativa del regreso?

El teniente está hastiado de escuchar sandeces y lanza la pregunta que cree saber:

— ¿Cómo reciben el dinero de sus parientes?

—Los trae mi chofer. Lo busca en la central de Mayarí. Y a los familiares que de los que fallecen les mando una nota del deceso.

—También con su chofer —asegura el teniente.

Dicho esto, no espera respuesta, la sabe. Mira hacia los mangos, que se desgajan como cansados de la pesada carga. Engurruña la frente amplia porque cree ver un pájaro que anda picoteando en el suelo y de pronto ve otros que vuelan entre los ramajes. Mira al alcalde, extrañado.

—Hay pájaros afuera —dice, intranquilo.

Potasio lo desatiende, ha visto esas mismas imágenes de pájaros danzadores cuando alguien está a punto de estirar la pata, aunque a nadie lo haya confesado nunca.

—Son visiones o las sombras de las nubes muy bajas —dice y pregunta—: ¿Entiende la situación?

—Muy bien, entiendo. Quedarán libres Ulises y también Ismael, si tú me presentas otro posible sospechoso. Mientras tanto el barbero puede arreglar sus cabezas, que parecen nidos de gallina. Quiero que me den los permisos necesarios para revisar todos los aljibes del pueblo.

—Ya lo tiene de mi parte. A la Matrona Mayor la convenceré y le digo.

— ¿Y los hombres?

—No cuentan.

Los covadomingos abandonan el recinto y el teniente se dispone a comprobar que no son visiones. Va a la ventana y se queda observando con los ojos absortos de gavián. Nada hay que lo asuste ni nada que le prometa la existencia de vida distinta a la suya ni revolotea ninguna criatura con alas desorientadas en los mangales de Covadonga la Fuerte. Continuaría sus correrías investigativas, olvidando los disparates del pensamiento que le

traiciona. Se acomoda el sombrero y piensa salir cuando el policía ayudante lo hala del brazo.

— ¿Qué pasa? —Protesta el teniente.

— ¿No se dio cuenta?

— ¿De qué? ¿De los pájaros?

—No es lunes 26 de junio.

—Ya lo sé. ¡Carajo! ¿Me crees estúpido? Pero tengo que adaptarme a su tiempo, porque de lo contrario estamos aquí y no estamos. ¿Entiendes? Si él dice que es lunes, no podemos transitar por el sábado. ¿Entiendes?

—Sí, pero...

—Pero ¿qué?

—Estamos en 1908, y no hay presidente, sino que los americanos gobiernan.

—Eso también lo sé. No, no tienes cómo entender a este pueblo hechizado. Y de eso se trata, de meternos dentro de ellos. ¡Qué carajo! Estoy tan asqueado como tú, pero debemos aguantar hasta el final con todos estos locos como amigos.

Covadonga la Fuerte está convulsionada. Toda su gente duda de que alguien de allí haya cometido tal crimen y menos que sea por razones meramente políticas, y en tal caso el alcalde sería uno de los principales sospechosos.

—Quizás el chofer, que no nació entre nosotros, sea el responsable de todo —comenta Dositeo Agonía.

—O alguien venido de allá de los confines, quién sabe —dice Peón Onofre.

— ¿Cómo así? —Mete la duda el fotógrafo Sándalo Polea, que anda con su cámara para atestiguar con imágenes.

—Fácil. Entra al pueblo en la noche, lo saca del hotel y lo mata. Para llegar a esa conclusión no hay que ser un policía.

—Cierto —dice Sándalo, y agrega—: Yo tengo una foto, algo desenfocada, del general antes de morir.

— ¿Y qué hay con una foto?

—Ellos no supieron que yo la tomaba —dice el fotógrafo satisfecho por su encubierta maniobra.

— ¿La madrugada que lo matan? —Salta el cabo Paterno.

—Claro que no. A pleno día.

—Eso ya lo sabemos —dice Paterno—, que tú andas como un perro detrás de la gente. Además, ¿qué tiene de buena para aclarar el caso?

—No sé. Pero la tomé cuando estaba hablando con Ismael, en el hotel.

— ¡Coño! —Brinca Paterno—. Dame acá esa fotografía comprometedora.

— ¿Qué harás con ella? —Pregunta Dositeo, el enterrador.

—Eso es asunto de la Ley. —Se vira hacia el fotógrafo—. Sándalo, no te la voy a pagar, porque es evidencia. ¿Entiendes?

— ¡Vaya! Yo siempre salgo perdiendo. Quédatela.

—Ganancia para la patria —contesta Paterno—. Y en nombre de las *Memorias*, juren que no lo dirán a nadie más.

—Juramos —dijeron los cinco con sus manos sobre un billete que le falta las puntas y ya no se sabe su valor.

El cabo Paterno guarda la foto. Primero se la enseñaría a Ulises, luego vería con él si es absolutamente necesario presentarla como evidencia.

En la barbería Ulises y el chofer Ismael quedan atrapados. El barbero está al fondo, suaviza el filo de su navaja en la corbata de cuero acogotada a un maniquí encuerado y sin cabeza. Ismael pretende zafarse de aquella encerrona y prefiere que el barbero escuche y sea testigo. Quiere meter a Ulises en problemas o en la cárcel.

—Deberías confesar que eres el culpable —le dice, sonriente.

— ¿De qué?

—Tú eres Ulises, el bobo, no el tonto. Tú entiendes lo que pasa. Si dices la verdad todos quedaremos muy tranquilos. Tu casa queda cerca del muerto y el teniente lo sabe. De la única forma que te salvas es huyendo. Me dijeron que mañana te llevan para Santiago. Yo te ayudaré a escapar, soy tu amigo. ¿Qué dices?

—Tiene razón. Diré la verdad.

—Ya nos vamos entendiendo —dice Ismael con la burla en el cuerpo—. O confiesas o te largas.

El barbero presta atención.

—Diré la verdad —dice Ulises.

El barbero se acerca. Ismael queda satisfecho. Se lleva un palillo a la boca y una sonrisa pícaro aparece. Ulises le detiene su notable contentura.

—Diré que fue usted.

— ¿Yo? ¿Te volviste loco, cara de sapo?

El barbero se acerca más, el chofer guarda silencio para evitar la candela de su boca. Contempla a Ulises con la amenaza de sus brutales ojos negros y no bastándole, pasa la amenazadora cuchilla de un dedo enorme por su cuello largo. Ulises siente el miedo que lo tulle en sus cortos huesos. El barbero lo envuelve con unos brazos protectores de hermandad. Ulises presiente que la muerte anda planeando para empollar un huevo. Entiende por qué el teniente hizo el pacto con él y los mandó juntos. El teniente sospecha de Ismael, y ambos deben demostrarlo.

Los del pueblo acuden a la espiritista Tomasa Marta Fermina, alias *Pepa*, para esclarecer detalles, pero la señora de poderes ocultos no tiene un local donde celebrar sus sesiones. ¿Quién mejor que ella para señalar al asesino? ¿Quién mejor para que dé fin a sus quejas y sinsabores?

Las mujeres más decididas, aquellas aspirantes a eliminar conjuros y maldiciones, y así retornar a sus antiguas prerrogativas de vida, piden colaboración comunal con el fin de pagarle a Pepa un espacio en donde podrán recurrir a sus cartas agoreras y desarrollar una que otra sesión de ultratumba atrayendo ánimas.

Por ley, memorizada en el Código de Convivencia, Memorias I, está prohibido dar asilo o prestar la vivienda a alguien de fuera. Consecuencia de lo sucedido antaño, que conformaron la «*Maldición de los Dogales*». Las comadres sabedoras contaban y recontaban, en esos días de fuego, mientras iban sacudiendo las manos huesudas sobre las caras pegajosas:

«Cierta vez llegó un forastero que pidió un techo dónde resguardarse de la noche fría y pan para su hambre. Como no existía posada con habitaciones, alguien sugirió que se quedara en casa de fulano o mengano —todos juraron no repetir nunca jamás el nombre—. Así fue cobijado y alimentado el extraño. Al siguiente día, fueron a despertarlo para el desayuno. Cuál no sería la sorpresa cuando lo vieron colgado de un travesaño. Se había quitado la vida, el muy desconsiderado, sin el permiso

requerido. Y desde ese inesperado día la familia que lo asistió no tuvo paz ni reposo, pues veían en las noches al colgado y así, de cuatro que eran, solo quedó una niña postrada. Con el mal de los que poco pueden. Y su padre, madre y hermano mayor, se fueron guindando de sus cuellos uno tras otro. Por petición popular se llegó a prohibir otro acto de altruismo como el protagonizado por aquella desgraciada familia y el ahorcamiento se consideró ilegal».

— ¿Un permiso para matarse?

«Aquel que decidiera quitarse la vida requería de un permiso especial concedido por el alcalde y ratificado por la Matrona Mayor, siempre que no fuera pendiendo del cuello; y así sumaron una enmienda a las leyes grabadas en la Piedra del parque: Prohibición de morir a causa de ahorcamiento».

Se recauda lo suficiente para que Pepa pase dos días en el Hotel Mascota, que solo tiene cuatro habitaciones, tres de ellas ocupadas por los investigadores santiagueros, quienes, como cualquier alojado, disfrutan de un excusado con espacio para el aseo (jalando una cuerda vierten cuatro galones de agua sobre sus cabezas). Los huéspedes quedan obligados a cumplir un rígido horario para compartir los beneficios del excusado y bañador.

Muchos años atrás, cualquier alquilador que le urgiera evacuar iba al excusado de la posada y estaba supuesto a colocar un cartel que rezaba: «**Siste viato**», o sea, ¡Detente, viajero! Estaba escrito en un latín aprendido por el padre del propietario, que había sido cura y colgado sus hábitos por causa de una mujer.

Un vendedor de paso alquiló un cuarto y le sugirió a Onofre —tal era su nombre—, que sustituyera el cartel por otro que dijera: «**Occupied**» Onofre le preguntó: «¿Por qué en esa lengua que no entiendo? Y el intruso le dijo: «Es americano y quiere decir, **Ocupado**. Ese otro quítelo, que no lo entiende nadie». El dueño, Onofre Ponte Consuegra, quien fuera el constructor de esa primera y única posada, le contestó: «Pongo ahí lo que me sale de las luengas ganas que me cuelgan». Desde esa fecha, el cartel anuncia: «**Toy cagando**»

El nuevo propietario, Abel Polivero, quien le compraría la posada y convertiría en hotel, por una migaja —apuesta de dos opiniones contrarias, con la mano en el billete— lo dejó así escrito, porque recibió la propiedad a

cambio de mantener las costumbres del vendedor.

El mencionado Hotel Mascota llevaba el nombre por un animal doméstico del primer dueño, Onofre Ponte Portinot, un perro enorme sin raza conocida, que todo el santo día y la noche se la pasa ruge que te ruge el muy condenado animal, decían los insomnes vecinos.

El dicho perro era único en Covadonga. Parado en la puerta con un collar Isabelino, metía miedo, parecía un mastodonte enano, pero peluda su cabeza como un león, y al intentar ladrar, como todos los perros, le salía un rugido similar al del rey de la selva, que paralizaba al más pinto. Aunque era imposible que mordiera, debido a su cono exagerado en el pescuezo. Así estremecía las tablas y las cadenas chirriaban un sonido metálico de muerte que recordaba la esclavitud; y los seis mulos de la corraleta, con la ancestral corazonada de víctimas de las praderas, se inquietaban temblorosos y auguraban, con sus *rebuzlinches*, la llegada de una nueva desgracia. Una noche tormentosa el perro vio y olfateó el misterio de un hombre disimulado en las sombras; trató de ladrarle con sus rugidos de selva, sin soltar el hueso que roía y se atragantó y murió asfixiado. Decían que era el espíritu del enano Salvador, a quien le complacía la clandestinidad de la sorpresa y nunca le gustaron los peludos animales domésticos. Desde entonces nadie, en casa o negocio cría perro que ladre ni gato que maúlle ni gallo que cante, porque los capan. Por decreto del primer alcalde fueron prohibidas las mascotas, excepto el mono del chino Juan Catulo, tan viejo como su amarillo dueño y ambos sin dientes, que vivieron desde siempre, —desde que la *Memoria* los borró, desde los tiempos de la auto castración—, apartados en la última casa de la calle que va rumbo al cementerio del montículo del fortín español, calle empedrada que se desvía y pasa a un lado de los enterrados sin cruces, esquivando los que allí yacen y que nadie sabría dónde carajo enterró el suyo ni podrían averiguar para saberlo si no fuera por los epitafios, sin marcas de jardín con flores —porque las rosas no gustan ni existen en las Memorias ni estaba permitido sembrar rosales encima de los cúmulos—, y el camino sigue a un infinito sin rumbo, y allá, imprecisa, está mal ubicada la casa de guano y cujes del chino, con su mono, rodeada de las hortalizas inacabables de su huerta, que suministra año tras años, por la fatiga de sudores asiáticos de su cuerpo de herradura amarilla, lo necesario y sobrante a los del pueblo.

Había un arcano en la huerta del chino Catulo Joa. Parecía que no existiera, como si pretendiera ocultar sus colores de frescura y olores mansos al atisbo de voraces insectos masticadores. Parecía un lago de hojas

comestibles más largo que ancho oculto entre laureles rompe vientos. Sobresalía un maizal que ya mostraba las mazorcas luciendo penachos de hilos de oro entre hojas filosas.

Un maizal igual hubo, en los tiempos que se castró el chino, que un mal día fue atacado por un ejército colorido de gusanos hambrientos y Catulo acudió al viejo mago Eutimio, el *Grande*, de los predios de San Gregorio de Mayarí Abajo, hombre facultado por fuerzas superiores al entendimiento humano, para deshacer ovillos de caprichos de la voraz naturaleza, apaciguar los naturales instintos larvarios y controlar las plagas mediante conjuros mortíferos: hizo el paripé de atar un nudo en la punta del sembradío cundido de gusanos insaciables, y en la otra punta hacer un desamarre —amén de unos rezos que soltaba a cada vuelta de hilos invisibles—, le pronosticó al chino:

—Para la tarde se caen todos, y salen en fila por esta vereda.

Y se cayeron todos y salieron del maizal en fila india por la vereda que estuvo señalando con su dedo grande con uña de mago y por la parte donde desamarró el hechizo. No quedó una oruga de colores vistosos ni para mostrar la franqueza del trabajo.

Y otro asombro causó el viejo obrador de milagros —de quien decían los sabedores que su sangre era de un color descompuesto del rojo—, y fue cuando a Ramoncho, hermano de Poliandro, le salió un lobanillo en el codo, como un huevo de tiñosa, que se agrandaba por minutos como si lo soplaran y le hacía padecer la burla inmisericorde de los niños. Requirió de los buenos oficios del viejo Eutimio, el *Grande*, quien le dijo que esa noche al acostarse dijera: «Buenos días lobanillo», y que al amanecer le dijera: «Buenas noches lobanillo». Y así tres días seguidos.

Cumplió Ramoncho con el truco de confundir los humores de la sangre, con los días y las noches dislocadas. Cuando amaneció, tres días después, dispuesto a pronunciar su torcida salutación, el incómodo lobanillo no estaba donde anocheció y Ramoncho rebuscó por los resquicios donde acuden las cucarachas y hasta por los escondites de alacranes punzadores para verlo caído y seco y «cagarse en su lobanilla madre» —que era ofensa de reconocido valor simbólico—, pero no encontró ni el rastro de su malignidad.

Gracias al nonagenario chino Juan Catulo Joa, comen todo el año de sus hortalizas: el tomate, ajos, repollos, lechugas pepinos, apios, berenjenas, habas, habichuelas, puerros, calabazas, perejiles, guisantes, quimbombós, cebollas y, los etcéteras, que son aquellas verduras frescas que saben a tierra. Por eso, por un simple, aunque legendario y rotundo «pero», le permitían tener

un mono.

Comentan en voz baja, las comadres que saben y pueden contar con acierto y por su memoria de elefantes, que:

«Allá por los tiempos en que le salían por décima vez las flores a las mangas, nacieron dos niños con las caras amarillas casi iguales, de ojitos oblicuos, de madres distintas. Todos sospecharon que eran hijos del pichón de chino o, una maldición china. Para quitarse ambas dudas, increparon al asiático desventurado —casi un niño, dedicado a los huertos de legumbres—. Catulo se castró él mismo en plena juventud, tal hiciera Horígenes, el teólogo cristiano, pero no por arrebató religioso sino por vergüenza o para demostrar que era inocente».

El nuevo dueño del hotel es Abel Poliveros, hermano del dueño del bar y fabricante de la cerveza «Matunga» de una calidad que, según sus bebedores compite con la orina espumosa del mulo de la sanidad, nombrado Genaro, que nadie lo ha visto beber agua nunca.

Empero, dado que la cerveza Matunga mantiene un soportable contenido de alcohol, los asiduos asistentes al bar la beben atendidos a su vieja filosofía en tiempos de escaseces:

—Hay que entrarle como el perro a la mierda, con asco, pero de frente.

Otros defenderían:

—Tiene la cerveza Matunga el ardiente compuesto que marea, pero no es pendenciera ni arrebatata ni aturde.

Luego entonces, ocupado el cuartucho deprimente por la pitonisa Pepa, esta empieza su trabajo de limpieza sacudiendo gajos milagrosos en aguas del manantial hervido con semillas de un jobo centenario. Una vez diluidas las perfidias del aire y los grumos de celos en los corazones rotos —inexistentes— y conjurada la mala suerte en los que padecían de arbitrariedades en sus barrigas, y recuperadas las ansias y los sentimientos perdidos, en fin, una vez logrado el equilibrio, ella da por principiado el negocio de las consultas:

—A peso por cabeza —dice, con la mano amulatada sobre la greña llena de sorpresas y buenas o malas pretensiones y sus ojos clausurados al arbitrio.

Y pasan las primeras y desbocadas almas.

— ¿Quién es el asesino? —Pregunta una.

— ¿Cuánto durará esto? —Dice otra.

— ¿Cómo evitar la desgracia? —Tercia aquella.

— ¿Por qué nuevas maldiciones nos vendrán encima? —Llorisqueen.

A toda la ringlera de inquietantes preguntas Pepa sabe darle solución de realidad cotidiana.

— ¿Cómo hacemos para volver a los tiempos en que vivíamos con nuestros hijos?

—Necesitamos un hombre —pide Pepa.

— ¿Para qué?

—En su cuerpo de buen estercolero embutiremos sufrimientos y blasfemias que aquejan a este pueblo desdichado.

— ¿Por qué un hombre?

—A los hombres les caben todas las desgracias, porque ellos las inventaron.

—Dositeo Agonía —dice una—. Total, ya está acostumbrado a una cargazón mayor y no se queja.

—No sirve para un encantamiento —aclara Pepa.

— ¿Y para qué sirve?

—Para nada. Tiene las fiebres del pantano de la soledad.

— ¿Qué quieres decir?

—Digo que no sirve un hombre que rehúye a la hembra, no tiene seso. ¿No hay otro, sea viudo o casado?

— ¿Casados que sirvan? —Duda una.

—Ninguno —afirman todas.

—Viudos que sirvan.

—Ninguno, que sepamos.

—Entonces, no busquen más, ¡qué cuernos! Cada cual con su jardín y llovizna que lo alimente ¿Cuál otros problemas tienen?

— ¿Qué haremos con el teniente que nos invade la privacidad?

—Y nos amarra la costumbre.

—Y nos recuerda el infortunio de los hebreos cautivos comandados por Moisés.

—Su nombre —implora la voz de sapo que sale a través de la boca de la pitonisa.

—Moisés —dice una.

—Yo digo el nombre del maldito teniente.

—Eduardo —dice cada una para sí misma, y luego juntas gritan:

—Eduardo Torrealta Delgado.

—Bien. Escriba cada una de ustedes el nombre del teniente cautivador y métenlo en hielo. Debemos enfriar sus ambiciones y actos públicos.

— ¿Y las maldiciones? —Pregunta una.

— ¿Qué maldiciones?

La respuesta es un reguero de frases del grupo, que ordenadas por la de mayor edad, trata de enunciarlas:

—La de las jaibas; del enano; el ojalá; la del chino; la del bastón; la...

— ¡Por Dios! —La detiene Pepa— ¿Cuántas son?

—Montones y burujones —dice la más anciana con la tembladera de sus labios cuarteados.

—Pues iremos por partes. Primero lo primero: aguantarle la potencia de ánimo al policía abusador. Es lo primero.

Todas obedecen. Conjeturan que Pepa tiene las siete llaves que abre el cajón oscuro inaccesible que guarda los secretos de la vida y de la muerte.

Y allá se van todas, al invierno interminable en donde los pescados no aletean ni los puercos osan ni las vacas mugen, pero están allí, vivas en la imaginación de los deseos del fogón de los hambrientos esperando para la compra y zamparlos, Dios mediante. Sudorosas entran las ancianas, con los polvos agrietados en los rostros de cicatrices longevas por el bochorno de la tarde. Piden al bueno de Venancio que las dejen actuar, pues ellas tienen la solución en las manos con papeles de certidumbre. Embuten el nombre convicto del teniente en los bloques de hielo de la nevera, que solo por una vez estuvo caliente y seca como brasa, cuando —contaba la más anciana Matrona que sabía contar—, en los tiempos en que los guacamayos comían en nuestras manos, sucedió que:

«Por una apuesta del prócer, quien para salvar a su nieto Pelayo de fiebres malignas lo puso como garante y el otro apostador, que bien pudo ser el Diablo en persona, le dijo que, si lo salvaba, el pueblo quedaría seco. El niño se salvó, aunque no llegó a crecer como hombre, la peste de la viruela no lo doblegaría, pero murió al cabo de los días por otra razón. Desde entonces nos abandonaron las nubes y se secó el arroyo y se rompió la planta de fabricar piedras de hielo del pueblo de Felicidad y fue cuando comenzaron a levantar otra similar en San Gregorio. Pasamos tres meses con poca agua y sin hielo, todo lo cual devino en que por primera vez la

nevera de la carnicería estuviera como un desierto».

Pepa saborea su triunfo sobre la bendita ignorancia. Cierra sus párpados mientras predice, escarba y cicatriza. Rasca con las manos inquietas la sarta de rojas y negras semillas del regaliz trepador, que parecen ojos diminutos de conejos albinos componiendo un rosario. Ahí andan las ancianas —detrás de Pepa—, con los escombros de su pasado, descalzadas, con las parásitas brujerías, la proliferación de malignidades. Ahí andan, hartas de todos sus muertos y voraces con los escasos supervivientes.

Y la pitonisa les relata, prolija, lo que ansían oír y que perdieron los habitantes de Covadonga desde los tiempos de los Tiempos y otros adelantos del mundo que nunca han saboreado:

«El alboroto desordenado de los gallos de lidia; los gritos de apostadores en riñas de perros; aires plataneros que soplan desde las montañas; aguaceros que vierten un océano, aunque afirmen que lluvia con sol no vale un frijol; ruidos de fotutos como narices acatarradas en cuatro ruedas, anunciadores de que se acortan las distancias; luces amarillas de bombillas ardientes; las voces distantes que se unen por un hilo, llamado teléfono; mujeres alegres que por las noches se roban a los maridos. En fin, la modernidad, que ya para otros pueblos es cosa pasajera».

Ellas quedan alucinadas con el asombro de los adelantamientos que creen desmerecer, incrédulas en la pudrición de sus cavilaciones, en el abandono áspero de sus cuerpos con figura de hamaca y en la fatiga de sus credos. Y preguntan, siempre preguntan:

—Díganos doña Pepa, ¿ha visto el mar?

El chofer, Ismael, muestra fortaleza en las interrogaciones y solo dice que trabajó para la víctima cuando este era concejal del Ayuntamiento de la ciudad capital, diez años atrás, y que fue el propio alcalde Potasio quien lo regresara al pueblo a trabajar como chofer temporario, pues había perdido la ciudadanía declarada de los que permanecen sin emigrar. Para el teniente es prueba concluyente.

—Es el hombre —declara a sus asistentes—. Creo que podemos irnos a casa. Dejemos que Ulises salga.

Es convocado el alcalde para una hora que no interfiera en su cotidiano quehacer, a redactar un acta oficial, sin testigos. Acude también el cabo Paterno y les alcanza Ulises, al que no dejan entrar. Un grupo numeroso, afuera, que no quiere perderse el veredicto, ya sostienen la cabeza de vaca y la bandera de pirata, para «Darle uso según convenga».

El teniente les informa de que:

—Ahora sí que no me lo quita nadie —y en eso mira a su oponente declarado y amigo en un pacto, a Ulises, que los observa desde afuera.

—Solo tenemos que oírle la confesión al chofer —dice el alcalde.

—No es necesaria. Me lo llevo a Santiago, allá sabrán qué hacer.

—No tan rápido señor teniente. Debemos actuar con cautela. El acusado es mi empleado y podría involucrarme —replica el alcalde, sin perder el control.

—Rodará la cabeza de cualquiera. Es la ley y nadie está por encima de ella.

—Entonces, ¿lo que dije de la bicicleta perdida no tiene valor?

—Bien, acepto que tiene valor lo que dice, pero lo mantendré a ojo, no me gusta ese tipo —escupe el teniente a un lado—. No metas la mano en candela por él, señor alcalde. ¿Ya puedo revisar los aljibes?

—Puede, siempre que respete la siesta del mediodía.

Mientras siguen discutiendo sobre los posibles sospechosos, Ulises se dirige a la oficina del alcalde y en un recodo se toma con el teniente, quien lo jala del brazo

—Dime ¿qué sacas en clato?

— ¿Usted me tiene como ayudante?

El teniente duda la respuesta. Ulises necesita sentirse útil.

—Sí.

Ulises confiesa. Él recela de Ismael, un tipo violento e innoble, muy capaz de peores actos. Así se lo dijo al teniente, y le dijo, además, que, a lo mejor, no puede ser el homicida porque la huella de sangre dejada por la mano asesina tiene una raya —como sucede en el caso de los retardados, según leyó—, sobre todo en los que padecen el mal de los que poco pueden. No ha visto la mano del chofer, cierto, pero hay otra cosa que sabe y que lo haría sospechoso de colaborar, pero no de asesino directo.

— ¿Qué otra cosa?

—Quitando la mano, es un tipo malo. Me mira con odio y puede que sea un matador por vicio.

—Entonces —dice el teniente— lo presentes culpable, pero la mano lo absuelve.

—Eso, jefe. Tenemos que investigar más.

Con estos pensamientos se alejan. Ulises entra en la oficina hogareña de Potasio y le deja la nota, que leerá al anochecer.

El cabo Paterno lo ha venido siguiendo. Lo sorprende saliendo.

—Ven conmigo —le dice a Ulises.

— ¿A dónde?

—A mi casa. Tengo algo importante para ti.

Ulises ve la fotografía. No comenta nada, solo saca la pipa, chupa en seco, mira y mira, con y sin espejuelos. ¡Cuánto le interesan los detalles!

— ¿Qué ves? —Pregunta Paterno, inquieto.

—Dos cosas —dice Ulises—. ¿Por qué se reúnen aparte?

—No sé. Tú eres el experto. ¿Y la otra cosa?

— ¿Qué hace el chino Catulo en el pueblo?

— ¿Quién? —Se asombra el cabo Paterno.

—El chinito. Mira bien. El hombre del fondo, junto a la leña, es el chinito. Él nunca baja al pueblo.

El cabo Paterno toma la fotografía y la examina completa, alejándola y acercándola casi a topar con su nariz de trompeta.

— ¿Cómo sabes que esa figura que apenas se ve es el *chilampín* Catulo? —Pregunta Paterno.

Ulises silencia la respuesta. Le contará al teniente del hallazgo. Porque en el hombro carga a su mono Lili, por eso lo distingue como el chino.

—No me hagas caso, estoy confundido.

— ¿La entregamos al investigador? —pregunta Paterno.

—No por ahora —dice Ulises.

Quedan en un acuerdo comprometedor. No entregar la fotografía hasta tanto Ulises no supiera la relación de esos tres hombres.

—Ah, otra cosa —dice Ulises mientras saca el billete argentino—. Jura que no lo dirás al alcalde Potasio.

Una gritería, mezcla de euforia y sobresalto, altera la calle de Alante. Los hombres salen de la cafetería de Fin Poliveros, alarmados.

— ¿Qué sucede?

—Murió Poliendro.

— Pero ¿cómo, si estaba hecho un trinquete? —dice uno que había apostado lo contrario.

—Eso, pregúntelo a las matronas responsables.

Todos sospechan lo peor. Gaudencia lidera el grupo «las *Gaudencianas*» que piensan que ellas son las escogidas para acabar con la ancestral «*maldición del miércoles*», de manera que les conviene que alguien muera otro día. Balbina lidera a las «*Balbineras*», muy capaces de lo peor con tal de mantener las costumbres. De manera que todos piensan lo mismo y se pronuncia Casto Pandora, apostador de mantenerlo con vida.

—Lo mataron —denuncia.

—No digas esa palabra ni en juego —dice Fin.

— ¿Hay otra que sirva?

—Murió porque debía morir. Debemos ayudar en su enterramiento —sugiere Peón.

Los hombres se dirigen a la oficina del alcalde. Lo encuentran de salida. Ya está enterado del deceso obligado, que lo supone dentro de las normas de la ley.

—Ciudadanos —discursa el alcalde—: Hoy lunes ha muerto Poliendro. A partir de este momento se rompen las maldiciones, no tendremos que preocuparnos por los días que nos quedan.

—Yo no estoy preocupado —dice Peón.

—Yo tampoco —reitera Fin.

Los demás admiten con los hombros y muecas.

—Bien, bien, yo solo me refiero al hecho de que se acaban las maldiciones con la muerte de Poliendro.

— ¿Todas?

—Eso espero.

En tumultuoso silencio van a la casa de Poliendro. La muerte brusca, pero de cierta forma esperada, del veterano ciudadano, no los espanta. ¿Se ha cometido eutanasia, que se traduce en buena muerte, o cacotanasia, traducida en mala muerte? En este último caso, Poliendro no tuvo elección, no pudo resistirse a que lo ejecutasen, anquilosado en su camastro, las seguidoras de Gaudencia, y no solo con oraciones de moribundos, sino con mañosos

mejunjes o suspensión de medicamentos. Debieron adelantarle la muerte, arrastradas por intereses patrióticos de ciudadanas animosas. No obstante, cuando miran su rostro de antifaz, queda claro que se lleva una sonrisa al carnaval de las tinieblas, de complacencia epiléptica, lo que da a la maniobra de adelanto fraguado y ejecutado por las ancianas matronas, una autoridad y confianza que ha de pelearse con las motivaciones del bando opuesto, deseoso de mantener las costumbres de los miércoles.

El doctor Pacomio aparece. Como médico forense debe declarar su juicio. Él conoce todas las formalidades y manías de Covadonga. Es un nauta avezado en aquel mar de pensamientos turbulentos, de ruidos insospechados. Sabe del pro y el contra. Él es tan confiable para los covadomingos como las yerbas que envasa en los botes de porcelana en la botica suya. Si como médico exclusivo ausculta, receta y sana, como boticario su propósito es arduo, cuando prepara los brebajes, almacena el opio y toda la especiería y yerbas curativas que prefieren los vecinos, quienes transitan, en sus urgencias de alivios, por el siglo en que los bálsamos y drogas llegados del oriente son los únicos poderes mágicos para medicinar el cuerpo. Si como *epitafiador* es la cátedra, como forense acopia el dictamen fiable concluyente.

—No respira —dice—. Ojos sin brillo. No tiene pulso. Nada puede intentar la medicina. Por la parte legal lo declaro definitivamente muerto.

Las manos de las ancianas dibujan cruces y acaban en un beso sincero en el pulgar. Entonces, Pacomio remata con la expresión tremenda:

—Lo dejo en las manos de Dositeo Agonía.

—En las manos de Dios —se alarma Gaudencia y aclara—. Poliendro murió por su propia voluntad.

Al escuchar la enormidad de tal resolución, comenta Pacomio con mordacidad:

—Supongo que recibió una ayudita.

—Nosotras y el Santísimo lo asistimos —se apresura la mujer guía—. Cuando entramos al cuarto, ya estaba muerto.

La secundan las Gaudencianas envueltas en trapos negros, y asimismo la familia del difunto.

—¿Murió solo? —pregunta Pacomio.

—Bueno esperábamos afuera mientras el funerario, Ismael Polea, lo medía; ya saben como es eso. Y el pobre Ismael es constantemente molestado por el policía. Protestamos por eso.

—Sí, detiene el proceso natural de los enterramientos.

Las Balbineras andan rabiosas, castrado su ímpetu de grupo no dejan de maldecir. No pudieron imponer su fuerza avasalladora y en esos trajines de velatorio no cooperan y ponen frutas a la entrada de la casa para que el espíritu de Poliandro se confunda y salga por allí, un acto desconcertante que desapruaban algunos. Se produce un encontronazo de creencias irracionales y voraces.

Los hombres del pueblo de Covadonga la Fuerte, apenas con permisos para interceder, a quienes en el fondo les importa un bledo una u otra manera de morirse Poliandro, aceptan gustosos, la muerte de un ciudadano es buena siempre que sea grandiosa o suficiente para romper un atardecer aburrido que los lleve a reunirse en el bar de Fin Poliveros. Allí refugiados y recogidos, pero nunca perturbados, comentarían con frialdad pasmosa aquello que les permite brindar por el muerto-vivo y apostárselo todo: A que sí, a que no.

Poliandro



Apuntes de Potasio

Lunes 26 de junio. Hoy tuvimos, por fin, un muerto fuera del miércoles. Ganaron las Gaudencianas. Poliandro el músico, deseaba irse de cualquier manera. Dios lo siente a su lado. Lo enterramos con honores de patriota. No hubo de otra. Las mujeres encabezadas por la señora Gaudencia tienen la fuerza y el tesón bárbaro de los mulos.

Poliandro aguantó bastante; se lleva su flautín al más allá donde podrá sacarle sonido si le dan aliento. Con su muerte quizá terminen las maldiciones, según Pepa y los augurios de Gaudencia. Balbina pronostica males mayores.

Otro sospechoso: mi chofer, quien se encargó de medir a Poliandro y cerrarle los ojos. El teniente quiere su cabeza. Lo defendí. Ulises queda libre de culpas. Ulises comprueba su teoría de la muerte de Rafael. El papel dice:

a) Lo matan y llevan al muelle.

b) ¿Por qué dos disparos, si estaba muerto?

c) Si esto resulta verdad ¿Qué hacía Rafael en el muelle a esa hora?

¿Cómo sabe Ulises que lo mató, quien lo haya matado, en el muelle? Esto último no puedo decirlo al teniente, se burlaría.

Ulises me deja un retrato hablado y por sus señas debo saber de quién se trata:

«Hombre grande, melena corta, cuerpo de piedra y pierna de madera, capitán de los océanos. Ojos juntos que miran lejos. Muerto ayer, vive hoy en el parque».

Fue fácil, pero nunca leí mejor definición del augusto don Canuto Palomillo de las Quijadas.

Covadonga

7

Para llevar a cabo su teoría del crimen, Ulises trata de interrogar al hermano del alcalde, Agustín el Pocho. Pero es en vano, Pocho no quiere enseñar su mano y lleva una envuelta en trapos, como una venda; aunque a Ulises no le hace falta este detalle obvio. Los dos, apenas sin parpadear, quedan un rato mirándose, reconociéndose. Solo les faltó olerse. Ambos están en el mismo bando, pero Ulises le supera y además sabe algo acerca de Pocho que hasta para él mismo quisiera ocultar.

Pocho lo abraza, con cariño de parentesco. Ulises se estremece, de sincero espanto. No quiere pensar nada malo del hermano del alcalde, —quien en verdad es el tío Pocho, aunque desconoce esta familiaridad—. Pero Ulises sabe más de la cuenta en estos aspectos criminales. ¿Pocho estuvo tocando el cadáver? Si no pudiera negarlo ¿Estuvo presente su hermano Potasio, el alcalde? Si esta segunda suposición fuera posible, ¿El alcalde sabe quién cometió el crimen? Entonces, serían tres los complicados. Falta el tercero.

Ulises, desconfiado por naturaleza, se pone en vela. Se va ligero y al llegar a la esquina regresa a la casa como quien va a cometer un robo, un crimen premeditado.

Pocho se dirige a la oficina confiando de que se encuentra solo y registra los papeles. ¿Sabe leer Pocho?, se pregunta Ulises. Él trató de enseñarlo una vez y le resultó dura la tarea, era demasiado tarde. ¿Y por qué, si no sabe leer, registra los papeles?

Pocho ve el Diario, lo toma, lo abre y al parecer lee. «¿Sabe leer el muy puñetero o se lo dirá al otro, al verdadero?», se pregunta Ulises ¿A quién? Tiene que idear otra forma de comunicarse con el alcalde, él sabe el por qué y no lo quiere ni pensar siquiera. Se lo comentará al teniente.

Ulises se entera por boca del técnico Zótico, que el teniente sospecha de Venancio y a Ismael lo deja en remojo. Él comienza a descifrarle la manera de actuar al teniente Torrealta. Suelta y agarra, nunca aprieta tanto para ahogar, se dice, convencido de que la técnica no es mala. Quiere adelantarse, buscar

en la carnicería los detalles faltantes para luego darle pistas al teniente que ya lo considera su ayudante.

Al frente del negocio de Venancio Pepo Pescador, cuelga un chinchorro urgido de reparación capital y hay cestos tejidos para carnadas vivas y una pequeña canoa tallada al buril en un tronco de ceibo, que dice el carnicero perteneció a los primeros indios de Cuba y sería usada en caso de inundación si se cumpliera una de las tantas maldiciones del enano Salvador: «Que le llegaría el agua desbordada del arroyo Pontezuelo a los bigotes del agosto pirata con muleta de palo del parque».

El día del crimen no hubo matanza de reses, que la traen de un pueblo cercano con matadero municipal y es el propietario de todas las carnicerías de varios pueblos un tal Juan Ariales Casacubierta.

— ¿Quiénes te compran carne sin deshuesar? —Pregunta Ulises.

— ¿Siempre o el día del muerto?

Él pregunta y recibe una pregunta. Eso lo pone incómodo, pero no de mal humor.

— ¿El día del muerto? —Pregunta para devolver— ¿Hay matanza el martes?

—No, es verdad, no hubo matanza ese día. Fue martes —queda pensativo el carnicero— es día que dan permiso a las putas para que salgan al pueblo de San Gregorio, eso dicen.

— ¿A quién? —Ulises se espanta.

—A las mujeres de la vida. Tú no sabes de eso.

—Entonces, ¿qué hay con el martes? —Ulises mantiene la duda.

El carnicero se rasca la escasa barba ceniza, masca unas palabras indescifrables y luego golpea con la pequeña hachuela un trozo de carne de cerdo.

—Ya sé —dice—. Fue el alcalde, sí, el alcalde, que manda a su chofer, quien también compra sangre para morcillas.

—Lo lo sabía —gaguea Ulises.

— ¿Quién es Lolo? —Pregunta el carnicero y cae en cuenta de la tartamudez—. Sí hombre, siempre lo hace.

— ¿Dónde tiene usted la bicicleta? —Pregunta Ulises, sin darle importancia a lo demás

—Se la regalé a Sándalo Polea.

— ¿A Sándalo?, si los del pueblo comentan que no monta ni a su mujer —Ulises se tapa la boca, avergonzado de repetir el chiste.

—Y ¿para qué quieres saber tanto? ¿Sigues de policía?

Otra vez lo pone en aprietos. Él es quien hace el interrogatorio. En los libros que lee los detectives preguntan cosas duras que bien encajan y deja a los interrogados tambaleando en la duda. El policía de las novelas no tambalea nunca.

—Para ir a comer morcillas a casa del señor alcalde —dice Ulises satisfecho y se marcha para evitar otra andanada de Venancio.

Ulises piensa, al salir de la carnicería, que el carnicero guarda mucho más de lo que muestra. Determina visitar la choza encumbrada donde vive el chino Juan Catulo Joa con su mono Lili. Pero antes se detiene en la cafetería.

A través del cristal, que le parece odiosa forma de mostrar la vida en una pared transparente, observa a Oni Hilda, su amor que lo descabeza y aturde. Babea por ella, embutido en las sombras dolorosas de la pasión difícil, de los deseos no retribuidos. No siente los picazos fórmicos de unas hormigas rojizas que le suben al cuerpo, y se va tarareando unas coplas: «*Un cencerro rajado cerdea —canta bajito— como guitarra sin afinar, cerdea —mira atrás—. Como mi amor sin el tuyo cerdea*». Y se va alejando sin sacudirse las mortificantes mordidas, tan audaces como sus pensamientos.

Para llegar hasta la choza del chino, pasa junto a la corraleta de las mulas. Con la sequía y a pesar de uno que otro chubasco imprevisto, la tierra sigue árida y los herbazales se achican a ras del suelo donde las mulas meten los dientes con una risa franca que desprenden bocados con todo y tierra.

Alguien lo llama con un siseo repetido. Ulises mira a los matorrales secos de la cerca. Es el teniente Torrealta.

—Teniente, que grata sorpresa, a usted quería verlo antes de visitar al chino.

—Bien. ¿Qué me dices del chino?

—Nada hasta tanto lo interroge. ¿Qué preguntas debo hacer?

—La que se te ocurra, siempre que en ellas contenga la esencia...

— ¿Cuál esencia?

—Veamos si el chofer y empresario, don Polea, tiene algo que ver con el chino, según la foto.

Se despiden. Han llegado a un acuerdo que comienza a gustarle al Ulises policía, y que para ambos tiene gran significado y trayectoria.

Ulises se topa con Dositeo Agonía, quien viene sacando lascas a un trozo de encino, tallando a pulso de manos expertas un badajo, pues no solo es enterrador por obra del azar, es el último de una saga de alambradores de cencerros y esquilas, para las chivas de Comelio Peón y la mulada de Pirolo Manao, oficio único que aprendió desde chiquito. Ulises lo saluda al paso, sin detener sus pisadas de apuro. No lleva el ánimo de festejos ni de conversas casuales. Sin embargo, tiene una pregunta por hacerle, pero más tarde lo consultará. Es con relación a cómo se entera él de los muertos, si tan lejos vive del caserío, ¿quién se lo informa?

Sube la ligera cuesta —que más parece que bajara y no que estuviera inclinada—. Sube buscando el manantial, al chino, al antiguo montículo del fortín a cuyo alrededor se construyera el cementerio. Sube y le parece que bajara si no sintiera el sofoco en sus pulmones y los goterones de la frente empapada.

Al rato, van quedando atrás el cementerio y los mangales sombreros y, a lo lejos, el pueblo desnivelado que parece dos cruces de casas casi del mismo tamaño y color. El humo prieto del bar cafetería de Fin Poliveros le da un aspecto de pueblo en desgracia.

En la huerta ve al chino que está doblado sobre los camellones y surcos. Lo llama por su nombre, dos veces. El mono se levanta en dos patas sobre el hombro de su dueño, el chino en las suyas. Aparecen las dos caras como dos girasoles. A Ulises le causa gracia el sombrero del chino, como si fuera un mago que no lleva conejo sino un mono. Avanza hacia ellos.

—Buenas tarde —dice.

—Raro que Ulise ande y desande por el mundo —dice el chino Catulo y el mono Lilí comienza a dar brincos, como si entendiera de saludos.

—Raro, sí. Vengo a verlo. Tengo unas preguntas.

—Vamo a casa de chinito.

La casa es un bohío no tan pequeño y de altos puntales, de una sola pieza, que fuera, con intenciones escondidas, fortificada; sus paredes están cubiertas con tablas de palma y por dentro de embarrado y cujes, muy anchas, por lo menos medio metro, como si pretendiera resistir un ataque de cañón. Tres matas de mango, preñadas hasta el suelo, no permiten al sol calentar el techo bien cobijado con guano. El bohío está rodeado de matas de ajíes, culantro y *mastuerzo*.

Adentro hay dos hamacas de saco, una más pequeña que la otra. A pesar de la buena intención de darle índole y aspecto de fortaleza, por la

divisoria del techo y pared entran los fragores del sol en rayos de fuego y la hierba alta aparece por el borde del piso de tierra que es compacto y limpio. Al fondo, un baúl con su boca de hipopótamo abierta muestra los ripios de labranza color del mono Lili y asoman enseres y baratijas y abanicos chinos del tiempo dinástico de los Ming.

El chino lo manda a sentar en un taburete solitario forrado con cuero de chivo e inmediatamente comienza a trajinar en el fogón de carbón. En una vasija de boca ancha vierte agua y echa azúcar parda que revuelve en remolino y luego limpia la cuchara con el trapo de su lengua y pone la vasija sobre la brasa y monta una bolsa marrón y cónica —con el asidero de alambres torcidos—, sobre un *empinador* de madera. Dentro de la bolsa colador deposita, con parsimonia asiática, cuatro cucharadas del polvo negro que ha sacado de una lata con tapa de rosca.

Al rato hierve el agua azucarada. Mientras la vierte en el colador, el aroma fabuloso del café compite enseguida con las emanaciones de hojas de culantro, cadenas de cebollas y ajos y hojas de tabaco secándose en largos cujes, que todas cuelgan como murciélagos de los travesaños del techo ahumado.

En una lata con asa le brinda café a Ulises, que se mantiene asombrado con el mono que bebe su infusión con las manitas juntas y lo mira con ojos de nerviosa felicidad. Eso le parece sorprendente. El chino lo examina entero, sin disimulo, y espera que beba.

—Tú plegunta a chinito —dice, doblado como un gajo a quien solo le falta la cuerda para volverse un arco.

— ¿Sabe del muerto? —Empieza Ulises.

— ¿Cuá?

Ulises se siente molesto. Tiene que continuar su tarea de investigador arrastrando los inconvenientes de su personalidad apocada.

—El general de visita —dice Ulises y bebe el segundo sorbo, humeante.

— ¿Chinito cuela café sabloso?

—Está bueno. Fuerte, para fumadores como usted —se detiene y pregunta—. Chinito, ¿sabes algo del muerto?

—Chinito sabe y no quiele sabel.

—Bien. ¿Sabe qué?

—Chinito sabe, igual sabe Ulise.

Ulises se echa a reír con ganas, tapándose la boca con la mano abierta.

—Estamos atorados —dice, y sus ojitos negros le brillan.

— ¿Cualquier cosa que chinito habla e' cosa buena?

—Claro que sí. Me hace falta conocer cosas. Ayúdame y eso ayuda a chinito Caca tulo.

—Chinito no caca. —Ríen—. Chinito sabe una cosa. Hombre que llega solo pregunta a chinito. ¿Tú sabe?

—No. No sé. Cuenta. ¿Por qué vino?

—Luego chinito va vel al hombre que pide lemedio y Chinito manda *do* lemedio.

— ¿Qué qué remedio? —Gaguea Ulises.

—Ahola hombre habla esto, luego lo otlo. Chinito no sabe.

— ¿Otro qué?

—Dolmidela y semilla mala.

— ¡Vaya! —Abre los ojos Ulises, como una lechuza en la noche—. ¿Dormidera? ¿Para qué?

—Dolmidela pa' dolmil. —Ríe sin dientes el chino, mientras el mono da brincos ostentosos sobre su sombrero de mago.

—Ya sé. ¿Y remedio malo?

—Semilla de azuceno, veneno.

— ¿Veneno?

—Sí, malo —abre sus ojos el chino por donde Ulises piensa que no cabe nada. Que se les quedan afuera las perfecciones naturales, los colores intensos, la vida misma en sus diferencias.

—Otra pregunta —dice Ulises— ¿Quién lleva la dormidera y el veneno?

—Fileto, hijo de Belo lobón.

— ¿Bello, el Robón?

—Eso habla chinito.

—Bien. Es todo —concluye Ulises.

Apunta en una libreta, imitando al teniente Torrealta y se despide.

—Ahora me voy. Adiós Lili.

El mono da brincos de alegría y el chino se encoje, presagiando días tan malos como la semilla triturada de la covadonga.

Ulises baja el camino del cementerio casi corriendo. Lleva un triunfo

en la mano. Se dirige a la biblioteca a documentarse y luego irá al cuartel general del teniente Torrealta. Ahí averigua que tanto la semilla triturada de la covadonga o *azuceno*, como el látex de sus ramas, se consideraban tóxicos y peligrosos para la salud, produciéndole al que la bebiera en pócimas, vómitos y hasta la muerte. Eso leería Ulises, en la biblioteca.

¿Le dirá lo que averiguó con lujos de detalles o, se guarda algo, por si acaso?

Se lo topa por el camino, después de hablar con la señora Restituta Pontezuelo, la bibliotecaria. Se alegra; de todas formas, él quiere estar cerca del teniente, no para enterarse de los avances de la investigación, que de hecho la lleva avanzada en su mente, sino para aprender de un verdadero policía: seguir sus puntos de vistas; cómo se para y mira; qué pregunta a quién y qué preferencias tiene. Al paso de tres días siguiéndolo —a pesar de que el teniente, todavía reacio al roce, se lo quita de encima con facilidad—, aprende mucho de sus mañas y cree saber todo sobre el tipo arrogante y terco, como si lo conociera desde antes.

«Su cara de canela pecosa. Pelos finos alrededor de la boca parece un retrato viejo de abuelo Metrobio Portinot. Ojos celestes. Zurdo, fuerte, mirador; el pensamiento fuera de Covadonga».

Esta meditación de Ulises la deja así mismo escrita en el buró del alcalde, quien nuevamente se sorprende de la capacidad de su análisis, y se enorgullece. A Potasio se le ocurre una idea: Pedirle a Ulises que lo describa a él, para empezar, luego iría solicitando retratos hablados de los demás. Sería un buen juego saber cómo Ulises dibujaría a su gente. Lo escribe: ¿Cómo me ves a mí?

Se encuentran, el teniente lo asalta.

—Bien. Ya tienes algo.

—Bastante, jefe. El veneno lo recoge el chofer.

— ¿Veneno?

—No le dije todo. Si el coronel comió mango envenenado, es la causa de muerte y el veneno lo busca el chofer.

—Bien, pero solo puede ser un mensajero.

—De acuerdo, jefe. Usted dirige la investigación. ¿Continuamos con el teatro?

—Por supuesto. Eso mantiene al enemigo seguro y aprovechamos.

Mientras tanto, un poco de mal humor, el teniente sigue sus investigaciones seguro de que nunca se quitará de encima los ojos almendrados del bobo de Ulises, que sigue cayéndole bien, pero tiene que apretarlo, como concordaron. Ahora resulta que fragua otro plan. Para lograr lo que se propone manda a buscar al carnicero, al chofer, a las sirvientas, al mismo alcalde y los interroga juntos, para ponerlos frente a frente y que se culpen unos a otros.

—Un careo —dice el alcalde.

Ulises sabe del careo y trata de estar presente. Está atento a los planes del teniente. Se le enfrenta y, como es lógico, el teniente, furioso, lo acusa de interferir en los hechos y que esconde datos para uso personal y lo niega a las autoridades competentes.

—No es verdad —se defiende Ulises.

El teniente se enfrenta a los ojos asiáticos de Ulises. Ojos que parecen despistados, pero confunden.

—Lo es, y puedo probarlo —le dice en desafío.

El alcalde se pone nervioso, trata de apaciguar el ánimo del teniente.

—Teniente Eduardo. Usted ha venido aquí a investigar un crimen, no pierda su precioso tiempo en pelearse con nosotros por asuntos particulares. ¿Ha llegado a alguna conclusión?

—Eso espero, siempre que me quiten a este tonto de encima, que no me deja tranquilo y rebate todo cuanto hago y digo.

—No es verdad —dice Ulises, contando con los dedos, como un escolar.

—Lo es y digo más —se detiene para fijarse en la maniobra de Ulises, con los dedos—. Ya esta situación me tiene hasta los leños del dos de basto. Le pido al alcalde que encierre a este intruso, aunque sea en su propia casa, hasta que terminemos con las investigaciones.

—Señor teniente Eduardo Torrealta Delgado ¿Puedo hablar un momento con Ulises? —Pregunta el alcalde, muy serio y presto a imponer su mandato.

—Puede —dice el teniente.

El alcalde lleva a Ulises al fondo, salen al exterior. Bajo una frondosa mata de mango le hace la pregunta que entiende como indispensable.

—Dime la verdad ¿Estás seguro de lo que haces?

Ulises acaba de contar con sus dedos regordetes y le contesta:

—Sí.

— ¿Qué andas contando con los dedos?

—Ya es hora —contesta Ulises, molesto por la pregunta.

— ¿De qué?

—El telégrafo.

El alcalde saca su reloj. Mira sin mirar, con el desorden de sus pensamientos desazonados. Guarda el reloj y es cuando oye los tres golpes metálicos del parque, lo vuelve a sacar recuperando la cordura. Mira con ojos cercanos y se da cuenta.

—Las tres —dice con voz dormida.

—El telégrafo —repite Ulises.

—Sí, ya sé. Ahora fíjate. Ellos traen unos aparatos que si lo ponen a funcionar nos meten en problemas. Ese hombre sabe manipularlo, me dijo el teniente, y dentro de poco sabrá todo.

—Señor alcalde debe creerme. Ningún aparato tiene Zótico. Son ta tarecos. Casto me dijo. Yo sé que no no saben ni hostias y que no tarda mucho que los manden a buscar. A ellos no les importa el muerto.

— ¡Por Dios! ¿Cómo sabes tanto?

Otra vez el detective Ulises tiene que responder, como si las cosas anduvieran al revés.

—No sé, señor alcalde. Yo digo verdad. Otra cosa, ¿usted habla con el general sobre el otro general del parque de San Gregorio?

—No. No me conozco bien esa historia ¿Por qué?

—Alégrese. El difunto preguntaba cosas malas y mire usted en qué paró, el pobre.

— ¿Qué sabes de eso, Ulises?

Ulises piensa. Sonríe para pensar la respuesta. El alcalde se desespera.

— ¿Qué sabes?

—No mucho. Me dijo mi mami que lo mató su misma gente.

—Lo que pasa es que hay hombres que no están hechos para morir y renacer en mármoles dormidos —dice el alcalde y pregunta— ¿Qué otra cosa sabes de la muerte del general Rafael?

—Nada que usted no sepa y no saque un billete que no voy a ju jurar.

—Bien. Confío en ti, sin billete. Espero que tengas razón y se marchen estos intrusos. Vamos adentro.

El teniente Torrealta espera impaciente, pero seguro, las maniobras van saliendo bien. Permanece arrellanado en un sillón de mimbre. Trata de encender un cigarrillo sin prestar atención cuando entra Potasio con Ulises. Mira con cejas arqueadas a los dos hombres distintos en apariencia. Apaga el cigarrillo bajo un zapato sucio, e irguiendo su cuerpo, con los pies abiertos, le dice al alcalde Potasio:

—Muy bien, te di el tiempo necesario ¿Ya podemos encerrarlo?

Potasio balancea varias respuestas. Afuera los ánimos ciudadanos comienzan a descomponerse. El cabo Paterno sale con la intención de apaciguarlos. Entra en carrera con las manos arriba:

—Alcalde, esto se pone color de hormiga brava.

—Vamos afuera —ordena el alcalde y alerta al teniente—: No mueva un pelo. Usted no sabe bien dónde se ha metido.

Toda la calle de Alante está colmada. Las más ancianas encabezan la huelga de aquel pueblo libre y soberano y una parte ínfima de «las fuerzas armadas», tres gansos que traían amarrados por los largos cuellos con cabuyas dobles, lanzan picotazos al aire, presagiando sus ataques locos. No graznan —no es permitido sonido animal en el pueblo—, arremeten con sus picos rojos el vacío que los separa del alcalde. Si la situación allí dentro de la oficina empeorara, vendrían con los refuerzos, con el total de cincuenta gansos belicosos que atacarían, apenas los soltaran; el teniente y sus policías sacarían sus armas y quizás algunos acabarían masacrados por las balas de los intrusos, pero otros les irían arriba y quién podría adivinar el resultado.

—Calma —dice el alcalde, temeroso—, Creo que tengo la situación controlada. Denme unos minutos, por favor.

Los gansos son los primeros en ceder, como guiados por la muestra de serenidad que hubo en todos.

Van a entrar cuando el telegrafista llega a toda carrera agitando una señal embrollada de manos nerviosas. El alcalde detiene el paso. Hablan bajito, en un susurro de ratones. El alcalde recibe un papel que lee con cara de sorpresa y contentura. Mira a Ulises y declara a la distancia:

—No es necesario arrestarlo, teniente, vea esto.

El teniente Torrealta toma el papel y lo lee. Su rostro se ilumina de placer. Era lo que esperaba con ansias, las tres C. Lee en voz alta: «Caso Conejo Cerrado».



Fileto en el muelle

Apuntes de Potasio

Martes 27 de junio. Nada grave nos sucedió que no fuera la falta de alimentos y libertades para salir y entrar. ¿El teniente tendrá interés verdadero en descubrir al asesino? Yo creo es paripé, para quedar bien con familiares del difunto. No tiene interés político. El pueblo pide que Ulises siga la investigación. No lo creo posible, pero aceptaré. ¿Cómo me ve Ulises?

«Esbelto caballero. Piel de papel. Pelo gris, barba rebelde, ojos dulces como su palabra precisa.

Me gustó verme. Hoy vino a verme el médico Pacomio: «Tengo listo un sarcófago» Yo: «¿Y el epitafio?» Pacomio: «Ya me han encargado cincuenta, veremos si alguien adivinó su hora y ya tiene el suyo preparado» Yo: «¿Mañana tendremos sepelio?» Pacomio: «Nunca fallaron las maldiciones, hasta ahora» Yo: «¿Quién será el próximo?» Pacomio: «No sé. Ni doña Pepa lo supo».

Doña Pepa se marchó. Vendrá en otro viernes menos hinchado de desventuras.

Ulises se muestra extraño conmigo. ¿Qué sabe en realidad? ¿Lo dijo todo?

Recapitulo. Según los informes del teniente, de Pacomio y las pesquisas de Ulises:

- 1.-El general desayuna mangos (Dr. Pacomio).
 - 2.-Lo trasladan desde el muelle del arroyo Pontezuelo a las cuatro esquinas en bicicleta (Ulises).
 - 3.- Lo apuñalan y le meten dos disparos, uno en la cabeza y otro en el corazón (Dr. Pacomio).
 - 4.- La sangre sobre su camisa no es del muerto (Ulises).
 - 5.- El matador tiene cómplices (Ulises).
 - 6.- Es un asesinato político (teniente Torrealta)
 - 7.- Fue envenenado (Ulises, el teniente y Pacomio)
- Dejé una nota para Ulises: ¿Y cómo le ves al médico y al telegrafista?

Covadonga

8

La investigación se enfría. Los de arriba no pueden dilatar más este asunto y mandan a buscar al teniente Torrealta con sus dos policías y el técnico y toda la parafernalia de tecnología novedosa y embustera. Ellos empacan presurosos para marcharse. También se devuelve Pepa. Dejó entre los covadomingos el aroma intenso de la albahaca, el acre del apasote, el dulzón del *pimpinillo*, la tisana de *pendejera* y la medicina de la salvia; pero privó a las ancianas de las ganas polvorientas de saber el futuro, aunque digan ellas, fue quien ablandó al teniente Torrealta para que desistiera de sus atropellos.

Es miércoles, día de muerte, y comienza a caer una llovizna tan fina como la neblina. Cuando los visitantes salen del hotel Mascota el aguacero se afinca con gotas que golpean como pedradas. El teniente corre hasta la oficina del alcalde.

—Esta lluvia duele —dice—. Estamos listos para salir cuando tú le ordenes al chofer.

—Sí, pero hay que esperar —dice el alcalde.

—¿Cuándo escampe?

—Sí, no hay goce más aquietante que escuchar la lluvia bajo los portales.

—No hay poesía en la forma de llover y no somos de azúcar. Podemos aguantar los malditos perdigones que caen. Me urge salir de aquí. ¿Siempre revientan las nubes así? ¿Cuándo dejará de llover con esas ganas?

—Cuando escampe.

—¿Y cuándo escampará?

—Hubo una vez que nos taparon las lluvias durante tres meses. Nadie sabe. Lo peor es que no escampa allá arriba, para la cabezada, y con muchas ganas. Eso es malo.

—¿La cabezada?

—El lago que inventamos, donde está la Fuente de la Piedra.

—¿Y qué?

—Mal asunto. Por allá debe andar el enano Salvador.

—Por favor, alcalde, no me hables de maldiciones que ya estoy harto. Te diré algo. Me faltaron dos posibles sospechosos por interrogar, Venancio y

el chino Catulo. Me iré pensando que entre ellos y el tal Ismael está el culpable. No soy policía por gusto. Tendrías la amabilidad, si algún día supieras la verdad del asunto, de informármelo, personalmente, claro.

—Lo tendré informado, teniente. Cuente con mi palabra. Ahora vamos a tener calma.

La tormenta remite en un par de horas. Pero en esas dos horas de tromba casi se ahogan los gansos y los animales mal protegidos. El agua color achiote corre buscando el arroyo, por un desnivel del terreno que no se percibe a simple vista. Es una corriente que se convierte en avalancha que baja por vuelta del lejano cementerio y lo arrastra todo en su atajo de río fuera de cauce, enfurecido con la perpleja humanidad de los vecinos.

Todos ven, asombrados, como viene el chino Catulo montado en una yagua, con su mono al cuello, navegando en olas de fango y mangos maduros. Viene esquivando escollos y maldiciendo en su lengua oriental. Dice adiós con la mano terrosa a su paso veloz. Parece una despedida o un saludo a su último recorrido sin rumbo por la calle principal. Enfila por un callejón enyerbado entre patios de casas sin cercas y va directo al arroyo. Lo detiene un algarrobo atravesado en el camino al muelle, para impedirle su navegación sin carta náutica. Choca con el tronco recio. Muere con su cabeza china partida en hemisferios iguales. El mono Lili, a su lado, ahorcado con la cabuya que no pudo zafarse y que sujeta firme su descalabrado dueño.

Siguiendo al chino, viene el último muerto de la semana, don Poliandro, seguramente mal sepultado y que la corriente embravecida lo arrastra cuesta abajo y pasa dando vueltas y enarbolando un postrero adiós, con la flauta dulce soprano en la mano, que no tuvo oportunidad de exponer en vida, como despedida, porque en vez de llegarle la muerte con el albedrío de los designios naturales mientras soplaba su instrumento de madera, lo sorprendió débil, en las manos *eutanásicas* o *cacotanásicas* de las ancianas.

Todos los covadomingos quedan en un éxtasis de paranoia, presagiando males mayores por acontecer. Ahora son dos muertos por enterrar el mismo día. Es lo máximo en sus capacidades de pensamientos corrompidos. Mucho trabajo para el dueño de la funeraria y para el enterrador. Tanto A Balbina como a Gaudencia les preocupan sus augurios. Ambos bandos deciden una reunión y en medio del desastre ya planean reunirse con Potasio.

—Por eso digo, con la muerte no se juega —dice el alcalde—. Nos vemos a las seis.

Tres mulas rebuznan con ahogos estrepitosos y otras tres relinchan con

una obstinada muestra de sapiencia animal. La avalancha ha durado unos minutos en las tantas horas de diluvio sobre la laguna. Todo habría pasado con la gravedad eventual de naturaleza desbocada y el pueblo recobraría la tranquilidad tediosa, si no estuviera seguro que una brecha en la laguna artificial de la Fuente de la Piedra era la causa del desbordamiento impetuoso y que no comerían nunca más de las hortalizas perennes fuera de estación del eunuco oriental, Juan Catulo.

Después de la tormenta hubo que reparar la apariencia perdida de las casas y retornar a su estado natural de privilegio de troncos erguidos a varios laureles de dos años de plantados en el orilleo de la calle principal. Los enderezan a empujones de soga y muñeca, y los amarran a bordones de pino, para que no vuelvan a la orientación equivocada de girasoles mañaneros que adquirieron. Estos laureles, no obstante, son dichosos. Otros árboles han sido mutilados por los vientos en ráfagas y el enorme algarrobo que desnucó al chino Catulo yace mortal y enseña las raíces centenarias que lo sustentaron en su pasado imponente. En resumen, ha ocurrido una gran desgracia, prevista en las maldiciones que guardaban las *Memorias* y cuya solución sería imprevisible.

—Uno de sus sospechosos ha quedado borrado de la lista —dice el alcalde.

—Ya veo. ¿Qué harán con su muerto? —Pregunta el teniente Torrealta.

—Lo metemos en una caja y lo enterramos ¿Y con el suyo?

— ¿Lo podemos sepultar aquí? —Pregunta el teniente, aun sospechando la respuesta y pensando en el chino marinero y el cuerpo inflado de Poliendro, emergiendo frente a sus ojos.

—Imposible —brinca el alcalde—. Por leyes que nos rigen desde los tiempos de los Tiempos, no debemos dar sepultura a un extraño en el cementerio del fortín español.

—En ese caso, no más tarde de mañana lo vendrán a buscar los de San Gregorio de Mayarí. ¿Tienen suficiente hielo?

—Sugiero que cuando llegue allá, nos mande tres piedras de cien libras, por si acaso.

—La despacharé yo mismo —dice el teniente, sin convencimiento.

El alcalde mira su reloj de leontina plateada con la que bien podía amarrarse a un mulo de la corraleta y anuncia:

—Van a dar las cinco.

Apenas lo dice, repica la vieja campana del parque. Suena cuatro

veces seguidas y la última retumba. Todos miran hacia el palo mayor, junto al roble, como si allí reflatara el pecio del navío Covadonga. Una mujer jala la cuerda cuando otra llega, se la quita y dobla la muerte del chino Catulo con su mono Lili. Desde el Oeste, por vuelta del mismo parque, llega un aire espeso con olores húmedos a despojos descompuestos. El teniente arruga la nariz mientras respira el vaho de muertos en el último golpe de bronces que llegó excesivo. Le pasa por la mente comentarlo al alcalde, pero éste con un gesto de su mano fina, adivinándole la intención, lo contiene.

—Los muertos salieron a secarse —dice.

El teniente mira al alcalde para conseguir una señal racional en él. No obstante, oírle aquel disparate, cree ver en sus ojos una revelación del secreto atávico de aquella gente. Entonces, intuye con la convicción de viejo policía que aquel pueblo es completamente bárbarico.

—Lo que me preocupa —dice el alcalde, arriesgándolo todo— es que lo mataron de forma que no supo él que se moría, y va y anda dando giros desquiciados buscando la rosa de los vientos.

—¿Tú también crees en esa basura?

—No es lo que yo crea. Soy el alcalde y baste con que mi gente piense así, para que tal imagen se haga realidad y me aterre.

—Debías preocuparte más que los caínes se multipliquen o encuentren rendijas en los corazones débiles, y justifiquen su destino con la magia de la palabra de Dios o maldiciones diabólicas —discursa el teniente sin que él mismo entendiera sus palabras.

Ulises siente, con la retirada del teniente investigador Torrealta, que, en vez de quitarle un peso de encima, le adosan otro, la soledad. Aunque ahora puede dedicar más tiempo a sus ilusiones, que no salen de la cafetería. Ahora conversar con la camarera, decirle sus propósitos y aflojar su angustia sin sosiego.

El alcalde ha declarado abierto al pueblo que habían convertido en una galera tremenda. Los investigadores se marcharon unas horas después del aguacero que desencaminara al chino para matarlo y desenterrara al muerto para revivirlo. Los condujo hasta Mayarí el mismo Ismael Polea, con una risita de seguridad que al teniente le caía redonda en medio de su estómago. Había pasado una semana desde que arribaran al pueblo brujo de Covadonga

la Fuerte.

El alcalde Potasio retorna a sus quehaceres y manda sepultar a los dos muertos difíciles. Seguidamente otorga un permiso especial para que dos carretones salgan de urgencia —y hasta su auto Ford, ya de regreso—, y traigan mercancías para el consumo: carnes, pescado, viandas, leche y pan. Todo se adquiriría en el pueblo cercano de Felicidad.

Había amanecido alegre aquel día, de un azul delicado, salteado de grises nubes dudosas, en la lejanía, de si avanzaban o se abrían sobre el constante verde montañoso del Sur. Sin embargo, acabó en tragedia, como todos los miércoles de ese año bisiesto de 1912 que en realidad cursaba el 23 de un mes caluroso de 1908.

Ulises recibe el ostentoso nombramiento, por parte del alcalde Potasio: «Detective Oficial». Se siente orgulloso, pero tal ascenso que cree merecido, lo obligará a doblar esfuerzos para llegar al matador; y está cerca, muy cerca de descubrirlo, según se puede distinguir en su rostro redondo de ojos oblicuos y vivaces.

Ulises sale de la oficina del alcalde y se dirige al bar de Fin Poliveros, allí buscará a Paterno, el sabelotodo, el tipo escogido para que estuviera siempre enterado de dónde estaban los demás —si mantenían esa costumbre inveterada—. Y Ulises anda procurando a Dositeo, el enterrador, que busca y no encuentra en su labor habitual, a esa hora de la tarde. Desde la acera hace señas a Paterno.

— ¿Qué pasa primo? —Pregunta el cabo Paterno.

— ¿Y Dositeo?

—Anda cargando con la muerte ajena hasta que le toque la propia —dice Paterno, mirando sus ojos repetidos en el cristal de la bandeja que trae en la mano.

—No está en el cementerio —dice Ulises.

— ¿Buscaste bien?

Eso le molesta a Ulises, pero la risa, sin que muestre los dientes, tapa los agrios que le suben a la boca. Traga sus pesares y contesta:

—Creo que sí.

—Entonces, no buscaste bien —dice Paterno orgulloso de saberlo todo—. Dositeo está metido en una fosa, durmiendo la mona.

—Entonces, de deja eso —dice Ulises—. ¿Y el hijo de Bello?

— ¿Fileto? No sé. Como no ande tras los pasos del padre. Puede que esté en el muelle. A esta hora pesca, aunque nunca atrape nada. Sin carnada no se pesca. Ya se lo tengo dicho y me hace el caso del carretón de Pirolo Manao, a Sarampión, con dos ruedas que van más aprisa que los burros y siempre lo anda reparando. Se lo digo: Sin carnada, no se agarra nada. Y ¿qué me contesta el muy burro? Vengo a pescar la soledad. Eso me dice.

—Buena idea. —Se contenta Ulises.

— ¿Qué?

—Eso que dijiste. Sin carnada no se agarra nada.

—Y ¿para qué son buenas mis ideas?

—Para encontrar a Dositeo y a Fileto.

—Y ¿para qué sirve esa mala yunta de bueyes?

—A que los puyen. —Ríe Ulises y se marcha por vuelta del arroyo entonando un chiflido canoro.

Fileto tiene los pies descalzos dentro del agua oscura cuando llega Ulises. Pesca con una vara corta de guayaba. El curricán lo tiene enredado a un lado y tira una y otra vez el anzuelo sin carnada. Fuma un tabaco de dos cuartas y el botellón de a litro de cerveza Matunga lo lleva faltándole un cuarto. Ulises se le acerca, sigiloso.

— ¿Pican o no pican? —Pregunta.

Brinca el cuerpo famélico de Fileto con el espanto de quien viera una aparición.

— ¡Coño, me asustaste!

—Perdone, señor Fileto. ¿Pican?

—Creí que era el chino Catulo. ¡Carajo!

—Le debía algo —asegura Ulises.

—Na, unas mancuernitas de frijoles negros y una ristra de ajos. Pero ya las cobraría en el viaje sin retorno. Y ¿a qué has venido?

—Por la dormidera.

— ¿Qué dormidera? ¿Esas de moriviví? —Fileto roza con sus dedos una planta rastrera que cubre el suelo y que de inmediato cierra sus diminutas hojas.

—El chinito me dijo.

—No eran para mí. ¿Por qué preguntas?

Ulises se sobresalta. Debería mostrar enojo, aunque comprende que es natural que Fileto actúe y pregunte lo que quiera.

—Porque sí. ¿Quién quería dormidera?

—El Ismael, y tampoco pagó un centavo. ¿Qué te importa eso, Ulises?

—Y ¿la semilla de Covadonga?

—El mismo Ismael. ¿Qué te preocupa?

— ¿Pi pican? —Pregunta Ulises para no responder y cambiar de tema, con su cara de bobo bien administrada.

—En este maldito arroyo ya no hay pejes —dice Fileto, recogiendo los avíos.

—Y ¿entonces? —Duda Ulises.

—Entonces me voy, son las tantas.

—No tiene sentido ponerse a pescar si no puede agarrar nada, eso dice Paterno.

—Paterno es un *cometusa*. Yo me entretengo, hasta que llegue mi hora.

—Dígame, señor Fileto, ¿le gusta pescar? ¿Sus manos son de pescador?

Fileto se extraña, pero le enseña sus manos, vueltas arriba, tan sucias que es imposible distinguir una raya.

— ¿Son o no son? —Indaga de sí mismo.

La cara gorda de Ulises se sonroja. Cuando alguna cosa quiere y está a punto de conseguirla, la felicidad le cambia el semblante, sus ojos rasgados brillan, su boca pequeña se agranda, el rojo acaramela sus mejillas.

Ulises toma la mano de Fileto y la examina atento. Con un dedo rastrea la palma cuando se da cuenta, apartando caramujos y fango, de que está lisa como la mano de la estatua del parque. Sin rayas, pero agujereada como si las carcomas le hubieran comido el pellejo reseco.

— ¡Vaya! —Dice atónito—. No puedo leer. No hay ni una letra.

—Yo no tengo pasado ni futuro —dice Fileto—. ¿Qué vas a encontrar ahí, muchacho?

—Su epitafio, aunque sea.

— ¿Qué dirá?

— «La muerte, por venganza, vino a matarme». Eso dirá su epitafio.

— ¿Quién dijo tal barbaridad? ¿Yo?

—Fue Paterno.

—Vuelve con lo mismo. ¿Y por qué yo mandaría a escribir eso?

Pregúntale al sabiondo de Paterno.

Ulises ya dispone retirarse con el fin de no dar contestación vana y ha dado unos pasos cuando mastica bien la pregunta. Se vira y contesta:

—Ya le pregunté a Paterno. Dijo: «Porque usted siempre anda matando la vida».

—Y tu epitafio, Ulises, ¿qué diría tu epitafio?

Ulises se marcha. Se va pensando en la pregunta de Fileto, quien apenas lo ve perderse entre los *mangales* aprovecha la soledad para sacar los pies de ahogado del agua. Los tiene arrugados y tatuados con las cicatrices de la carcoma. Cuando se rasca la picazón, parecen un guayo, con hoyitos negros que se multiplican día a día y en donde el hongo que allí roe la piel húmeda terminaría merendando hasta el hueso y va dejando, con las evacuaciones minúsculas, un rastro nauseabundo de rata muerta.

Ulises regresa a su casa con el mal sabor de los huequitos repulsivos de la mano de Fileto, que le sabrían igual a las del comején, en noches que salen volando y Ulises, cuando niño, las probó, como hacía con todo lo que iba descubriendo en su crecimiento de gateo por la desconocida tierra.

Se viste de prisa con sus naturales atuendos, pero incorpora una novedad, sin detenerse a pensar el porqué se atreve a tanto. ¿Por qué ponerle una carnada al asesino con su propio cuerpo? Se cubre con la capa negra de goma, enorme y pesada, que le regalara el viejo enterrador Dositeo Agonía, quien se la ofreció por sus éxitos de educación esmerada. Se la ofreció en medio del torrencial aguacero mientras enterraban a sus padres adoptivos, muertos por accidente natural, cuando disfrutaban un atardecer ventoso en el parque y un gajo robusto del roble amarillo traqueó arriba y solo tuvieron tiempo de voltear y recibir el peso aplastante y mortífero.

«Nada más natural que muriesen al mismo tiempo, siempre andaban abrazados el uno del otro», decían las ancianas veteranas. «Ni siquiera Dios los vio separarse nunca —dijo el cura, ese domingo triste—. Ni Dios». Y dijo otra mujer: «Fue el enano Salvador, a quien no le agrada el cuchicheo de los enamorados».

Dentro de poco llegará la noche. Se dirige a la cafetería. Desde afuera

puede encantarse con la figura de su distante amada. Ella lo nota. Algo hay en Ulises que la atormenta y atrae. Ningún hombre la mira con deseos cavernarios de hombre, y ella siente que necesita unos ojos que la desnuden a pedazos y unos brazos que la tomen por el pelo y la jalen y la desarticulen entera. Los de Ulises, presiente, se acercan bastante pero no llegan. Ella tuerce el camino a la lástima, al sentimiento de protección a aquellos desamparados que poco pueden.

Ulises no aguantaría que ella lo despreciase o desconociera su amor o negara su hombría. Preferiría dejarlo todo como está, sin el riesgo de la negación ni el arbitraje de mano amiga ni la insoportable misericordia humana. Sigue hacia la casa del alcalde, a ponerle bajo el Diario que nunca se atrevió a leerle ni siquiera la fecha, una nota importante y definitiva para su entendimiento.

A esa hora el alcalde Potasio bebe su café con leche y come panetela borracha. En la cafetería lo vio por última vez.

Ulises se pasea primero por la acera sin decidirse a entrar, en la misma esquina del muerto, Cristo y Tortosa. Espera que el pez huela la carnada. Entra, mira a su alrededor y descubre entre las sombras, detrás de una tonga de libros, el ventilador de aspas grises. No lo había visto antes. Con seguridad el alcalde lo tenía oculto. Estuvo mirándolo un par de minutos. Pensaba en la posibilidad de que, si giraba la ruedita del centro, la roja, funcionaría sin electricidad, con la magia de su dedo y el pensamiento. Desvía la mirada a un lado y encuentra un cuerpo, al fondo de la oficina. Siente que el intruso, vestido como él, lo escruta con la lupa de sus ojos oblicuos. Supo que era la copia no porque llevara la capa de Dositeo o su mismo lazo de corbata y tuviera la cara redonda de ojos alucinados. Es que de pronto sienten la misma picazón y al unísono se llevan las manos a las narices. Se sonríen. No le contaría a nadie sobre este encuentro real pero deslumbrante con él mismo. Sería mejor no decirlo, pues de lo contrario tendría que maniobrar con muchas vueltas, no porque tuviera que decir del repetido, su copia idéntica, sino para no desembrollar algunos por qué inexplicables de su vida solitaria y privada y menos aún una perorata increíble, a modo de esclarecer el porqué en su casa nunca hubo espejos. Coloca bajo la alfombra el papel, con el disimulo de quien no desea ser visto.

Al salir lo espera una sorpresa desagradable. Parado en las tinieblas está el chofer ladino, Ismael Polea. Ulises cree ver la imagen de la sombra del hombre que desapareció la madrugada del general muerto en la calle Cristo y Tortosa.

— ¿Falta cuerpo o sobra tela? —Dice detrás de la luz del candil.

La majadera pregunta. Y ahora la formula quien menos él desearía responderle.

— ¿Qué qué pasa? Sobra todo —dice Ulises, repitiendo aquello que leería, haciendo memoria.

— ¡Ah!, pues lo dicho. Sobra tela.

Ulises se le para delante, como un gallo que cabecea el próximo revuelo.

—Sobra hombre —dice, y lamenta que lo ha sorprendido el miedo, agazapado en su cuerpo indefenso, que padece siempre frente a cualquier asunto intrigante que venga de las sombras; sucede una y otra vez, desde la cuna.

— ¡Ah, bueno! Párate allá para verte mejor —pide Ismael, con un palillo de dientes en la boca plana.

Ulises no sale del sobresalto, pero obedece. De momento el miedo grande frente a aquel hombre le nubla el pensamiento y sabe que hay fronteras que no se deben traspasar. Busca la pared, manoteando con sus dedos, y no la encuentra.

— ¿Aquí? —Pregunta, con la voz menuda y trémula.

—Ahí está bien. ¿En qué andas?

La pregunta incómoda y la respuesta indecisa.

—Acomodo... los libros —titubea Ulises, con el miedo rugiendo, amoldado a sus tripas.

—Bien, acabaste ya, vete —concluye Ismael, apuntando la puerta con el palillo color mostaza.

Los repiques de la campana del parque sonaron remotos, como si pidieran misa de difuntos por vuelta de Felicidad, en donde estaba la iglesia del Cristo Mulato.

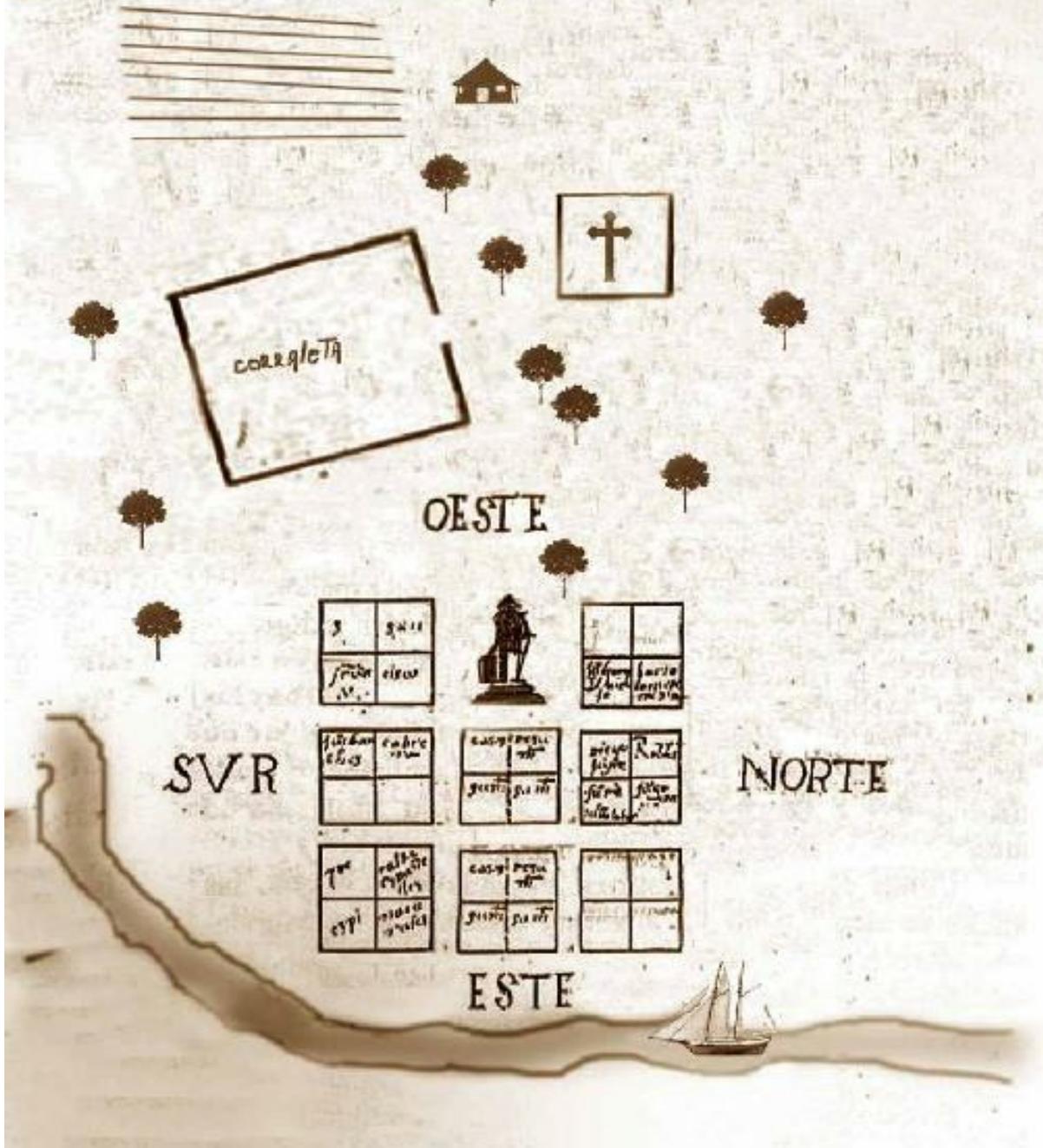
Si ya eran las seis en punto, faltaba poco para el toque de queda que cada cual sentía bajo sus párpados, en los apuros de sus riñones, en la reseque del pensamiento. Ya iba siendo hora de morirse por espacio de seis calurosas horas bajo el mosquitero de fogón del cuarto con la ventana rota, preferible a la plaga de mosquitos zumbadores y de estar allí, soportando el pánico que le

inspiraba Ismael.

Un mugido de animal herido es lo que Ulises siente llegándole de adentro, que se junta con los campanazos, o cree oírlo, afuera. Su cuerpo adiposo deja de temblar sujeto a los huesos débiles y es cuando siente el vaho de la orina; la siente tan real y cerca y tibia, que mira, boquiabierto, entre sus piernas corvas.

PLANO COVADONGA LA TVERTE

[Faded handwritten text, likely a title or description, mostly illegible due to fading.]



Apuntes de Potasio

Miércoles 28 de junio. La reunión con las gaudencianas y las balbineras fue un desastre. No se ponen ellas de acuerdo, menos conmigo. A la muerte no se le hace cosquillas, no se le busca ni se le debe tener miedo.

Leo el retrato sobre nuestro médico Pacomio Palomares: «Sobra cuerpo y habla como poeta, piel de achiote pálido, voz de agua lluvia. Ojos claros detrás de cristales redondos, cabeza peluda».

Leo del telegrafista Casto Pandora:

«Muy maduro para la soledad. Cara inflada, piel con lágrimas. Sabedor, rápido de manos y piernas; cuerpo de alambres. Sincero y bueno».

Murió el pobre chino Catulo con su mono Lili. Lo enterramos juntos. Poliandro enterrado por segunda vez. Eso demuestra que la maldición queda. Poliandro salió para que lo sepultaran en fecha. Dentro de este Diario aparece la siguiente nota dejada por Ulises: «*Debajo de la alfombra*».

Busco debajo de la pesada alfombra de la oficina. Hay una nota en clave Morse. Esto me resulta extraño. ¿Por qué en clave? ¿Teme que alguien la lea, en mi casa? ¿Es posible que alguien, además de él, pueda leerlo? ¿Serán las criadas? Busqué a las dos buenas mujeres, Rafaela y Dolores, de ambas dudo que puedan convertirse en enemigas. Niegan: «Hoy no tuvimos aquí, señorito» Les creo. Además, cocinan con una exquisitez que las declaro inocentes.

Pondré atención a mi chofer Ismael, que camina descalzo, para no hacer ruido, y sopla como el ratón.

Tarde en la noche voy a casa del telegrafista. Traduce. Antes, hacemos juramento con el billete.

Hace mucho tiempo, nadie recuerda cómo, se empezó a jurar sobre un billete. Lo inició Fulgencio Pontezuelo Mena, agosto quinto cofundador, con méritos suficientes pero excomulgado por el pueblo. Su nombre está

prohibido, aunque yo lo guardo en mi estirado nombre: Potasio Pelayo Metrovio Pancracio Canuto Fulgencio Ponte Portinot. El billete era español, de diez centavos, y de 1870, que llegó hasta mis manos. Luego fueron otros y en bolsillos distintos, que cambiaron según las emisiones y el menor valor posible, al alcance de todos.

El nombre del arroyo se lo debemos; capitán de la nave Covadonga que lo navegó hasta el terreno donde fundaron este pueblo. Las mujeres que fueron alguna vez al altar de las hembras y convertidas en madres, gozan del derecho de contar el pasado.

A los hombres se les prohíbe narrar en público, mucho menos mencionar el nombre del capitán proscrito. Dicen ellas que:

«Cierta vez todos los varones tuvieron que partir hacia las montañas del Sur, a la caza de puercos cimarrones, pues en el pueblo no había nada sustancioso y sólido para llevar a la boca. Hasta los indispuestos, con alguna enfermedad que los postraba a una silla, fueron excluidos; los transportaron en parihuelas porque: Servirán para dar avisos de los peligros que se avecinen, decían. Y en aquella ausencia prolongada, el susodicho capitán violó dos doncellas de quince años, las dos llamadas: Emiliana. De regreso supieron los hechos y ni ellas ni sus madres quisieron acusarlo. Nunca supieron los hombres por qué defendía al abominable pervertido. Determinaron expulsarlo del pueblo, pero como no había ley disponible para esta operación de ostracismo ni para otra peor, que era la muerte —la pena capital había sido abolida de la Memoria—, lo sentenciaron a que no bajara nunca más a las casas habitadas, y su familia tenía que alimentarlo allí en los terrenos del parque, y primer cementerio, bajo el roble amarillo. Fue así que convirtieron en sepulturero al excapitán de navío Fulgencio Pontezuelo Mena, quien murió de causas desconocidas indiscutibles, pues lo encontraron dentro de una fosa recién abierta, con los brazos en cruz y sin ojos, que piensan, se lo comieron los cuervos».

Eso puede contar toda mujer que estuviera casada o lo estuvo alguna vez en el tiempo. Yo puedo escribirlo: Quizá pensó, digo yo, que era el alma terminal porque nadie iba a verlo y él no podía salir, y si en un sueño diabólico que tuvo creyó en el exterminio y como la tumba y el sarcófago estaba a disposición permanente, a causa de la idea dislocada en principio, pero ya sancocada, de Perpetuo el Sabio, se metió dentro y murió de

inanición y pereza.

El papel que me dejó Ulises y tradujo Casto Pandora: «*Usaron veneno y sé quién ayudó al matador*».

¿Veneno? Esta nota me pone alerta y dudoso, a una vez. Si lo sabe y no me lo menciona es que se siente amenazado. Por otra parte, si sabe quién ayudó al asesino, ¿cómo es que no sabe del asesino, que él siempre lo llama el matador? Otra cosa. ¿Por qué me dice que busque bajo la alfombra? ¿Acaso el que entrase, como él, antes que yo, no buscará bajo la alfombra? ¿Envenenado? ¿Por qué el médico no descubrió el veneno a tiempo? Creo tener algunas respuestas y me horroriza solo pensar que Ulises lo sabe todo. ¿Qué haré?

Dejo la nota para dos retratos más, que se me antoja sea el primero el cabo Primo Paterno y el otro nuestro fotógrafo, Sándalo Polea.

Hoy mandé el cadáver del general Rafael a San Gregorio de Mayarí Abajo, por solicitud de su alcalde. Es bueno que lo tengan allá, lo entierren en el cementerio o lo remitan a Santiago de Cuba, con su familia.

Covadonga

9

Aparece la primera amenaza dirigida hacia el nuevo policía investigador y él, con todo y sus miedos, juega bien su rol. Interroga nuevamente a todos en el pueblo, ni el mismísimo alcalde sale ileso de sus preguntas que parecen tontas. Todos contestan porque han decidido dejarlo actuar. El asesino está enterado pues se encuentra entre ellos y coloca una amenaza, enganchada en la puerta de la casa de Ulises.

El detective del pueblo lo desprende y se alegra. Habla en voz alta:

—El matador —dice con una sonrisa.

El papel reza: «ESCRIBE TU EPITAFIO».

Está escrito con letras grandes, como si amenazaran. Ulises piensa, muy contento: «Te descubrí, matador. Solo me falta un detalle».

Las huellas de la bicicleta en la calle donde le dispararon al general, es la del matador. La bicicleta del cabo Paterno suena al andar como una mala palabra, por las cuatro calles empedradas del pueblo. Es de madera, excepto sus ruedas, una pequeña detrás y una enorme delantera donde ajustan los pedales impulsores. Un artefacto antiguo, herencia del padre, y que el teniente Torrealta cuando la vio por primera vez exclamó: «¡Carajo, este pueblo no ha salido de España!»! ¿Qué falta? Quizá falta saber cómo se valió para envenenar al general y por qué. El envenenador sería el verdadero asesino, estaba claro. Y ¿por qué la puñalada? ¿Y los dos disparos? Todo es cuestión de darle un orden. Ulises le da un orden, sugerido por el teniente antes de partir:

«A, lo envenena; B, lo apuñala; C, le dispara» En ese orden. ¿Son tres ejecuciones, jefe? Una sola, contesta Torrealta. Y falta un detalle. Cada uno tuvo un motivo distinto para su gesto mortal, pero la constante es A, quien fraguó el plan del matador. Ulises lo piensa igual y le dice: A, veneno; AB, puñal; AC, disparo. Por eso fueron tres veces, estimado ayudante, cuando con una sola ejecución bastaba».

De todas formas, tanto al teniente como a Ulises les falta un detalle.

Una noche cerrada, de esas que solo a los cocuyos les gusta bailar en las sombras, a Ulises lo atacan con el secreto eficaz de la sorpresa, cuando intenta entrar a su casa, que, como todas, no tiene candado ni cerrojo ni artefacto alguno para atrancar la entrada. Lo golpean tanto y con tal brutalidad que lo dejan por muerto. Nadie se entera en el barrio porque no hay quejas y porque es una noche tormentosa, de estruendos en el cielo que, como siempre, temerían todos, la llegada del enano Salvador.

Ulises falta esa mañana en la plaza, tal como es lo cotidiano cuando escuche los campanazos. La campana la suenan cada hora —menos en el muermo del mediodía—, desde las seis de la mañana hasta las siete de la noche, en que llena el aire con el último toque como anunciando la posibilidad

de perecer en un sueño eterno y cautivador. Y cada habitante, atendido a ella, tiene iguales o diferentes hábitos o formas de pasar el tiempo. Cada cosa en su lugar y cada movimiento en un minuto preciso y pensado. Eso posibilita al alcalde hacer su trabajo sin el tropiezo del desconocimiento ni las sorpresas de los antojos desmedidos. Existen cuatro relojes servibles en el pueblo, uno lo tiene el alcalde, atado al bolsillo del chaleco con su leontina —bulliciosa a los ojos—; otro el de la tocadora de campana, de turno permanente velando las manecillas. El tercero está en el telégrafo. Ulises disfruta el cuarto —de péndulo ruidoso y su tic tac seco, encajonado—, no para verle la continuidad de los sucesos cuando ocurran, sino que lo prefiere para amortiguar las estridencias naturales de las noches que le son insoportables.

Contaban las ancianas, aquellas que podían contar con acierto:

«Las mañanas comienzan siempre con seis toques de campanas y en la noche, para recogerse, siete, espaciadas, con el tacto del disimulo de no meter la alarma. Si el fuego ataca el repique asusta. Es una costumbre que nos llega desde los tiempos de los Tiempos. Es la campana que traían en el barco que desembarcó a los augustos fundadores con sus mujeres y está en la punta del bauprés, amarrada con los mismos cordeles; y el palo trinquete viene siendo el roble que sostiene arriba dicha campana, evitando que los niños la toquen en los juegos, en los tiempos en que había niños. ¿Y el barco? Una vez que arribaron a estas tierras, le abrieron un boquete al casco de la nave y la hundieron, porque como dijera el patriarca: No hay vuelta atrás».

Cuando encuentran a Ulises, en la mañana, tirado en la calle, apenas puede decir una palabra ni con señas y los temblores del cuerpo magullado indican la poca madre del autor de la golpiza. Las calenturas le suben y bajan en cuestión de nada y parece que no tenga huesos sanos cuando lo cargan para asistirlo. Piensan todos que no salvará la vida.

Lo llevan corriendo al dispensario y el médico Pacomio determina operarlo allí mismo, a pesar de lo inadecuado del lugar y con los escasos recursos disponibles. El alcalde se niega a tan bárbaro procedimiento, como si estuvieran en medio de una batalla naval, y le impidieran contemplar otra opción.

—El muchacho merece los mayores sacrificios sin detenernos en gastos —dice.

—Señor alcalde —aclara el médico—, se nos muere. Si no lo atendemos de emergencia, se nos muere, aquí o en el camino de la cercana Felicidad o al distante pueblo de San Gregorio.

Ulises presenta heridas graves en el abdomen y allí dentro le queda un trozo de madero, usado como puñal; tiene contusiones en la cabeza; una pierna en condiciones extremas de salvación y, quién sabe qué huesos dañados. No emite un sonido audible que les indique a los asistentes la posibilidad de revivirlo, de arrancarlo de las garras de la muerte.

Las carnes desgarradas allí donde fue bestial el ímpetu del desgraciado golpeador. Su cara, antes simpática, está deforme, con cárdenos chichones y sus ojitos oblicuos, cerrados. Lo han golpeado sin piedad, sin tener en cuenta la poca cosa que es Ulises frente a la maldad del mundo. Aunque permanece consciente y eso alienta al médico Pacomio. No dice una sola palabra.

— ¡Dios mío! —Se lamenta el médico— ¿Quién pudo hacerle tanto daño?

En la operación urgente, que sería con grandes riesgos y le produciría un dolor inmenso —en el mejor de los casos—, sin anestesia ni un calmante adecuado, el médico insiste que Ulises, quien lo mira calmado y no lanza un lamento, *se jingue* todo el ron de una botella.

—Ulises no bebe, por el amor de Dios —declara el alcalde Potasio.

El médico Pacomio insiste. Pero es imposible que pase un sorbo por su garganta hinchada. Desisten.

Y sin que ellos se lo esperen, Ulises les habla, con la dificultad propia de su condición, como a media lengua, y agravado por la boca partida y sangrante:

—Opere —dice, con una calma que espanta tanto a Pacomio como a Potasio—. Opere sin miedo. Yo aguanto.

Lo ha dicho en presencia de la camarera, Oni Hilda. Ella sonríe con afecto, aprobando que allí haya un hombre, un héroe del que todos esperan que se mejore. Ulises no cabe en el catre, y el único dolor intenso que le aflige anda por vuelta de su corazón, en la revoltura de estómago vacío, cuando la enfrenta a ella.

El médico tiene dudas de que en verdad aguante una operación a sangre fría. Aunque lo ha observado bien y, si echara atrás su memoria recordaría que Ulises no ha emitido un solo quejido y abrió su boca magullada solo para decirles aquellas palabras de aliento. Deciden operar. Si no lo hace,

aunque sea a sangre fría y con todos los dolores de la tierra, se les muere
Ulises.

Muelle del Pontezuelo



Apuntes de Potasio

Jueves 29 de junio. Casi matan a Ulises. Si el teniente Eduardo Torrealta no se hubiera ido, yo lo supondría el culpable. Quien quiera que sea lo pagará. Sospecho quién lo hizo, pero queda en la reserva mía hasta completar mi seguridad.

Ulises no lanza quejas, como si no le dolieran los golpes. No habla. Pienso que ha perdido la memoria. Las décimas indican que va de mal en peor. Pacomio teme que no amanezca. Hago recapitulación de los sucesos. Hoy es un día triste para mí. Me siento culpable de todo y juro que cuando esto pase, si pasa sin males mayores, le diré a Ulises la verdad. Él tiene derecho a saber la verdad. Me había dejado dos retratos antes del suceso:

«Primo Paterno: Leal y firme como su bigote. Pelo suave y ojos vivos. Amigo de la soledad. Pequeño y rápido como gato».

«Sándalo Polea. Cabeza como la palma de la mano, es abusador de mujeres. Nervioso, sabedor, alegre y molesto».

¿Por qué no se me ocurrió antes pedirle que retratara a Ismael?

Covadonga

10

Algo extraño sucede, efectivamente, algunos notan que Ulises no sufre las consecuencias de los daños. Por menos que esa golpiza cualquiera lloraría sincero o se lamentaría a lo bajito, o con la cara señalara la brutalidad de los sufrimientos. Entonces, el cabo Paterno advierte que quizá se deba a la presencia de Oni Hilda.

—Este pariente anda pretendiendo —dice, suspicaz.

—No seas burlón hombre. Ulises no merece que te burles.

—Lo digo en serio. Mira no más sus ojitos cuando ella se acerca. Este aguanta hasta que lo corten en dos, por la cintura, siempre que ella esté presente.

Y no habla Paterno muy lejos de la certeza.

El médico no se separa de Ulises ni un instante. Entre convulsiones, calenturas y pesadillas en sus sueños, donde seguramente enfrenta a quien lo golpeó con saña, Pacomio lo ve mejorar día a día.

Ulises no habla una palabra con nadie, por más que se le pregunte si está bien, si desea algo, si le duele, si sabe quién lo golpeó de esa manera brutal. Ulises observa con sus ojos cubiertos de orzuelos morados y calla. Solo un amago de sonrisa aparece mientras Oni Hilda le sostiene la mano.

Una comisión de las mujeres del pueblo se apresta para visitarlo. Ulises requiere de un «Epitafio», suponen que está próximo a morir y todo covadomingo que se aprecie necesita de una lápida tallada.

—Es inaudito —exclama el médico Pacomio—. Por esta vez podríamos desatender esa costumbre, para el bien del enfermo. No le ha bajado la fiebre un grado.

—Imposible. No sería digno —dice Restituta.

—Es que Ulises no puede hablarnos, entiendan.

—Pero puede aceptar o no mediante señales. Preguntémosle si quiere un epitafio y nosotras lo pensamos.

Preguntan a Ulises. Proponen varios y el muchacho va negando con movimientos mayormente de sus ojos tristes. Son muy ardientes o descoloridas las propuestas de epitafio. No expresan su andar por la tierra ni su conducta con los hombres.

—Mejor dejarlo para otro pensador —dice una.

— ¿Quién?

Pronuncian varios nombres: Potasio, Sándalo, Anel, Casto, Venancio, Dositeo, Porfirio. Ulises va negando, uno por uno. No hallan qué hacer hasta que la camarera sugiere:

—Démosle un papel y pluma, a que él decida.

Ulises acepta, pero no escribe nada. Mira con aprecio descomunal a la mujer de sus sueños que cada día parece menos imposible. Los presentes infieren que lo dejará para más tarde, quizá estando solo.

Al siguiente día hay una respuesta y un Ulises que ha remitido las

fiebres y se le nota la recuperación en el semblante: «Pregunten al golpeador», dice la nota.

¿Es una trampa de Ulises? Todos suponen eso y llegan a una conclusión y acuerdo. Es casi improbable dar con el malvado y en caso de que apareciera ¿Estaría dispuesto a colaborar? Suponiendo que lo hiciera, ¿en qué momento lo dejaría en el parque si sospecha que lo estarán vigilando? Deciden, a pesar de las dudas, no poner vigilancia y dejar un carboncillo en el parque, al pie de la estatua del augusto Canuto Palomillo de las Quijadas por si apareciera el culpable y quisiera colaborar, escriba unas palabras para un Ulises extraordinario y único que tendría su lápida mortuoria comenzando así: «El último Epitafio digno para un Ulises ejemplar». Y debajo, el espacio ocioso, en espera del texto que supuestamente escribirá el mismo bandido.

Cuando mandaron al experto tallador, Anel Vitruvio, a que seleccionara la piedra e hiciera su tarea, Anel suprime cinco palabras, porque no le queda suficiente lugar al enunciado en la estupenda pieza que buscó en la cantera más allá de los confines de Covadonga. En el momento que la presenta a las ancianas, quienes la expondrían en el parque, ha quedado de esta manera: «El último epitafio».

El domingo siguiente, le comunican al paciente que, el cura Rolando Pohada Perofo vendría a visitarlo y ofrecerle la extremaunción, y sonrío, comprendiendo la situación extrema de su salud. Lllaman al médico.

—Quiero confesar —dice Ulises.

—Por fin habla —dice Oni Hilda, contenta.

Todos acuden.

—Cuenta, amigo, cuenta —dice el cabo— ¿Quién te maltrató salvajemente?

—No sé.

El médico llega, ve el estado en que se encuentra su paciente.

—Calma Ulises —le dice—, me dijeron que quieres hablar conmigo.

—Quiero hablarle, a solas.

Pacomio pide a la señora Oni Hilda Lúpez Palomares, enfermera en su

hora de descanso, que espere afuera, igual con el cabo Primo Paterno, quien no dejaba el puesto de vigilancia ni para comer. Peón, Avito, Dositeo y Fin buscan la salida. Se quedan solos.

—Acérquese —dice Ulises con dificultad.

Pacomio toma asiento junto al camastro y pega su oído a la boca del enfermo.

—Yo yo tengo una enfermedad.

—Ya lo sé —dice el médico, comprensivo—. Pero tal condición no da derecho a que te maduren así.

—No, otra enfermedad.

—¿Otra? No entiendo.

—Ni yo —dice Ulises con una amplia sonrisa donde se notan dos dientes menos, que con seguridad aún estaban, ensangrentados, en algún rincón de su casa.

— ¡Vaya! —Exclama el médico—. Estamos fritos.

Ulises ríe, pero denotando angustia. No haya cómo explicarle su situación. En eso entra el cura. Ha venido con dos acólitos y unas flores que deja sobre la mesita. Uno de los acólitos sale y regresa de inmediato con una cruz enorme, sin el Cristo clavado en ella. El médico sale y el cura se acerca a la cara de Ulises, le habla:

—Un día me dijiste que solo creerías en Él, si aparecía frente a ti.

—Y ¿dónde está? —Pregunta Ulises, con bastante dificultad, pero sin reflejar dolor alguno.

—No lo sé —dice el cura—. Ha desaparecido sin dejar huellas; supongo que vino a verte o, en el mejor de los casos te salvó de la muerte, porque ya me han jurado que te dieron por muerto. Y aquí estás, vivito y coleando.

Ulises recibe la observación con alegría.

—Hace mucho me cuida.

—Luego, entonces, ¿por qué aquella vez me dijiste que dudabas de su estancia entre nosotros?

—Para que me dejara tranquilo.

—Pero Ulises, hijo mío, es nuestro Dios ¿Cómo te atreves?

—Me dejara un momento y tuviera tiempo para los otros que que siempre andan quejándose por todo.

Los presentes, hasta el cura, guardaron silencio. Oni Hilda siente que una lágrima le rueda y trata de esconderla apartando su cara y poniendo el

dorso de la mano experimentada, de pantalla. Sin embargo, se da cuenta que no está sola, los demás sienten la trabazón en sus gargantas. De alguna manera Jesucristo está allí y lo asiste, y ordena decir aquellas palabras que llevan tanta sabiduría, o copiando el estilo de Jesús, las dice Ulises, con soltura.

—Escuche padre Rolando quiero confesarme.

—No faltaba más, soy todo oídos.

Los presentes, que han invadido el cuartico detrás del cura, salen en silencio.

—Padre, aguanto el dolor, no tengo hambre y no tengo sueño.

—Bueno hijo, eso debes decirlo al doctor, yo curo enfermedades del alma. Lo tuyo debe ser una secuela de los golpazos que recibiste. Estás vivo de milagro.

—No padre, no es por los golpes.

—Bien, muy bien y ¿qué pecado hay en ello?

El muchacho piensa en la variedad de pecados que hay en el mundo. Ninguno encaja con su mal.

—Yo estoy enfermo con eso que me hace distinto, hace años.

—Ya lo sé, pero nuestro Dios no hace distinción en ello.

—No. Nadie sabe mi enfermedad. No es mi cara distinta. La tapé siempre por mi bien. Mi papi Manojó lo sabía y me dijo: No lo digas a nadie que la gente es mala y te maltratará. Y los médicos, me dijo, te hacen conejo de laboratorio.

—No entiendo qué pecado es ese —dice el cura, bajando la cabeza—. Pero me asustas, de veras. Explícame con detalles.

—Si me hieren, me quemán o me dan golpes, como el otro día, no me duele. ¿Es una enfermedad o la mano de Dios?

—La mano poderosa de Dios, hijo. Solo Él puede ofrecer tal condición sobrehumana.

—No me da sueño y ni ganas de comer.

Lo cierto es que, descansando el cuerpo, recupera la fuerza. No apetece nada y solo come con los placeres del gusto, no con los empujes del hambre. El cura trata de entender y asistirle.

—Sigue ahí la mano de Dios, hijo. Es un milagro.

—Debe ser. Dios me manda al mundo como un bobo, y que tenga miedo a la noche y se arrepiente luego y cambia mi vida dándome estos poderes.

—Seguro —dice el cura Rolando—. ¿Le temes a la noche?

—Sí, mucho.

—Es natural. Yo también le temo. La noche se volvió luz con las palabras de nuestro Señor. La noche es misterio y cobija la maldad.

—¿Eso me ayuda en algo, padre?

—No, pero ya sabes que somos dos.

Ulises sonrío y el cura se persigna tres veces seguidas y mira arriba buscando el cielo y se topa con los travesaños del edificio de madera.

—Entonces, ¿qué hago, padre? —Pregunta Ulises.

—Dímelo tú, hijo mío, ¿qué cosa debemos hacer?, ya que, a todas luces, el Supremo te ha dado esos adelantos para que nos ayudes a nosotros los débiles pecadores.

—Na nada. Solo que usted tiene que decirle al médico que le diga a la gente que me duele todo. Que por los golpes perdí sensaciones y las iré recuperando poco a poco. Eso.

—¿Que me asista nuestro Dios! ¿Por qué debo decirle al médico tal mentira pecaminosa?

—Porque es una mentira piadosa por el bien mío y de todos. Usted lo dirá y hará juramento como guarda una confesión. Como la guarda Pacomio en su juramento, sin el billete.

—El juramento de Hipócrates —interrumpe el cura.

—El mismo, sin billete. A mí no me creerán. Don Pacomio cura y usted es cura. —Se ríe Ulises del retruécano—. Solo Dios puede hacer este milagro a través de usted y taparlo a los otros.

—Solo Dios puede iluminar el pensamiento humano. Ya te entendí, pero ¿le creerán al médico el argumento de nuestra mentira piadosa?

—La gente de aquí lo cree todo, usted lo sabe.

—Es cierto. Lo mismo reza a nuestro Dios que consultan a la satánica Pepa, a mi espalda. Bien, yo me encargo. ¿Y la enfermera Oni Hilda? Seguramente que nos desmentirá o, ¿ya le dijiste?

—Lo sabe, es amiga —Ulises cierra sus ojos.

—El cabo también es su amigo. En este pueblo las mujeres no juran el billete con ninguna mano —dice el cura, sarcástico pero concedor.

—Ella es fiel, se lo aseguro. Ella jura con el corazón. ¿Qué billete es superior al corazón de una mujer?

—De acuerdo —dice el cura—. Quieres que yo guarde el secreto que ya es compartido. Doblemente lo haré, por mi condición de hombre de Dios y por mi hombría.

— ¿Tiene usted un billete?

El cura queda sorprendido, pero entiende. Desamarra el cingulo que aprieta su cintura y saca uno de la sotana negra y sus manos se posan tranquilas sobre el billete arrugado de la época de la segunda república española, que a todo covadomingo de respeto no le faltaría nunca en un bolsillo, sea cual sea su emisión y país de origen, y dice, como si fuera un ciudadano más:

—Juro. Y que Dios me perdone.

Ulises sale una noche del dispensario hospital, furtivo, como si estuviera preso, aunque sin decirle sus planes a nadie. Solo con la ayuda de Oni Hilda le deja un papel al médico Pacomio.

—Sabes qué hacer —le dice a ella—. Ahora no se trata de aquellos maleantes.

—Ya sé. Debe ser algo peor y temo por ti.

Ulises se desmorona. Le aprieta hasta la sábana que lo cubre, aunque debajo ya está vestido. Huele a Oni Hilda. El perfume de su pelo le sabe a Gloria, el aire que respira no compite con ella. Le quiere decir que la ama, pero sería una despedida dolorosa, mejor sonreírle, no como siempre, apretada la boca, sino con los dolorosos dos dientes faltantes y los sabrosos sentimientos que le asisten. Y sonrío abierto y ella le devuelve su afecto plantándole un beso en su mejilla como si fueran a quererse juntos y pegados por una eternidad. ¿Eso siente el muchacho? ¿Y ella?

Se despiden. Oni Hilda le entrega un caramelo, él sabe qué significado tiene. Ulises trata de llegar a la casa del alcalde con bastante dificultad y cuidados, aunque no le duela el andar. Una hora antes la campana había tocado las seis.

Cuando llega a la casa en Cristo y Tortosa se introduce sin sonar los goznes herrumbrosos, busca un papel y escribe el nombre del asesino. Lo señala en el Diario del alcalde Potasio y no lo mete bajo la alfombra, tiene otro escondite seguro, pero hace el paripé de dejarlo allí. Sale y deja la puerta abierta, a propósito. Encamina sus pasos inciertos a su casa, cuarenta pasos tambaleantes y dado su estado deplorable, a cinco minutos de allí.

Apuntes de Potasio

Miércoles 5 de julio. Otro muerto. Queda claro que la maldición se mantiene. Hoy le tocó a Tecla Palomillo, de muerte natural. Muchos años se destacó en el almacén y el bazar. Pobre viuda que nunca pudo recuperarse de la fuga del hijo. Huyó del pueblo su única descendencia que jamás dio señales de vida. Ella lo buscaría como loca y dicen que pagó a alguien para localizarlo hasta debajo de la tierra. Gastó su pequeña fortuna en el muchacho. Vivía casi de la caridad pública. Mandé a Ismael a que la asistiera, pero se negó. Dijo que ella no era de su incumbencia. Ulises dejó una nota interesante:

«El barbero, inteligente como burro. Requiere mujer. No tiene pelos en el cuerpo ni en la lengua. Ojos de mono Lili y boca de majá».

«El chofer. Boca falsa, cabeza mala, manos de sangre, alto, fuerte, loco, matador».

Un hombre fuerte lo golpeó, ¿Será el Ismael desmadrado, el mismo que mató? Eso lo mantengo en la duda, por ahora, pero si resultara seguro, lo buscaré y lo apretaré hasta ahogarlo con mis manos. Ulises sabe del otro y no se atreve a escribirlo, es más fácil que el nombre de su tío Pocho, el matador inocente ¿Ya lo sabe todo? Iré mañana a verlo y como su padre que soy y le diré las verdades que él debe saber.



Covadonga

11

Luego que deja la nota en casa del alcalde, una nota, y la otra en un lugar que solo alguien desconocido debe recoger, Ulises va a su casa. Camina con dificultad, no está práctico con la muleta que le prestó Restituta Pontezuelo, la bibliotecaria y enfermera, que ella afirma perteneció al pirata arrepentido cofundador del pueblo, y eso lo alegra, aunque piensa: ¿Y la muleta de la estatua? Recordó sus palabras:

«Que le contaba su abuela que la muleta la talló el mismo Canuto Palomillo de las Quijadas, el cuarto agosto cofundador, de un madero que sacó de un barco fantasma que iba flotando a la deriva, perteneciente a la flota del famoso Morgan o Barbarroja. Cuando comenzó a tallarla, en una sola pieza, escuchó un sonido similar al llanto, y cada vez que iniciaba con un nuevo corte, el cuchillo perdía el filo y el sollozo aumentaba. Así dejó de labrar el madero y en uno de los puertos, buscó al más viejo marino que era ciego y revelaba, a través de las manos del cliente, cuál sería su destino. Fue a verlo y le preguntó por aquel madero llorón.

—Es de una especie única de palo usado por los chinos en la antigüedad y que nadie puede tallar, dijo el anciano; no se dejará desollar a menos que, de su mitad hagas un árbol.

—¿Cómo así? —preguntó el pirata cojo.

—Debes sembrar la mitad, de la parte más ancha, en un lugar seco, pero cerca de un arroyo y dejar que crezca hasta la edad de diez años. De su tercera rama, si cuentas de abajo hacia arriba, sacas un bastón con forma de culebra. El bastón lo tallarás primero, luego la muleta.

—¿Qué haré con el bastón? —Preguntó.

—Me lo traerás a mí, yo sé qué debo hacer. Y si no cumples recaerá en ti y al lugar que habites una maldición que durará cien años.

Así quedaron de acuerdo. Para cumplir con su parte Canuto llegó a estas tierras, sembró el pedazo del madero y brotaron las primeras hojas de un roble amarillo. A los diez años cortó la tercera rama y talló el bastón y la muleta. Pero nunca fue a llevarle el bastón al anciano, por eso, comenzaron a sufrir los primeros habitantes la «Maldición del Bastón» Que nadie,

excepto ellos, los primeros, podrían fijar su morada aquí y que se multiplicarían solo los cinco primeros apellidos con P de los fundadores. Y se ha cumplido esta profecía maléfica del anciano hasta hoy en día».

Por eso, se dijo Ulises, si pongo la oreja al tronco, muy atento, escucharé clamores de marineros en abordaje de muerte.

Allí, en su casa, buscará Ulises algo que le hace falta para acabar con sus deducciones. Entra y sabe que encontrará lo que busca. No es un objeto, es una confesión y va a su encuentro. Cuando intenta salir alguien le detiene. Ulises lo esperaba. Lleva una capa de goma y una capucha de verdugo por donde asoman dos ojos afiebrados, más absortos que humanos.

Afuera se escucha el bullicio remoto de la noche que se embaraza con el silencio y deja que las ánimas callejeen y los miedos crezcan y los sueños confundan y la vida holgazanee y la muerte ponga zancadillas.

El encapuchado lo golpea tantas veces que Ulises no puede resistir el asalto de búfalo en celo. Se protege con las manos en alto, fabricando una cruz ilusoria, defensiva, ineficaz, aunque ahuyentadora de los malos espíritus. Pero la fe no acierta con aquel diablo enloquecido que tiene al frente y no está preparado Ulises para estas embestidas sin la protección más corriente de un hombre, que suele ser la fortaleza física o una habilidad de gallo fino para la pelea. Ninguna suerte lo acompaña en la hora fatal y repetida de recibir los impactos contundentes desmadrados de una fiera despiadada y letal, abusadora de su blandura de cuerpo de muchacho con incapacidades palpables, que, aunque ha superado niveles al parecer insuperables, termina impotente frente a la naturaleza hostil de los hombres, cuando estos resuelven conducirse desde su estado natural de barbarie.

Pero le queda un arma, su única arma, la palabra. Apartándose los golpes como puede, le pregunta al tipo:

— ¿Por qué?

El hombre trae la cara disfrazada y un destino sórdido, de matador. Hay placer en el abusador. Revelarle sus instintos asesinos a la víctima sería como adobar con sal un plato exquisito. Contesta, arrebatado:

—Sabes mucho.

Ulises no sabe todo. En un esfuerzo supremo, derribado de un golpetazo contundente, lanza otra pregunta, quizá la última:

— ¿El veneno?

—Pensé que lo sabías —dice el tipo.

A Ulises no le queda aliento para otra pregunta. Por el caos de sus desordenados pensamientos quiere meterse. Le parece que sus preguntas carecen de algún fin o que irían a parar a ninguna parte. Pero decide la última:

— ¿Por qué mata?

El hombre no se puede contener. Existe un placer en hablar de su condición, detallar los por qué, saborear en el paladar de su mente enferma la angustia de la víctima y en la boca, su sangre. Se despacha.

—Me gusta matar. No solo envenené, hice que Pocho apuñalara. Me haré rico y tú no lo podrás evitar.

—Y... ¿el alcalde? —Habla Ulises, desvanecido.

—Te lo puedes imaginar. ¡Ya te enteras, pedazo de basura! ¿A quién se lo vas a contar cuando te vayas del mundo, al augusto primero Pelayo Ponte Consuegra o al mismísimo Dios que no te oye nunca?

A cada golpe, una palabra testimonio y un silencio como respuesta de Ulises, quien entiende de las consecuencias de la brutalidad, pero no despide por su boca rajada un gemido porque no siente dolor y no puede, o no quiere, fingir que le duele. ¿Bastaría un grito para detener al agresor sádico que desea oírlo llorar y pedir clemencia? Por eso más golpes, peores consecuencias. Ulises se desploma. Antes de que su agresor deje de golpearlo, dirige una mirada sin destino, y sin que le brillen los ojos ni la boca le sepa al sabroso mango, sonrío y queda inconsciente.

Ha caído el roble silencioso, sin quejuras. El encapuchado saca un arma y le dispara, dos veces. No se asegura de que esté muerto, no hace falta. Lo arrastra, lo monta a la espalda, lo lleva hasta el muelle, lo atraviesa en el lomo del viejo caballo usado en las bodas y toma el camino del sur, orillando las aguas del riachuelo, para luego nortear hacia el cementerio del fortín.

En el hospital cunde el pánico. Ulises ha desaparecido. Es responsable la vieja enfermera doña Mary Cardete. En su turno voluntario el convaleciente burló la vigilancia y el cabo Paterno, al parecer, salió justo a tiempo para favorecer la escapada. A Oni Hilda la increpan con desmedida desconsideración, pero esta noble mujer aguanta en nombre de su amigo, del Ulises convertido en su héroe, en respaldo de sus planes tremendos en los que ella confía. El alcalde se horroriza, sabe que Ulises estuvo en su casa, pero no puede decirlo.

Esa noche nadie duerme, y todos se sienten culpables y escudriñan con desesperación, alguien advierte:

— ¡Busquen por todos los rincones habidos y por haber!

Pero no aparecen ni rastro de Ulises. Al otro día nadie sabe del enfermo escapado. No está por ninguna parte conocida de sus andanzas. La alarma se emite por el telégrafo a otros pueblos y alguien encuentra rastros de sangre en la casa del desaparecido.

— ¡Busque a Venancio! —Le grita el alcalde a su chofer Ismael.

— ¿A Venancio?

—Ya escuchaste. Y luego quiero hablar contigo.

Venancio rastrea. Encuentra unas marcas invisibles para ojos inexpertos. Ni los perros podrían hacerlo mejor. Unas gotas de sangre lo conducen hasta el muelle, allí desaparece el rastro de gente y ve los cascos hundidos del caballo.

— ¿El caballo anda suelto? —Pregunta.

—Puede ser. Nadie le cierra la talanquera y corretea cuanto quiere por las noches.

—De todas formas, que busquen por el potrero, con rumbo al fortín español —dice Venancio.

— ¿Ahora me creen? —Pregunta el cabo—. Anoche escuché tiros, les dije que escuché tiros y nadie me creyó.

—Yo creo que Ulises escapó —dice Ismael y todos lo miran, enojados.

— ¿Qué quieres decir? —Pregunta Venancio.

—Eso. Si es culpable lo primero que haría cualquiera sería marcharse hacia las quimbambas.

— ¿Culpable de qué, come tusa? —Lo agrade Venancio.

—Bien, creo que tomó rumbo al mar —concluye el alcalde Potasio—. Debemos buscarlo fuera del caserío. Y tú, Ismael, ven conmigo.

Embarcan tres hombres con Venancio, quien pone proa a la confluencia del Pontezuelo con el río Mayarí, y de allí a la Bahía de Nipe. Otro grupo se dispone a recorrer el camino soleado a Felicidad y los demás se dividen hacia el potrero y a esperar y mantener un rezo constante para que aparezca.

Los covadomingos se afligen, de rabia y congoja. ¿Será que el asesino sabe que Ulises sabe? Se preguntan.

El alcalde conoce parte de la verdad y calla. Para resarcir la falta lanza una orden: «Nadie queda en casa. Todos a encontrar a Ulises».

Nadie queda en casa, ni las rezadoras compulsivas, ni las plañideras, que las hay, las que contadas veces sacan sus narices fuera. Covadonga la Fuerte queda deshabitada. Todos y cada uno busca fuera de allí, en la orilla del arroyo, en la cabezada, en los mangales, los potreros, el cementerio, la Fuente de la Piedra. Buscan en grietas donde quepa la mitad de Ulises, escudriñan una sombra, olfatean el último aliento, hurgan en todo lugar menos en la choza maldecida del chino Catulo, que provoca en la gente una angustia de muerte. La maldición del chino capado en su juventud pesa en la conciencia de la gente, tanto que temen pronunciar su nombre.

El alcalde habla con Ismael. La tensión entre ellos se vuelve tensa.

—Ya sabes que no puedes culpar a Ulises. ¿Qué te propones?

—Hallar un culpable, para salvarlo a usted —dice con ironías Ismael.

—Quiero que te metas en mi oficina y esperes allí. Tenemos que decidir este asunto. Espérame.

Al atardecer ha desaparecido Ismael. El alcalde sospechaba ese golpe y se siente contento. Sabe que es un enemigo peligroso. Al menos, estando lejos, lo puede culpar y atraer las miradas hacia él.

Pasan los días desalentadores. Ulises no aparece ni vivo ni muerto. Se escabulló por una grieta del anochecer.

—A Ulises —dicen las ancianas crédulas y espantadas—, se lo llevó el enano Salvador.

Solo la sangre es el rastro que denuncia una posibilidad que todos pretenden desconocer y la fuga de Ismael levanta sospechas bien fundadas y crece la idea de que ha matado al pobre Ulises. El alcalde decide tomar un rumbo que, no obstante parecer el mejor camino para encontrar al desaparecido, resultará un disparate: «Llamar al teniente, enemigo de Ulises, al irreverente Torrealta, para que se haga cargo del caso». Pide lo autoricen actuar y aceptan los covadomingos, que, en casos extremos, como aquel, tienen la potestad de tumulto para vetar o aprobar.

Apuntes de Potasio

Miércoles 12. Los días pasan. Ni rastro del desafortunado Ulises. Mañana llega el teniente Torrealta. Le tengo una pista. Ha desaparecido también mi chofer, pero no porque fuera muerto, como suponemos a Ulises. El taimado Ismael escapó, estoy seguro de que algo tiene que ver con la suerte de nuestro amigo y por el momento no puedo explicárselo a él ni a mi pueblo.

Pedí permiso a la Matrona Mayor para clausurar con clavos la puerta del cuarto de Ismael o quemarlo. Autorizaron la clausura.

Se ahorcó Fileto, hijo de Bello Hermoso Delgato Pontezuelo, el único ladrón que hubo en todos los tiempos. Los del pueblo sienten un alivio que comparto: si este miércoles murió Fileto, significa que Ulises está vivo. Dos muertos un mismo día no ha ocurrido nunca. Han hecho memoria las que pueden contar los sucesos:

«Bello Hermoso comenzó robando palillos de tendederas y terminó metiéndose en las casas, en ausencia de los moradores, a robar comida u otra cualquier cosa que, pensándolo bien, no valdría la pena condenarle de por vida, y así lo determinaron los vecinos.

Una vez que alguien descubría la falta de un objeto, iban a buscar a Bello Hermoso y lo prendían hasta que confesaba su incierta culpa. Al pobre ladrón de cacharros y nimiedades, lo condenaron al fin a que mostrara sus miserias por los cuatro rincones. Pasearon al desvestido infeliz por varios caseríos cercanos. Bello se enroscaba para desaparecer del mundo real y que nadie le viera el espanto en la mirada y la desvergüenza de la desnudez y rezaba con lo poco que aprendió de rezos al Dios que él nunca le puso atención sincera y tal vez arrepentido le pedía —con nueve dedos, pues llevaba amputado un pulgar— no lo abandonara en aquella hora de descalabros.

Llevaba un cartel a su cuello, como un sambenito, que hacía por desaparecer dentro de los hombros abatidos y decía, en letras negras desorbitadas por la cruel intención del escribiente: «SOY ROBON».

Y el paso de babosa de la carreta en que lo exhibían empeoraba su situación de ocultamiento y el castigado paseador miraba sin ver a nadie y ya de regreso, su figura no era humana sino de chipoyo desnutrido y pegado

al palo y con su mismo color por la facilidad de cambiar el pellejo de chipoyo.

Pero el hombre, tal vez como Dimas, el ladrón arrepentido a la diestra de Jesús atesoraba una vergüenza u ocultaba la culpa. En cualquier caso, no soportó que lo pasearan por el pueblo con el cartel que anunciaba su ignominiosa actitud. Lo peor fue que lo mandan luego, por varios días de exposición itinerante por otros pueblos, con un cucurucho en su cabeza, justo el que imponían al niño malo en la escuela y que todos aborrecían. Cuando lo regresaron, para otorgarle el perdón, descolocado ya en el mundo, se ahorcó del roble amarillo del parque. Y entonces determinaron no enterrarlo en Covadonga la Fuerte, siendo el único muerto que tenemos fuera de aquí —hasta el momento—, y luego arrancaron su casa y la incineraron con plantas olorosas y las cenizas de, tres días ardiendo la madera de pino, la metieron en sacos dobles y fueron enviadas con un solo testigo a los infiernos de nadie sabe dónde, y el rastro de sus orígenes lo desaparecieron de la memoria».

Fileto no fue ladrón como su progenitor, pero era vago y malcriado y a fin de cuentas lo seguiría al Infierno. Se ahorcó en la misma rama del roble que usó aquel, como un homenaje deslucido y mal visto. Como a su padre, lo mandé a enterrar fuera de aquí donde nadie supiera, ni el ángel que lo viniera a buscar, caso que fuera un ángel bueno, pues los ángeles que llaman caídos lo saben todo. Pero las ancianas se negaron a mi acción, dicen que no se ahorcó, que lo sometieron a ese final impuro. El cabo Paterno ha tenido una idea de epitafio que Anel talló en piedra y lo fueron a sepultar sin velatorio en el cementerio: «Me fui»

Su casa queda en cuarentena para luego repartir los bienes que tenía, supongo no muchos, luego arderá la vieja madera de pino.

Apareció un cartel en la barbería que reza:

«Quedamos 258. ¿Quién es el próximo?» Algunos no están de acuerdo, alegan: Ulises está desaparecido y el chofer escapó. Quedamos 260. Además, digo yo, es cosa rara que ahora se preocupen los vecinos por asunto tan natural, que nunca los inquietó ni, aunque los tocara de cerca. Piensan que Ismael está detrás de este aviso futurista y pernicioso.

El cartel era, asimismo, frustrante y espantoso: Nos quedaba con vida de pueblo, sacando bien las cuentas y suponiendo que se cumpliera la apocalíptica sentencia, 4 años y 10 meses. 26 muertos más, hasta diciembre:

1912= 234	
54 por año.....	1913= 54
	1914= <u>54</u>
	Quedan 130
.....	1915= 54
	1916= <u>54</u>
	Quedan 22

El miércoles 25 de mayo de 1917 morirá el último ser viviente. ¿De qué morirá? ¿De enfermedad rara o conocida? ¿Quién será el desafortunado que se verá obligado a enterrarse él mismo? Se enfrentará con la realidad espantosa de atentar contra su propia existencia a fin de sortear la agonía del esperado encuentro. Todos estos cálculos serían ciertos suponiendo que Ulises esté vivo y aparezca Ismael y no haya epidemias contagiosas, ni guerra ni ocurra un milagro de Dios para salvarnos.

Aparece otro cartel al pie de la estatua de Canuto Palomillo de las Quijadas. El papel que dejaron las mujeres para el maltratador. Lo dejaron justo a los pies suspendidos de Fileto. Lo recogí y guardé. A las cuatro mujeres que estuvieron presentes les pedí no hablaran del asunto, aunque ellas deben regirse por las leyes de las *Memorias* —no pueden callar si alguien pregunta.

El epitafio escrito para Ulises pretendo mantenerlo en reserva hasta que aparezca el autor. ¿Será posible que el mismo Fileto lo matara?, me preguntaron. No, no es posible, respondí a todos.

Venancio Pepo Pescador



*Fotografia
Sandalo*

Covadonga

12

Al investigador Torrealta lo conmueve la extensa explicación del alcalde y se siente sinceramente arrepentido de su comportamiento con Ulises, de llegar tarde. El alcalde no le participa de todo lo acontecido. Guarda el secreto de los descubrimientos de su muchacho como un tesoro recóndito, aunque ni el mismo pueblo sepa toda la verdad, y él no ha resuelto si debe silenciarla o abrirla en público.

Lo primero que hace el teniente Torrealta es visitar varias mujeres del caserío seleccionadas al azar, luego redacta varios telégrafos dirigidos a algunos colaboradores de toda la provincia de Oriente, suponiendo que a Ismael no le habría dado tiempo de escapar hacia los rincones inciertos del universo. Al fin decide darse una vuelta por la casa de Ulises. Allí no solo desmenuza evidencias, sino que constata los relatos del alcalde y comprende las angustias del muchacho desaparecido. No da con las verdades que desea desnudar, pero descubre los interiores vastos de Ulises solo con caminar la pequeña casa, el cuarto acomodado, la cocina como si nunca se cociera ni un huevo; en los rincones, donde se nota la mano cuidadosa de aquel a quien tanto admirara por sus muestras de sabiduría. Recordó la línea que le gustara de unos versos leídos en su juventud: «La rosa blanca no sangra en el rosal...».

El alcalde Potasio lo sigue. Todo el tiempo permanece en silencio mientras el teniente interroga con su vista y olfato de policía los mudos testigos de la paliza que recibiera el presunto desaparecido. Hasta que lo enfrenta, sin esconder el malestar dibujado en su rostro.

—Regresará —dice el teniente para animarlo.

— ¿Ulises? ¿Está seguro? —Se alegra Potasio.

—No, Ismael. Tiene que regresar, de alguna manera lo hará.

—No es posible. A estas horas estará llegando a Jamaica si pensara lo contrario de usted.

—Si pensara como tú piensas, sí, alcalde Potasio —alega el teniente en su defensa.

— ¿Por qué regresaría?

—Dejó un rastro y tiene que borrarlo.

— ¿Rastro? Como no sea su churre y el cuarto desocupado y que solo

nos dejó las ganas de quemarlo. No le metí candela por la negación de las matronas.

—Un par de pistas de carne y hueso —dice el policía—. Dos testigos importantes.

El alcalde se estremece. Él podría ser un testigo y su hermano Pocho otro, y ambos, víctimas del matador. Mantiene la capacidad de no demostrar su inquietud y de negarle la información que guarda.

— ¿Testigos? —Tiembra por dentro

— ¿Crees que el tal Fileto se puso la soga él mismo? —Pregunta el teniente, de golpe.

—Todos le vimos en el parque —dice el alcalde, inseguro—, y era muy capaz de tal desatino.

— ¿Qué motivos tendría Fileto para ahorcarse?

—No se sabe. Quizá seguir el mal ejemplo del que no puedo nombrar siquiera, el padre robador.

—Alguien lo ayudó —asegura el teniente—. De eso y de que estoy aquí en Covadonga la Fuerte, frente al alcalde, estoy convencido.

— ¿Sabes quién fue? —Pregunta el alcalde, sin ajustarse a la sinceridad. En realidad, no le interesa la muerte de Fileto.

—Ulises —dice el teniente, distraído.

— ¡Por Dios santo! ¿Qué Ulises ahorcó a Fileto?

—No, no, no. Quise decir, que Ulises y Fileto son los dos testigos.

— ¡Válgame Dios! ¿Significa, entonces, que nuestro Ulises, está vivo?

—No lo puedo afirmar. Pero ya mandé avisos para que el matón lo crea vivo, y es preciso que usted comente por el pueblo que lo está, es la sardina que necesito para que aparezca el pez grande.

—Claro, claro. Ahora mismo lo comunico al periódico de San Gregorio. Se enterarán hasta en la China. ¿Y qué haremos si aparece?

— ¿Quién?

—El desgraciado matador.

—Mientras tanto Dios lo perdona, para mí sigue siendo Ismael el culpable de todo —dice el teniente—. Y es un tipo peligroso. Donde lo encuentre lo enfrío, sin preguntarle su última voluntad.

—Con relación a Fileto —retorna el alcalde—. Usted asegura que no murió por su voluntad.

—Claro que no.

— ¿Por qué tan seguro?

—Porque soy policía.

—Sea más considerado conmigo, por favor.

—Por el cartel y otras señales sueltas que descubrí por ahí.

—El cartel que pusieron en la barbería no tiene relación con Fileto, digo yo.

—Y yo digo que sí, pues me refiero al cartel del parque —dice el teniente con una sonrisa pícaro.

El alcalde Potasio se sobresalta. Al teniente ya lo informaron sobre el epitafio de Ulises. El teniente aprendió algunas cosas sueltas del pueblo enigmático y una de ellas es que las contadoras están obligadas a contar, aunque él se moleste porque lo hagan con un forastero.

—Entonces, usted sabe.

—Solo te recuerdo una cosa, Potasio. Tú me contrataste para solucionar la desaparición de Ulises y buscar al culpable. No debes ocultarme información.

—Perdone. Lo mantendré al tanto de todo.

—Eso espero —concluye el teniente Torrealta, y agrega—: Ya sé que eres un alcalde al que consideran anarquista. Sin embargo, existen reglas que debemos obedecer.

—Con todo respeto, teniente, usted a sus reglas y yo a las mías.

—De manera que, según veo, los de Provincia no tienen en cuenta tus arbitrariedades.

—No tengo salario por mi trabajo —dice Potasio, sonriente—, vivo de mis negocios. Mejor, así no podrán exigir que enderece mis descuidos ni me pongan trabas ni me envainen como una espada ni tuerzan para su conveniencia lo que pienso y digo.

Torrealta abandona la casa de Ulises y se encamina al hotel Mascota. Toma su arma y va directo a consultar al médico Pacomio, en el camino recuerda el sistema de comunicación que Ullises le dijera: «Busca el papel en el poste frente a mi casa». ¿Cómo pudo olvidarlo? Fue hasta el poste y encontró el papel. Lo leyó y casi echa a correr.

Sofríen, en alguna sartén, un compuesto de ajíes, cebollas y chicharrones que le llega al teniente como una invitación tormentosa al paraíso. No puede apartar de sus ganas la cocina de Covadonga. Se detiene en

cada olor que le llega. Cierra sus ojos. Huele como si pretendiera respirar para sumergirse en los placeres del mar de los condomios. Lo sorprende la camarera Oni Hilda.

— ¿Lleva prisa?

—Las que caben —responde con recelo de policía.

— ¿Puedo hablarle de Ulises?

—Claro ¿qué sabes de él?

—Nada en concreto, por eso dudo. Pero tengo la certeza de que lo tienen encerrado en alguna parte, vivo.

— ¿Cómo lo sabes?

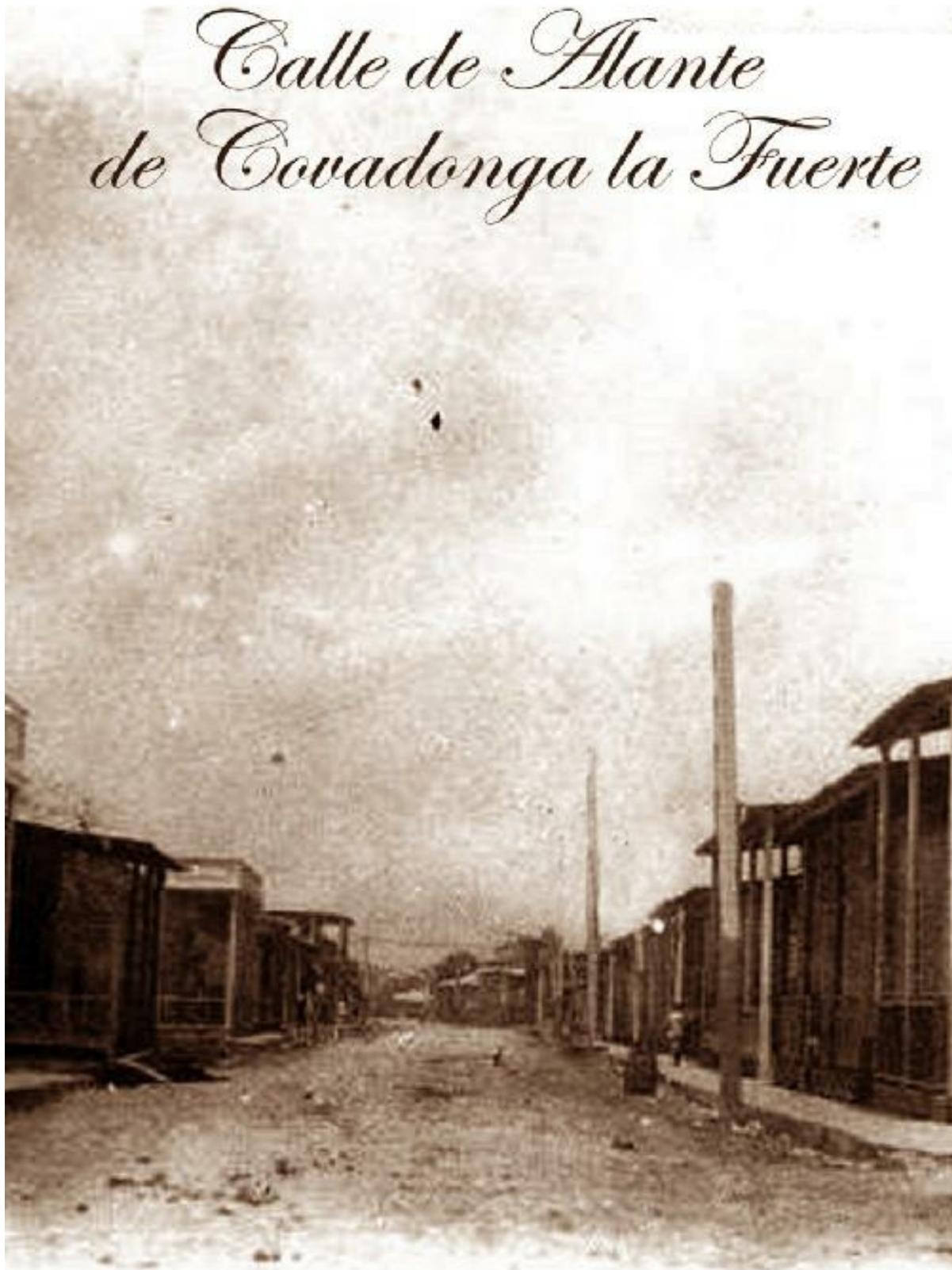
—Una corazonada.

— ¡Vaya! Una corazonada. Con ella no podemos buscarlo, solamente es una corazonada.

—Lo sé, por eso dudo. Pero una mujer siente cosas que no puede explicar y hágame caso. Yo presiento que está vivo y encerrado aquí en el pueblo. Vaya a consultar al médico Pacomio.

—Sí, ya comprendo. Las mujeres de este pueblo no se equivocan en sus predicciones.

*Calle de Alante
de Covadonga la Fuerte*



El homicida

El teniente balancea en su mente las palabras de la camarera. Lee la nota de Ulises, donde le pone el nombre del asesino y la complicidad de otros. Encuentra que Oni Hilda lleva razón. Además, no hay otro asidero donde sustentar una búsqueda y de nuevo, a la mente de policía, llega la anécdota del ciego Peleo. Entonces, solo entonces comprende que las frases lunáticas de las ancianas, bien medidas, dicen lo que tienen de realidad adentro. A la pregunta de dónde correría, recuerda que Ismael respondió: «A mi cuarto». Y lo dijo casi sin respirar.

—Señora Oni Hilda ¿dónde queda el cuarto de Ismael?

—En el trasero de la casa del alcalde.

— ¿Dónde está el cabo Paterno?

— ¿Qué? —Pregunta, indecisa.

—Es el único que sabe dónde están todos y quiero conocer el derrotero del alcalde y que me lleve al cuarto de Ismael.

—El alcalde Potasio está ahora en su casa.

— ¿Me acompañas?

A la carrera hacen el tramo de una cuadra. Encuentran al alcalde en su oficina. Ni siquiera son formales. La pregunta del teniente es directa y clara.

—Alcalde, ¿registró el cuarto de Ismael?

— ¿Yo? No... —Duda, con los ojos atónitos— ¿Por qué?

—Vamos. Y prepárate para la sorpresa, ahí está el hombre que buscamos.

El alcalde va pensando en Ulises, Ismael o en otro desconocido cualquiera, por eso lo detiene:

— ¿Quién dice usted que está en el cuarto?

—No preguntes y sígueme.

En frente de la puerta, el Torrealta duda.

—La cerré a cal y canto —dice el alcalde— y no hay ventanas ni otra puerta, solo esta del frente. Era la cárcel en tiempos de mi difunto padre, cuando llevaba la alcaldía a su espalda.

No pueden empujar la muralla de la puerta con una simple patada. El cuartucho es una fortaleza y las tablas cruzadas en ella llevan encajados unos clavos de enormes cabezas. Potasio llama a las sirvientas, Rafaela y Dolores,

quienes le traen un martillo y con él no pueden despegar una sola de las tablas. Las sirvientas van a la casa y regresan con una pata de cabra. Fuerzan la robustez de la entrada. Las tablas crujen y ceden.

—No creo necesario este destrozo —dice el alcalde—. Aquí no puede entrar nadie.

Abren y descubren el reguero de la pocilga; cucarachas y arañas y otros bichos, lo adornan. Hay una pequeña salita con mesa y taburete, y un reguero de latas y artefactos de cocina y un cuchillo con sangre vieja. El policía lo toma y exclama:

— ¡Vaya! La evidencia del crimen. Con este lo apuñalaron.

Potasio enmudece. El detective lo deja en la mesa. Mira todo, hasta una babosa que trepa por la pared. El abandono es patético. Una puerta a la izquierda lo mete en el cuartucho desatendido que apesta a carne podrida. Un camastro apenas sobresaliendo del piso y el caos de buhardilla donde parece que anidaran bandidos fugitivos. El jaleo de murciélagos colgados los asusta. No hay que mirar mucho para entender que alguien ha vivido allí en los últimos tiempos. El ruido de animal asustado huyendo, en el exterior, hace que el teniente mire por una ranura y logre ver la figura fugaz del presunto homicida que corre como un galgo, adentrándose en el bosque de mangos y hierbazales.

—Ahí va —grita y se desprende a correr puertas afuera, para detenerle.

En la frontera del descampado y el bosque decide no seguirlo, ya que, según Potasio: «quien sea que ande y desande por aquí, se conoce los recovecos del pueblo como ningún otro».

— ¿Cree usted que sea Ismael? —Pregunta el alcalde.

El teniente no responde. Siente que la mano le tiembla y guarda el arma. Busca en el cuartucho infesto una pista que lo lleve al primer resultado positivo de su presentimiento. Va al camastro y cuando lo arrastra descubre una tapa en el piso entablado, que levanta sin cautela, sin temerle a una trampa, sin sentirse intimidado por un imprevisto. Y allí está el hueco.

—Entrada y salida —dice lacónico.

—Nunca lo sospeché —se lamenta el alcalde—. ¿Cree usted que sea Ismael?

—Quién sea, llevaba aquí mucho tiempo. En el supuesto caso que sea él... ¿Qué asunto lo detiene en Covadonga? —Mira a Potasio, suspicaz.

—Yo me hago la misma pregunta —dice este.

—Piense, alcalde Potasio, piense. O este tipo no tiene dónde ir o espera algo en Covadonga. Piense y luego me responde.

Temprano en la mañana el teniente decide atar algunos cabos sueltos. Son cuestiones de hábitos a los cuales nunca le dio importancia. Va en busca de la Matrona de turno.

Buenos días —le dice a Balbina.

— ¿Usted cree que lo son? —Responde ella.

—Bien. Yo solo quiero que me digas una cosa. ¿Por qué nadie va a la casa del chino?

— ¿El chino? ¡Dios nos perdone la mala obra! ¿Por qué quiere saberlo?

—Tengo una palpitación.

—Después que los próceres le asediaron para que él mismo se capara, ocurrieron acontecimientos desagradables, pero nunca dejó de alimentarnos con su huerta. Ahora estamos en la prángana. Su muerte extinguió toda maldición, pero nadie se acercaría a la choza, por si acaso.

— ¿Nadie, dices?

—Bueno, a lo mejor aquellos que no sean ciudadanos de la patria se atreven.

El teniente cae de plano en lo que presiente. Por si las dudas, va en busca del médico Pacomio. Lo encuentra preparando unos brebajes que de ellos emana un penetrante aroma de la menta y la cebolla. Toca en el marco de la puerta abierta del dispensario.

— ¿Se puede? —Dice, con una sonrisa seca.

—Pase teniente.

— ¿Algún enfermo de gravedad?

—Nada que no pueda la medicina, si Dios da los permisos necesarios para evitar una desgracia.

Sobre la mesa, varios pomos ambarinos, una balanza, un embudo y un gran pilón de piedra para machacar sustancias sólidas y plantas medicinales. El teniente sostiene unas hojas y mientras las huele pregunta:

— ¿Existe algo que anule los venenos?

—Sí, la muerte —dice Pacomio.

—Yo digo un brebaje de planta milagrosa.

—Hablan de ellas los libros de medicina, pero no vi ninguna por estos

mundos.

—Entonces, al desgraciado que envenenen no se le podría salvar con ninguna sambumbia.

— ¿A quién envenenaron?

—A nadie, solo digo.

—Si da tiempo para una limpieza de estómago, va y se salva, dependiendo del tóxico ingerido.

El teniente Torrealta mira fijo al médico. Quiere preguntar muchas cosas y no le sale ninguna. Se fija en un gajo vistoso que le salen, amenazadores, varios frutos pardos rojizos. Los ve raros, como huevos erizados de pelos gruesos, espinosos. De uno abierto, como la boca de un pichón de pájaro hambriento, brotan semillas pequeñas de un rojo encendido.

— ¿Qué es esto? —Pregunta.

—Es bija.

— ¿Para qué sirve?

—Da esas semillas que dicen achiote, se hacen colorantes con ellas y se usa en la cocina.

— ¿En la cocina?

—También sirve en la medicina.

El teniente alza el ramillete y huele. No recibe ningún aroma esperado. Casi le exige al médico Pacomio, con ojos de policía, que siga explicando.

—Sirve para curar —dice Pacomio apartando su vista—. Cicatriza heridas y es purgativo.

El teniente Torrealta mira otra vez al médico Pacomio, con el descaro de quien ofende. Aquella estampa suya hablaba mucho de sus correrías. Parecía un explorador o un soldado que va de campaña, con botas altas, polainas, sombrero, cuchillo al cinto y cantimplora de lata. Solo le faltaba el fusil.

— ¿Te acompaño? —Pregunta mirando los frascos sobre otra mesa en donde hay una cesta con cebollas, piña, jengibre y varias frutas.

—Perdone mi franqueza, pero no es necesaria su compañía —dice Pacomio, resuelto.

—Bueno —acepta el policía—, en ese caso me voy con la fresca. Nos vemos.

El ambiente no parece agradarle a ninguno de los dos. Afuera rebuzna un burro y adentro se tropiezan dos hombres herméticos y llevan a flor de piel la reserva de algún suceso futuro irrefrenable y un pasado mentiroso.

El teniente Torrealta sale resuelto e incómodo y deja la puerta abierta. El médico recoge su maletín y llena un compartimiento con los medicamentos que preparara antes de la visita del teniente; en otra parte mete pan y chorizo y una botella de Matunga. Sale dejando atrás un portazo y monta el burro alquilado a Pirolo Manao, que lo espera afuera sosteniendo la brida.

—Tenga cuidado señor Pacomio —le advierte el viejo Pirolo Manao—. Este degenerado burro desde ayer solo levanta el hocico y mira para el potrero de las mulas, que lo tienen con la tripa colgando.

—Tendré mis cuidados. Los hay más peligrosos en el pueblo y ya ves cómo lidio y echo las suertes a los toros bravos.

Sale Pacomio por vuelta del muelle y luego recorre la orilla del arroyo y desvía la ruta como quien va buscando la Fuente de la Piedra.

Pasa pegado al potrero de las cuatro vacas flacas, que de forma milagrosa siguen dando leche. Luego el establo de tablas anchas, muy viejas —que tuvieron el color del cielo—, donde se mete, al atardecer, un caballo de monta que usaban para los matrimonios, que ya es evento perdido en el pasado. Es un caballo al que no se le puede medir el tiempo de vida, sino por las historias de novios que cabalgaron en él. Montaban a los felices matrimoniados, cara con cara, en la albarda sin montura, para que nunca tomaran rumbos distintos en los proyectos del hogar.

El establo está bajo la sombra ácida y dulzona de dos enormes tamarindos, sembrados sin mucha distancia en la confusión de sí, una braza es lo mismo que una cuerda, que eran confusiones normales en los primeros tiempos de los Tiempos. Los tamarindos, al crecer, juntaron sus copas para engañar a los pájaros, que en definitiva un buen día, desaparecieron porque no había nada que llevar al pico.

Le sigue el potrero desamparado de las mulas, algo distante, a su derecha. El burro levanta su hocico buscador y no quiere continuar caminando ni cuando Pacomio revienta una vara de almendra sobre su lomo de animal desquiciado. Los rebuznos los oiría Manao allá en el pueblo. Una de las mulas se ha fijado en el burro loco y como ella anda en sus días, se estrella contra la cerca y le desarticula los alambres retorcidos. Los dos animales salen dando patadas y las otras mulas aprovechan el boquete para escapar del encierro desértico de pastos. Pacomio decide, ante aquella muestra de rebelión cuadrúpeda, caminar los faltantes 500 metros para llegar a su destino.

Al llegar a la choza que fuera del chino difunto Juan Catulo, chifla una tonada. La puerta se abre despacio, en el umbral aparece Ismael.

El teniente sabe lo que sabe. ¿Qué más querría de la vida, de su carrera de sobresaltos y emboscadas? Si antes no pudo pensar con serenidad se debió a que desviaba su energía hacia sus problemas personales y, al principio, contrario a Ulises quien ahora le sirve para encontrar la clave. Dedicaría todo su conocimiento de policía a encontrar al criminal que Pacomio le pone en bandeja de plata.

Al rato se topa con el alcalde que sale del bar de Fin Poliveros. Lo andaba buscando, y lo consulta:

—Quiero saber dónde está el médico.

—Pues para eso somos buenos acá. Preguntemos al cabo Paterno, pero creo que a esta hora está en el dispensario, preparando mejunjes para sus pacientes.

—Ya le vi en ese trajín. Luego tomó rumbo al muelle y bordeó el pueblo. ¿A dónde iría?

—Es el camino viejo al fortín español —dice el alcalde y comienza a inquietarse.

— ¿Hay enfermos por allá? —Pregunta el teniente, a quien le molesta el sol de la tarde y se lleva la mano de visera sobre los ojos, y desarruga la frente.

—Allá no existe nada —dice el alcalde, mirando al Oeste—. Yo creo que ni el bohío del chino queda totalmente en pie.

— ¿Para llegar al bohío del chino hay que dar la vuelta por el muelle? —Insiste el teniente, sin quitarse la visera de dedos.

—No precisamente. Por esta calle de Alante se toma el camino del cementerio y por ella se va directo al huerto del chino y a su bohío.

— ¡Ah, vaya! ¿Y por el muelle? ¿Se puede por el muelle?

—Bueno, también se puede, pero el rodeo es grande, es el camino viejo.

—O sea, ¿tomarías esa ruta para rodear y engañarme?

— ¿De qué se trata, teniente? —Se incomoda el alcalde, siempre sospechando lo peor.

—Se trata de que, el médico tomó esa ruta larga. Lo estuve observando. ¿Por qué querría engañarme? Iba vestido para la guerra.

Potasio sonrío. Alisa su barba ceniza. La mención de la guerra, que no

se ajustaba al médico pacifista que conocía, le causa gracia.

—Vamos —le dice al teniente—, lo acompaño y comprobamos la veracidad de tales sospechas.

— ¿Pensaste mi pregunta?

—Creo que, en el caso que sea Ismael, espera la remesa que mandan los hijos y nietos. Llega una vez cada dos meses, o sea, mañana; y el ladino Ismael lo sabe de sobra, y yo siempre lo mando a buscarla a Mayarí.

—Ya sabía yo —se contenta el teniente y sigue—. Y los muertos ¿dejan de cobrar? ¿cómo se enteran los familiares de tan lejos?

—Yo tengo las direcciones. Mando a Ismael a llevar las cartas donde les explico detalles de sus muertes y que no manden más el dinero.

El reniente se ríe.

—Nunca sospeché que, Ismael no enviara los papeles y siempre cobraba. ¿No le queda claro de que Ismael mata los miércoles aprovechándose de su ignorancia para luego quedarse con todo?

El alcalde queda sorprendido, pero entiende el enredo y sabe que él mismo es responsable de todo.

—Pero ¿qué tiene que ver el coronel con todo esto?

—El coronel venía a descubrir al ladrón, por petición de varios familiares de Santiago que se habían enterado por otros hijos de aquellos que estaban vivos de su fallecimiento.

— ¿Todo eso usted lo sabía desde antes?

—No. En parte es gracias a Ulises y en parte a que me topé por casualidad un hijo de uno de los muertos.

Ambos caminan hacia el cementerio; detrás de él queda el huerto menesteroso del chino difunto y su abandonada choza.

Primero pasan junto al potrero de las vacas, el establo del caballo en desuso y el terreno de las mulas amotinadas y ven la cerca rota y el retostado pastizal, vacío de bestias huesudas. El alcalde piensa —no lo dice— que debía dar avisos al pueblo para que alguien guiara las mulas perdidas hasta la corraleta del ateje. Son mulas adquiridas con el patrimonio local, y sustentadas por la naturaleza inclemente.

Toman el derrotero de las tumbas de lápidas tumbadas, con olores del comino cimarrón y osamentas a la intemperie, desoyendo los presagios de las lluvias que acompañan la maldición del enano Salvador. Ven a don Afrodísio Ponte, el carbonero oficial, hobreando un tronco de júcaro con la tenacidad de quien ha decidido ahorcarse en tanto pueda.

—Don Afrodísio —pregunta el alcalde— ¿Ha visto usted a nuestro médico?

—No. Pero vi movimiento en casa del difunto. Tengan cuidado. Ese chino no se ha ido todavía y causará una desgracia.

—Gracias —dice el policía, cansado de oír lo mismo en todas partes y seguidamente pregunta a Potasio— ¿Aún estamos en los terrenos de Covadonga?

—Seguro que sí. ¿Lo encuentra remoto?

—Un poco más y podremos ver la Periquera de Holguín —se burla el teniente.

—Ya casi llegamos —sonríe Potasio—. Lo que viene después todo es ilusión. Donde se acaba Covadonga comienza la barbarie.

Caminan en un julio sin nubes ni sombrillas protectoras. Se meten dentro del pánico de las chivas de Comelio Peón, que bajan berreando la sequedad de sus lenguas al son de los cencerros afinados. Y pasan por debajo del tufo de flores picadas por bichos y de las sombras dulces de mangos pintos, a las dos bandas del camino de las dos ceibas. Y los árboles leñosos dejan, de tramo en tramo, que el sol acuchille su ramaje y meta luz de luciérnagas en el suelo reseco. Pero, aun así, suben con la frescura de las sombras un buen tramo de sus fatigas.

Después de los mangles el calor se hace implacable, su desquite no tiene misericordia y los cuerpos se van empapando para protegerse del rugido afónico de los fuegos del cielo.

Dejan a un lado el cementerio. Miran atrás porque alguien los viene siguiendo, como a hurtadillas; de arbusto en arbusto los siguen. El teniente saca su arma, apunta al matojo que lo cubre.

—No dispare. Es el fotógrafo. —Lo detiene Potasio.

Sándalo Polea queda quieto, aturdido con su trípode y la cámara de cajón azabache, con su enlutado velo que llega al suelo y las intenciones de testificar la historia.

—No tienes que esconderte —le dice Potasio.

Sale el fotógrafo de entre las mustias yerbas altas de caisimón, el peralejo saltado y una guácima nueva.

—Entonces, ¿puedo seguir con ustedes? —Pide.

—De todas maneras, lo harás —dice Potasio.

El teniente escupe a un lado, como quien se desengancha de una mala idea.

Llegan a cuarenta palmos de la choza del chino, que parece una casa de tabaco techada a dos aguas, entre arbustos marchitos y una gran mata de mango. El alcalde señala al poniente, a la selva de matojos, una huerta devastada por la soledad y el olvido. Sándalo instala su cámara que tal parece una viuda de largas y finas piernas de palo; la pone enfocando la choza.

—Mire eso —dice el alcalde, compungido—. No comeremos nunca más lechuga fresca ni repollo ni tomates.

—Y si no te apartas —le dice el teniente, que ha sacado su revólver y apunta hacia la choza—, comerás tierra...

Hace dos disparos. Solo dos. Desde la choza ha salido un plomazo que lo alcanza en el hombro. El teniente cae. El alcalde se agacha en temblores y luego se arrastra hasta él.

—¿Le dieron? —Pregunta con el susto de ojos desorbitados.

—No es nada —dice el teniente con una mueca dolorosa—. El otro está peor. Ayúdame.

El alcalde Potasio lo sostiene y se ponen de pie.

Los dos caminan hacia la choza del chino. El fotógrafo se les adelanta y toma una foto. El alcalde camina abrumado por las dudas. Desearía quedarse atrás, pero va de muleta con el herido.

—Nos van a masacrar —se lamenta.

—Imposible —asegura el teniente.

—Párense al frente —dice Sándalo—. Les haré una fotografía histórica.

No hacen caso. Adentro alguien grita. Es la voz chillona del médico. El teniente hala la puerta que está entreabierta y ven al tipo que disparó, tumbado boca arriba. Su asombro es más convincente que la valentía que presumió. Por más que abriera la mugre de sus ojos grises, no pudo ver el plomo que llegó directo a entrarle por la frente, que horadó un diminuto pasadizo al cerebro y por donde no brota sangre. Bajo la nuca, sin embargo, hay un charco rojo que se va regando lento como una inundación espesa. Otro agujero, feo y demoledor, le rompió el pecho desaliñado.

—Con el primero, en la frente, bastaba —afirma el fotógrafo Sándalo con una risita nerviosa.

El alcalde observa el cuerpo yacente y expresa, como en un deslumbramiento.

— ¡Ismael!

Sándalo toma una y otra imagen, sin importarle si hay heridos o si lo

van a matar por la espalda.

Ulises y Pacomio están amarrados en las hamacas, como si fueran tamales. Miran con una animación deslumbrante de total incomprensión. El alcalde corre a ellos y con un machete que encuentra en el suelo corta la soga de pita que casi los estrangula. Ulises palpita, está quebradizo como el cristal, pero vivo. El médico cuenta:

—Si no me deja la nota a tiempo muere sin remedio —toca a Ulises mientras habla—. Este condenado muchacho tiene más vida que un gato.

Todos ríen, pero ni el alcalde ni el teniente entienden. El médico trata de explicar las hazañas:

—Me encontré a Ulises, al otro día en la mañana, aquí en la choza del chino, con dos disparos y magullado como la primera vez. Estaba vivo de milagro. Yo venía preparado y lo asistí. Las balas solo rozaron la cara y el hombro. En la oscuridad no tuvo tino el matador, Ismael, y falló los balazos que debieron ser mortales. Fue un verdadero milagro. Lo tiró aquí dándolo por muerto y escapó del pueblo.

—¿Por qué Ismael le trajo hasta aquí? —Pregunta el policía.

—Eso fue lo que me dijo Ulises. Sabía que lo traería al bohío del chino, nadie se atrevería entrar aquí, supersticiones de la gente, y lo encontrarían por la peste de la pudrición de su cuerpo.

—Bien, entiendo. Lo que no me queda claro es por qué ocultaste su aparición.

—Ulises me lo pidió. Logró sobrevivir unas horas hasta que lo encontré, gracias a la nota que me dejara antes del suceso que preveía. Con una precisión increíble supo la hora que lo golpearían hasta dejarlo por muerto. ¿Pueden creerlo? Se arriesgó para saber la verdad, me dijo. Hasta hoy que vine a curarlo y traerle comida, como siempre, es que me entero con detalles.

—Muy bien, entonces Ismael lo siguió. Pero no responde mi pregunta.

—Él me dijo que volvería, que los criminales regresan a buscar información, según usted le enseñaba, *continúas* Ismael, me dijo, que le pudo arrancar el crucifijo del cuello y vendría a buscarlo y, efectivamente, fuimos asaltados por el canalla de Ismael que nos ató para torturarnos por puro gusto, y nos contó cómo hizo para ahorcar a Fileto y luego matarnos, según dijo, y en eso llegaron ustedes. ¿No es un milagro?

—Bien, bien —interrumpe el teniente—. Y ¿cómo pensaban enfrentarse a él?

—Traje un arma.

—Un arma —dice el teniente—. No pudo usarla, ya lo sé y no tienes que explicarme. Sin embargo, te pregunto: ¿sabes por qué Ismael mató a Fileto?

—Sabía mucho. Fue quien le llevó el veneno para matar al general.

— ¡Qué bien! —Dice el teniente y pregunta—: ¿Entonces, lo envenena, acuchilla en el hígado y descejarra dos tiros? para estar seguro, pero a Ulises lo deja con vida.

—Bueno, teniente —interviene el alcalde—, lo importante es que apareció Ulises y el matador, ¿no?

—No. Soy policía, y eso me hace preguntador y que huela morcilla cuando tratan de engañarme con tajadas de piña.

—Pero ¿dónde está el engaño?

—Dejemos eso —dice el teniente que se lleva la mano a la herida y tal parece desplomarse.

Lo ayudan a ponerse cómodo, en la hamaca. Desde allí el policía observa el panorama y sabe que no podrá romper un juramento de los covadomingos. Cambia la voz con la siguiente pregunta:

— ¿Por qué no me dejó acompañarlo, doctor Pacomio?

El médico saca unos instrumentales y comienza a atenderlo. Aplica unos ungüentos en la herida y dice:

—La bala siguió de largo, alégrese.

—Contéstame —pide el policía.

—En verdad no era mi intención hacerlo. Nos arriesgamos al silencio. Fue idea de Ulises. Si el matador nos ve en estos trajines, escapa. Y ya ve que tenía razón.

El teniente Torrealta no puede creerlo, a pesar de que está adiestrado para oír peores cosas y aunque había estado preparado, de alguna manera, los sucesos, no puede creerlo. El alcalde queda alelado. Si la verdad salía en aquel momento estaba perdido, piensa. El miedo lo somete a la mudez de roca y la vergüenza lo puya para que hable y confiese.

Ulises rompe el silencio, por fin dice algunas palabras, trapajosas:

—A ca casa —dice—, se acabó, yo quebrado y el teniente herido.

Ulises mira al alcalde Potosio, pestañando los sudores que le cierran sus ojos grises.

—Alcalde... —dice Ulises con la voz cansada.

El alcalde levanta la cabeza, ahora llegaría lo peor. Pagaría su culpa,

por encubrir. Ulises lo denunciaría.

—Alcalde —repite Ulises—, ¿qué hará con este muerto que no es nuestro?

El alcalde sonrío con la pena de su amargura, pero aliviado al oír la pregunta que suaviza su condena.

—Alguien se encargará de llevárselo lejos —contesta—, y no queríamos saber dónde.

—Yo me encargo —dice el teniente—. En definitiva, tengo que irme mañana en la mañana. Acabé mi tarea entre ustedes.

Ulises pone una mano en el hombro sano del teniente, y mira al alcalde:

—Señor alcalde Potasio Ponte ¿En las *Memorias* hay un punto que diga que que alguien de afuera, por ser buena persona, se ganaría la ciudadanía de Covadonga la Fuerte?

—No —contesta rápido el alcalde—, pero..

El médico y Ulises ríen. El alcalde continúa su alegato del «pero».

—Pero, podríamos sugerir una enmienda en las *Memorias*. Veré a la Matrona Mayor.

—Sí —dicen como uno solo Ulises, Pacomio y Sándalo.

—Hecho —declara el alcalde—. Digo, si el teniente Torrealta acepta la ciudadanía que le ofrece Ulises.

—Acepto, pero antes deben llevarme, o me desangro aquí mismo antes de ser covadomingo.

—Muy bien, mañana, antes de irse, lo hacemos ciudadano.

—Luego, entonces, mañana sabré muchas verdades que me han negado.

—Seguro —afirma el alcalde.

—Entonces, pregunto: ¿por qué se empecinan en vivir fuera de la realidad del tiempo?

—Buena pregunta —dice el alcalde.

—Entonces...

—Imagínese nuestra desgracia. Todos sabemos que la muerte nos visitará los miércoles. Nadie sabe quién será el próximo ni el último, eso desespera. Se le ocurrió a Ismael que, adelantándonos al calendario lograríamos burlar a la despiadada muerte.

—¿A Ismael?

—Sí, ya sé, fue un lamentable error.

—De todas formas, la muerte llega un día —afirma el teniente

Torrealta.

—Sí, pero los que van a morir lo hacen ganando varios años. Salen ganando con el regateo de las fechas. Claro no sabía yo que había un asesino detrás de estas malas costumbres.

—Pierda cuidado, alcalde, yo no diré nada. Pero espero que cada cual se muera cuando le toque.

Todos ríen la ocurrencia, menos el propio alcalde, que mueve su boca como si participara de la jarana, pero en verdad siente que se encuentra en un atolladero y tiene que decir la verdad, y así se enfrenta al fotógrafo Sándalo Polea:

—Deme las placas —exige.

— ¿Por qué? —Se aflige Sándalo.

—No quedará constancia de lo que aquí vimos.

—Pero soy testigo —amenaza Sándalo.

—Quédeselo en la memoria. No habrá constancia gráfica y les pido a todos que juremos el billete.

Allí, en el hospital improvisado, toda la población visita a Ulises, aunque una en especial, la rubia camarera, Oni Hilda, y por los tantos encuentros, se comprometen a una amistad eterna, hasta que les llegara la hora. Ulises no soporta el peso de sus sentimientos. Lleva en mente decirle la autenticidad de lo que aprieta su pecho. La mira a hurtadillas, una señal inequívoca del amor limpio.

—Quiero confesarte algo —le dice.

—Ya sé.

— ¿Sabes?

—No soy mujer por gusto.

—Pero... —titubea el muchacho—, ¿no crees que la edad nos separe?

Oni Hilda no le queda de otra que reír. La habilidad de Ulises se nota hasta en esas disyuntivas del pensamiento.

—Puede que sí —dice, sin certeza.

— ¿Entonces?

—Entonces, ¿qué?

— ¿Me aceptas como amigo íntimo?

—Por supuesto, no faltaba más. Si se trata de amistad. Lo otro es

distinto.

Ulises se achica. Pero recuerda un adagio, fulminante: «Del camello, un pelo».

—Bien —dice, con ganas de besarla.

— ¿Qué escribirías en tu lápida? —Le pregunta ella, para detenerlo.

— ¿Yo yo...? —Ulises titubea, nunca había pensado que su epitafio fuera interesante.

— ¿Qué escribirías?

—No sé.

— ¿Te ayudo?

—Bu bueno.

El alcalde que acaba de llegar, los escucha, interrumpe y sugiere:

—Tengo en casa un epitafio que no estaría mal, sobre todo por quién lo escribió, y porque tú lo pediste.

— ¿Quién? —Pregunta Ulises, aturdido.

—Ismael, tu peor enemigo.

— ¿Qué dice?

—Cuando salgas de aquí te lo enseño.

Ulises acepta, no muy complacido por la interrupción. Se recupera pronto de las heridas pues ninguna medicina es superior al amor que siente y padece. Sale del hospital con nuevos bríos. Le falta solo una última acción para completar las investigaciones silenciadas, en parte, del Caso Conejo.

El séptimo día de un agosto caliente, el alcalde busca el diario comprometedor. Descubre que fue levantado de su lugar —un escondite seguro— y, sin embargo, está sobre el buró, abierto. Sabe que Ulises pasó por allí. Están escritos los motivos que tuvo Pocho, influenciado por Ismael:

«Que lo engatusaba diciéndole que el tal Rafael había llegado hasta el pueblo para matarle a su hermano, y había que adelantarse e impedirlo, y que Ismael era manipulado por el partido opuesto, desde Santiago y así debía evitar la investigación que hacía con relación al general del parque de San Gregorio de Mayarí Abajo».

Ulises dejó todo escrito: «Que supo de las huellas por la marca

oblicua de la mano, y que los dos disparos los hizo el alcalde, para desviar la atención, y una vez que no pudo evitar la actuación de su hermano, sin saber que Ismael lo había envenenado antes de que Pocho lo apuñalara, y por eso no brotó sangre de la herida y Pocho llevaba la mano arropada para esconder la tajada que él mismo se dio con el filo de su cuchillo, porque no era un experto matador; y el alcalde, desconociendo las malas intenciones de Ismael, sugirió llevarlo al arroyo, para después arrepentirse y regresar y denunciarlo al pueblo. Entonces, Ismael, sugiere hacerle dos disparos para engañar al cabo y que al muerto lo había cargado Ismael en su bicicleta, y que sin que nadie se lo pidiera, mucho menos el alcalde, Ismael lo maltrató porque él, Ulises Portinot, estaba a punto de resolver el enigma, y que gracias al teniente Torrealta, quien le decía los próximos pasos, actuó. Y que él decidió sacrificarse esa noche para que Ismael apareciera, aunque no esperaba los disparos, y supo todo no por el asesino, quien solo reafirmó su teoría, pues creyéndose infalible, le gustaba regodearse con su mala obra».

Todo estaba bien argumentado. Entonces, el alcalde Potasio se quita de la mente todos los estorbos del corazón y a las murallas impenetrables del cargo le abre un boquete.

Decide decirle la verdad a Ulises: que él es su padre y, por tanto, heredero de su grande fortuna, y que estaba dispuesto a pagar con cárcel su imperdonable error. Era su verdadero progenitor. En el pasado, su señor padre entregó al niño apenas nació y aunque le indicara aceptar la paternidad en los libros oficiales del Registro Civil de Felicidad, le obligó a dejárselo a los empleados. No es que se arrepienta de haberlo concebido, con una de las sirvientas de la casa, la pobre Piedad Ursicia —prima hermana de su madre, que a la hora del parto muere—, fue que ellos aludieron al serio y perturbador compromiso, de que la carrera política se vería afectada tal como a ellos con el nacimiento de su hermano mayor, Pocho, segundo en la generación con la impedimenta de los que poco pueden, postrado en su terquedad de no ayudar en nada. También afirmaron que ellos no podrían, por su avanzada edad, darle el cuidado que merecía. De manera que lo dieron en custodia total y permanente a los dos empleados, Manojó y Renata, y se aseguraron de que lo atendieran bien y educaran y no escaseara de vitualla y medicinas en ninguna circunstancia y los del pueblo juraron con sus manos en el billete que nunca dirían nada del caso. Ulises sería el tercero en la familia con esta deficiencia.

En el parque, bajo el roble amarillo, en donde murieron todos los cinco prohombres de Covadonga la Fuerte, se dieron cita y decidieron hablar de sus verdades, de frente, como los augustos lo hubieran hecho.

—Perdóname Ulises, por todo el daño que te causé. Desde el principio todo era mi culpa y pude detenerlo.

—Tranquilo. ¿Tiene un bi billete?

—Sí.

—Juremos y esto se acabó aquí y empieza distinto, en el mismo lugar pero distinto.

—Juro.

—Ju juro.

—Tengo un regalo para ti.

— ¿Cuál regalo?

—Se trata del ventilador eléctrico, aunque no hay electricidad, pero pronto la tendremos. A partir de hoy hago los arreglos.

Ulises no puede tapar su contentura y lo abraza. Quizá la luz eléctrica aminore su miedo a las sombras, dejaría todas las bombillas encendidas. Son dos amigos en una conciliación linda y duradera.

—Ya lo había visto.

—Tengo otro regalo, y estoy seguro, no lo has podido ver, ni adivinar siquiera.

Mete su mano en el bolsillo del pantalón y saca una lupa, que Ulises vio en el libro de los inventos y siempre imaginó que podría tenerla.

—Gracias. ¿De dónde la sacó?

—Me la dio el teniente, para ti.

—Yo también le tengo un regalo.

— ¿Para mí? No lo esperaba. Esto me toma por sorpresa.

—No no es material, es sentimiento, o algo así. Yo sé que usted querría decírmelo, pero se lo doy de regalo.

— ¡Vaya! No sospecho por dónde vienes.

—Soy su hijo de usted. Bueno, eso ya lo sabe de sobra. El regalo es que siempre lo quise como mi padre, sin saberlo.

—Gracias, hijo ¿Cómo lo supiste?

—Me lo dijo el cura. Así que seguro es verdad. Y no debemos tener miedo de querernos.

— ¿Te muestro tu epitafio?, aquí lo traigo.

—Lo he pensado bien, no lo quiero.

— ¿No te interesa saber lo que dice?

—No.

—Llevas razón ¿Qué utilidad tiene un epitafio para alguien que apenas empieza a vivir?

—Y menos aun sabiendo de quién se trata, el cual tendremos que borrarlo de las *Memorias*.

—Sin embargo, Ulises, deseo hacerte una petición.

—Lo lo que quiera, señor.

—Quisiera conocer los pormenores de todo cuanto ocurrió en Covadonga. Me das tu versión y yo te ofrezco la mía.

Y lo hacemos, gustosos y memoriosos. Es esta versión de la historia que concluyo, sin robarle ni meterle. Y les informo que Ulises no logró ser amante de Oni Hilda, pero plantó plaza de hombre entero, mientras ella se unía al hijo distante. Ahora, esta versión acabada de Covadonga la Fuerte la pongo a un lado y retomo los *Apuntes* que tengo a mano, para darle el toque final.

Apuntes de Potasio

Miércoles, 25 de mayo de 1917: Han pasado cuatro años y diez meses, como apuntara el cartel que yo mismo dejé en el parque.

Yo, Potasio Pelayo Metrovio Pancracio Canuto Fulgencio Ponte Portinot, último alcalde de Covadonga la Fuerte, covadomingo o fuerteño de nacimiento, por mis prebendas, declaro: Hoy tengo la suficiente edad para comprender las cosas de la vida y de la muerte y, con buena salud y entendimiento, vengo a la tumba del matador Ismael, que decidimos enterrarlo aquí en el pueblo, como ejemplo de maldad, con un epitafio digno de esta historia. Escribo las postreras notas al pie de la fosa que pensaba sería la mía. Hoy es el día escogido desde el tiempo de los Tiempos. Ulises me sobrevive. Se marchó hace mucho con el teniente Torrealta, el tremendo policía, y tendrá la oportunidad que ninguno del resto de los ciudadanos tendremos: progresar con ideas frescas sin las ataduras de nuestras creencias, aunque convenimos que hoy, a las tres, vendría a echarme la tierra, como una burla, porque se ha de cumplir lo de las muertes, pero hace mucho que se mueren cuando les toca y todos están contentos y han regresado algunos hijos y nietos, primero de visita y algunos se quedan para siempre, para que no desaparezca Covadonga. El postrero epitafio de los Covadofuerteños, dictado por Perpetuo el Sabio y que se dormirá para siempre en las Memorias, pues solo interesa recordarlo para los malos ejemplos, en la tumba del asesino despiadado de Covadonga la Fuerte, de Ismael Polea, y que reza así:

El último epitafio:

«De nada se saca algo; de algo se obtiene todo; de todo sale lo mejor y lo peor. Y todo se vuelve nada».

Epílogo:

Muchos años después, frente al muelle en ruinas del arroyo Pontezuelo, el que escribe esta historia había de recordar aquella tarde remota en que su amigo Piti Visiedo lo llevó a conocer el lugar donde el bobo Agustín, hermano del alcalde, mató de una puñalada al general Rafael Portuondo Tamayo. San Gregorio de Mayarí Abajo era entonces un pueblo aislado y desconocido en el oriente de Cuba, con casas de madera y guano y una sola calle tan larga como la esperanza del pobre, a orillas de un río grande de aguas revueltas y pedregales infinitos que parecían huevos deformes de aves extintas.